Andrés Blanco y García

ESTUDIOS

Humanidades

— y —

Filosofía

Pasatiempos

Historia

CUENTOS Y NOVELAS

1901

MURCIA

Tip. de el Correo de Levante

Estudios y Pasatiempos

CONSEJERIA DE EDUCACION Y CULTURA • MURCIA •
BIBLIOTECA REGIONAL

FA
19319

ht. 39688
eb. 1476513

Andrés Blanco y García

ESTUDIOS Y PASATIEMPOS

(Colección de ensayos filosóficos, históricos y literarios)

FRANCISCO GINER HERNANDEZ
MÉDICO
MURCIA

MURCIA

Tip. de El Correo de Levante

1901

R. 377.807

ES PROPIEDAD

PROLOGO

Muchos años hace que, en épocas distintas y según me lo permitían mis ocupaciones particulares ó profesionales, escribí lo que es el contenido del presente libro, satisfaciendo así mis científicas y literarias aficiones, pero sin que jamás creyese que había de llegar un día en que pudiera ver la luz de la publicidad.

Abandonado todo entre un fárrago de papeles inútiles, más inútiles todavía por no adaptarse á las frivolidades que son hoy el pasto que mejor saborea una buena parte de la sociedad, posible es que hubiera pasado éste, como otros muchos de mis trabajos, al panteón del olvido, si amigos cariñosos, suponiendo en esta obra un mérito que realmente no tiene, no me hubieran aconsejado repetidas veces romper mi propósito y desterrar mi temor, obligándome, con la fuerza de la amistad, á dar este paso, del cual quiera Dios que no me arrepienta, si un éxito desgraciado fuese la sanción de mi temerario atrevimiento.

Vários son los asuntos de que trato, y de índo-

le distinta gran parte de ellos, por lo cual es sumamente difícil dar á este libro un título adecuado que sintentice la diversidad de materias y de tonos. Discursos filosóficos, consideraciones sobre Historia, y cuentos y narraciones, más ó menos humorísticos, donde la fantasía alterna con la realidad, no pueden tener en manera alguna lazos comunes, para determinar un nombre que los presente en una unidad para su publicación.

De aquí que el título que he considerado menos impropio es el de Estudios y Pasatiempos, *dividiendo, por consiguiente, en dos partes ó secciones las materias que forman el libro, para que aparezcan en la primera las que se basan en la Filosofía y en la Historia, y en la segunda las que sólo tienen un carácter puramente recreativo.*

Plenamente convencido del escaso mérito de mis producciones, he huido del deseo, natural en todo escritor que aspira á la consideración de los lectores, de buscar una pluma competente que trazara un prólogo donde se predispusiera el ánimo del público en favor de esta série de trabajos, y en ello he continuado el propósito que me impuse en otros libros que escribieron estas manos pecadoras y que ya vieron la luz en ocasiones tal vez más oportunas.

Enemigo de alabanzas que no habían de ser tributadas en justicia, he creido que el juicio imparcial no debe venir del amigo cariñoso que escribe la primera página en obras agenas con la predisposición y convencionalismo del prologuis-

ta, sino del público ilustrado, capaz de de apreciar hasta en sus detalles los trabajos que se entregan á su consideración; y por esas razones, que estimo muy atendibles, sin pedir indulgencia y bajo el temor de probables censuras, escríbome á mí mismo esta pobre y desaliñada introducción, que estampo aquí para el que quiera honrarme, dignándose fijar su atención en ella.

Y ahora, lector amable, si tienes un hueco en el descanso de tus tareas y no quisieras llenarlo con lecturas más útiles y sabrosas, pasa adelante y conságrame algunos ratos de atención que infinitamente he de agradecerte.

Andrés Blanco y García

Enero de 1901.

Parte primera

Ensayos filosóficos é históricos

La Ciencia, la Fé y la Revelación (1)

I

Cuando nos detenemos á considerar la pasmosa altura que han logrado alcanzar los conocimientos humanos, no podemos menos de admirar la grandeza de nuestro siglo que vivirá siempre en la historia y en el corazón del hombre con caractéres indestructibles.

Libre la razón de las ominosas trabas que desde la Edad-media se oponian á su libre vuelo, las ciencias rompieron al fin la envoltura que las oprimía, como rompe la crisálida el capullo que la envuelve, para volar, convertida en mariposa, por el ambiente que las flores perfuman en la hermosa primavera. El germen sembrado en anteriores siglos sobre los estériles campos de la ignorancia y de la opresión, beneficiado por el aliento de la libertad, produjo abundantes y preciados frutos; y la inteligencia, arrancando á la naturaleza muchos de sus secretos más recónditos y caminando de adelanto en adelanto, enseñoreóse posteriormente como reina del universo para asombrar con sus conquistas á las futuras generaciones.

Pronto la fraternidad estrechó los brazos de cien pueblos, y el vapor, taladrando las montañas más inaccesibles, tendió entre las naciones la red de hierro que había de conducir por todas partes los adelantos de la civi-

---

(1) Discurso premiado por el «Círculo de la Oratoria» de Granada, en 1887.

lización. El ojo del microscópio, penetrando en las entrañas de nuestro planeta, nos diô á conocer un mundo ignorado, presentando por todas partes una exuberancia tal de vida, que nos hace presentir la habitabilidad de otros mundos de análogas condiciones á las del nuestro. La nube pavorosa sintióse subyugada por la mano del hombre, y rasgando su seno, prestó su potente fluido para la transmisión de la palabra que fundamenta y consolida el dogma sacrosanto de la fraternidad. Y por si algo faltaba á tan gigantescas obras, los continentes se modifican, los itsmos se rompen, y el mar descubre los misterios y los tesoros que encierra, dejando penetrar en las profundidades de sus aguas al génio dominador que aspira á encadenarlo à la carroza de sus triunfos.

Considerado el siglo XIX bajo este punto de vista, nada más grande, nada más sublime, puesto que la verdad, objeto de la ciencia y aspiración constante de nuestro espíritu, se manifiesta al fin en parte para dar al hombre una muestra de la sabiduría infinita que reside en la inteligencia del Creador de los mundos y de los séres.

Pero el hombre, deslumbrado un momento por los triunfos de su razón y engreido por su propia vanidad, ha ido olvidándose lentamente del alto fin de su misión sobre la tierra, y, al dar á la razón humana el predominio completo de sus acciones, ha obscurecido en el santuario de la conciencia los rayos de una luz encendida misteriosamente por el aliento de la divinidad. Precipitada el alma de escollo en escollo, rueda al abismo de los errores. La ciencia, guiada en muchos puntos por la soberbia y el egoismo, se aparta del camino que conduce á Dios, y la sencilla fé, la que en un tiempo fué el móvil de las acciones más grandes que la historia registra, encuéntrase frente á frente de una razón rebelde que todo lo subordina á la fría demostración, negando. por consecuencia, cuanto aparentemente se opone á su desenvolvimiento.

Basta tender una rápida ojeada sobre cuanto nos rodea, para comprender el horror de una lucha que tiende á secar los más nobles sentimientos del espíritu, sin que hasta ahora los que se afanan por destruir la obra de la fé traten de sustituirla con algo que llene el vacío del abismo inmenso que abren en el seno de la sociedad, y donde la razón misma, en cuya defensa hacen los más gigantescos esfuerzos, desvanecida y sin rumbo fijo, marcha vacilante, envuelta en las nebulosidades de un excepticismo desconsolador.

Y sin embargo, la lucha crece á medida que los años transcurren. La destrucción sigue su curso, y los hombres, divididos entre sí y en contradicción perpétua consigo mismos, trabajan sin descanso, para llegar al punto culminante de su empresa, á fin de entonar allí el canto de victoria sobre el cadáver de su vencido adversario, como si el iris de la esperanza estuviera reservado para brillar sobre la frente de los vencedores, al desvanecerse las espesas nubes que rodean hoy la inteligencia de los combatientes.

¿Cómo, decimos nosotros, cómo la ciencia que investiga la verdad que en Dios y sólo en Dios reside, puede en manera alguna ser contraria á la fé, cuya alta misión en la tierra es guiar al hombre en el intrincado laberinto de sus penas y amarguras, para llevarlo también á Dios, fuente de bondad y término de todas nuestras aspiraciones? ¿Acaso la inteligencia y la voluntad, facultades de nuestro espíritu y cuyos lindes se confunden (materializando la expresión) como los términos de los colores del iris, pueden marchar por distintas vias, destruyendo la una cuanto la otra afirma, como si la misión de ambas fuese la perturbación constante de la conciencia y el desequilibrio completo de la razón?

Estos dos interrogantes, formulados de esta manera, nos dan á conocer la imposibilidad absoluta de la divergencia de las facultades del alma; y si la inteligencia aspira á la verdad como la voluntad al bien; es decir,

si la inteligencia y la voluntad aspiran á la posesión de lo que es parte integrante de Dios; si la inteligencia busca en la ciencia los medios y la voluntad en la fé, sendas distintas ciertamente pero que conducen al mismo fin; ¿cómo estos medios, desacordes entre sí, riñen constante batalla y ambos se disputan el exclusivismo, como si el uno destruyera al otro ó como si jamás la harmonía existiera entre los agentes que los impulsan?

Desde luego, y aún á despecho de los que sostengan lo contrario, nosotros no vacilamos en afirmar que la ciencia y la fé son notas de una misma harmonía y que, marchando acordes entre sí, contribuyen ambas al perfeccionamiento del hombre y á su elevación sobre los lazos groseros de la materia.

Precisando más la cuestión, y teniendo presente el modo de ser de la naturaleza humana y los escasos medios de que dispone para descorrer el inmenso crespón de incògnitas y dudas que se extienden sobre el horizonte de la inteligencia, diremos que la razón del hombre, por sí sola, no puede alcanzar todas las investigaciones científicas sin el apoyo de la fé, necesitando, por consiguiente, el concurso de la divina revelación.

Para robustecer esta afirmación, aduciremos, de una manera breve y concisa, los pruebas que nos sugiera nuestro escaso entendimiento y que lleven al ánimo de los que la rechacen el convencimiento que nosotros sentimos acerca de tal verdad que en vano procuran obscurecer los que, torturando la ciencia y desviándola de su principal objeto, intentan hacerla esclava de sus caprichos y antojos, obligándola á que falsamente aparezca como un enemigo de lo que jamás se opone á su libre vuelo ni á sus investigaciones y adelantos.

II

Como hemos apuntado antes, la soberbia y el egoismo, ésto es, las pasiones humanas, pugnando sin cesar

por afianzar su dominio sobre la razón, suelen más de una vez precipitar al hombre desde lo alto de su grandeza al fondo del error, rompiendo, por consecuencia, el equilibrio que el infinito Sér estableció en nuestras facultades, y haciendo huir á la virtud, freno que contenia el desbordamiento de nuestras ambiciones desordenadas. De aquí que nuestro siglo, el atleta del progreso, el heraldo de la civilización, lleva, á pesar de todas sus glorias y grandezas, el virus del mal que penetra en su corazón, se difunde por sus artérias, y corroyendo el principio de su existencia, le prepara quizá su muerte en brazos del mismo mónstruo que engendró en sus vanidades y desvaríos.

¡Cómo! ¿La fé, invadiendo el campo de la inteligencia, execra las maravillosas investigaciones del espíritu, niega sus adelantos y se opone á su perfección, anatematizando la ciencia hácia la cual se siente impulsado para llenar ese vacío de sabiduría que siente desde los primeros vagidos de la humanidad?

Nunca. La limitación de nuestro sér, juntamente con el deseo de lo infinito, nos señalan de una manera cierta y evidente cuál es el campo donde se mueven la razón y la fé. Aquella analiza, cuenta, mide, y formando sobre verdades indemostrables ó axiomáticas al encadenamiento de sus inducciones, penetra en los abismos de lo desconocido, para encender, en medio de las tinieblas de la ignorancia, la luz sacrosanta de la ciencia que le muestre los lejanos horizontes que ha de surcar un día con las alas poderosas de su génio. La fé rasga el velo que envuelve nuestra pequeñez, rompe los límites de lo material, y complementando á la razón, la lleva como de la mano, si esta frase me es permitida, al conocimiento de lo que es incomprensible para la inteligencia. La fé es también la verdad, pero no la verdad adquirida por el trabajo y los conocimientos científicos, no el resultado de observacionea más ó menos profundas, sino la verdad revelada, la luz sobrenatural que nos hace afirmar y

ver lo que la razón y la ciencia jamás pueden descubrir.

¡La verdad revelada! He aquí la piedra angular sobre que descansa todo el grandioso edificio de la moral y de la fé. Dios no ha dotado al hombre sólo de sentidos materiales para que le sirvan de medios comunicativos entre su razón y el universo externo. Si ellos fueran la base y el fundamento exclusivo de nuestros estudios y nada pudiera afirmarse sin la sanción de tales medios; ó lo que es lo mismo, si en este punto finalizara la obra maestra de la creación, nada se opondria á que pudiéramos asegurar que el hombre no tiene sobre la tierra otra misión que la de los irracionales, y que al no trascender su afán màs allá de los límites de la materia, principio y término de sus aspiraciones, la idea de progreso sería un fantasma inventado por la imaginación, y nulo todo aquello que no fuera la satisfacción de nuestros propios apetitos.

La consecuencia de eatas premisas sería bien triste y desastrosa para la humanidad. ¿En nombre de qué la moral alzaría su voz para refrenar los vicios y regularizar las acciones de la sociedad ó del indivíduo? ¿En nombre de qué la justicia aspiraría á marcar los derechos y los deberes de los pueblos? ¿En nombre de qué pediríase fundamento á las leyes, freno á las pasiones y virtud á los séres racionales? Nacido el hombre únicamente para vegetar sobre la tierra, el derecho del más fuerte imperaría por todas partes, y el crimen haría resonar su acento para autorizar la explotación del hombre por el hombre mismo.

Pero nó: dentro de nosotros hay algo que no es materia, algo que nos hace superiores á los demás séres, algo que nos da unidad á través de la mutabilidad de la forma, algo que nos explica los fenómenos de la permanencia y continuidad de la conciencia, y ese algo (alma espiritual) nos dice que la tierra no es nuestro término sino nuestro principio, y que la sed de lo infinito que

sienten nuestras facultades ha de saciarse en las aguas de lo inmaterial y de lo eterno.

Pues bien: si nuestros sentidos débiles y limitados no llenan más que funciones puramente corporales ¿cómo con ellos y nada más que con ellos podemos resolver el problema de lo futuro? ¿Cómo ellos pueden responder á las interrogaciones del alma que incesantemente busca la satisfacción de un deseo indefinible, en otra esfera que está lejos del alcance de los sentidos? Reconocida la pequeñez y hasta la impotencia de éstos, no podemos menos de admitir la revelación, si es que no queremos ponernos en contradicción manifiesta con nuestro propio raciocinio, afirmando que la voluntad de Dios se ha manifestado al hombre por medios extraordinarios para éste, á fin de descubrir al espíritu humano lo que jamás descubriría con el único auxilio de su razón, indicando al mismo tiempo cuál sea la senda que el hombre debe seguir durante su peregrinación sobre la tierra.

Para negar este aserto, sería preciso suponer que entre Dios y el hombre, ésto es, entre la cáusa y el efecto no existe relación alguna; y si el sér humano, compuesto de materia y espíritu, se halla por aquélla íntimamente ligado al resto de la naturaleza, cuyas leyes son la perpétua é infinita manifestación de la voluntad divina, por éste, que está fuera de las leyes que rigen la materia debe hallarse igualmente ligado al espíritu ordenador, espíritu inmenso que vive por sí mismo desde la eternidad. Luego si el hombre, como sustancia corpórea, se comunica con la naturaleza y de ella recibe las impresiones que refleja su organismo, como sustancia espiritual se comunica con Dios y recibe sus inspiraciones que determinan, por lo menos, la posibilidad de la revelación para el que la califique de absurda, y la realidad para los que, atendiendo á su importancia y á los inmensos beneficios que derrama sobre el corazón y la inteligencia, la crean y la acaten como una muestra de la bondad del Sér que, después de la vida, nos dá medios

para preservarnos de los males y nos y nos dirije su voz desde el trono augusto donde asienta su incomprensible majestad.

Sí, es cierto, completamente cierto, que la revelación divina existe, y es á la vez de necesidad absoluta, dada la limitación de nuestros sentidos corporales y la pequeñez de las potencias del alma, siendo también cierto que los problemas científicos resueltos por la razón no manifiestan con aquélla contradicción alguna, por más que traten de negarlo los más encarnizados enemigos de la fé.

Pregúntese á la ciencia qué es lo que ha podido descubrir acerca del origen del hombre y de la formación del mundo, y véase si en sus respuestas se patentiza la verdad de una manera concreta y absoluta, ó si, por el contrario, funda sus teorías sobre hipòtesis más ó menos admisibles que nunca pueden llevar al alma el profundo convencimiento de lo evidente. Véase, en cambio, cómo por medio de la revelación se explica de una manera prodigiosa, pero natural á la vez, que la voluntad de Dios ha venido manifestándose, para que á zu voz potente saliera del caos la materia, transformándose lentamente por la acción de los siglos hasta desarrollar la vida que emana del soplo del Supremo Hacedor, y el globo que habitamos, convertido en jardín amenísimo, fuera digno palacio del hombre, último *fiat* de aquella palabra que aun resuena por todo el universo.

Las seis épocas que la Biblia señala, como resumen de los fenómenos innumerables y distintos qne las determinan y las dividen entre sí, no pueden ser en manera alguna negadas por la ciencia; y si los partidarios del exclusivismo de la razón, con sofismas y artificios pretenden hacer ver lo contrario de este aserto, ni puede concederse á sus argumentos los honores de científicos, ni la ciencia los admite para prestar su nombre á lo que es falso por su naturaleza y perjudicial por su intención.

La ciencia es luz, y en vano los hombres pervertidos

aglomeran tinieblas para obscurecer su foco. Profundos pensadores y geólogos eminentes han manifestado su plena conformidad con las verdades que el Génesis confirma, lleno de la más sublime sencillez. La inspiración que guiaba á la inteligencia del sapientísimo autor del Pentatéuco y hacía brotar de su pluma conceptos y nociones de lo que aún no había podido investigar la razón, todavía pobre y desprovista de aquellos elementos que perfeccionaron los siglos en la marcha de la civilización, no puede humanamente explicarse sin la creencia de la intervención divina; por lo cual hay que deducir como lógica consecuencia, como conclusión última, que la verdad revelada, que lo que el hombre ignoraría aún à no estar consignado de una manera irrefutable en la obra del más antíguo de todos los escritores, es perfectamente racional y científico, sin que la ciencia y la revelación se hayan separado una sola vez, porque ambas tienden á la manifestación de la verdad.

No hay que dejarse seducir por las aparatosas frases y los falsos argumentos de los hombres llamados á sí mismos científicos, acaso porque se destacan un tanto de la esfera de la vulgaridad. Los sistemas, las opiniones y las escuelas que los dividen prueban sus errores; y mientras la filosofía cristiana, con criterio invariable, sigue su recto camino guiada por la antorcha de la revelación, las doctrinas que pretenden atajar su paso desaparecen, unas vencidas por aquéllas, otras desacreditadas por el ridìculo ú olvidadas por sus mismos partidarios: y en las revoluciones contínuas que agitan á la sociedad; en el cúmulo de sucesos que varían los límites de las naciones y destruyen pueblos y ciudades opulentas; en las tremendas crisis y cataclismos que producen las pasiones y la locura humana, todo pasa ó se transforma, todo es absorbido en el abismo de los tiempos por esa ley inexorable de destrucción y de muerte, y sólo la obra de la fé, sólo la revelación vive y permanece, surgiendo cada vez más radiante y hermosa, como el sol cuando vibra sus

rayos tras la obscura nube que ennegrecía pavorosa el horizonte.

Siendo, pues, una verdad la existencia de la revelación divina y naciendo de ella la fé, no necesita encomiarse la importancia que tiene para el sér racional que ve en ella el astro luminoso que esclarece y abrillanta el horizonte de sus dudas y que viene á bañar nuestro espíritu con los eflúvios de su purísima luz, para hacer germinar en él los más dulces sentimientos y las más nobles afecciones. Por esta razón, si la revelación tiene un objeto puramente moral y la moral no se opone á los impulsos del raciocinio; si la revelación ayuda á la inteligencia humana en el campo de sus investigaciones científicas, dedúcese claramente que la fé y la ciencia no pueden ser antitéticas en manera alguna, porque ambas tienden al perfeccionamiento de la humanidad.

III

Cuando la ciencia humana se ensoberbece; cuando la razón, atribuyéndose cualidades infinitas, pretende traspasar los lindes de su limitación y someter al análisis lo que por su grandeza no cabe de ningún modo dentro de la pequeña órbita de las facultades del hombre ¿es de extrañar que la misma impotencia humana, rugiendo como el fuego en las entrañas del volcán, haga estallar sus reconcentradas iras y se atreva á negar cuanto se encuentra fuera del alcance de su inteligencia? Dad al sér contingente capacidad bastante para abarcar con su razón cuanto existe en el universo; dádle una inteligencia que descubra el por qué de todas las cosas y que sin esfuerzo alguno penetre en las profundidades del espacio para palpar y conocer los misterios que allí existen, y tendreis que suprimir entónces la idea de un Sér universal, la idea de una Razón suprema, la idea de un Dios que rige desde la eternidad los mundos que ruedan incesantemente

por el espacio en órbitas gigantescas, para llenar una misión que sólo conoce el Autor de todo lo creado.

Si lo absoluto, lo ilimitado, lo infinito fuese comprendido por el hombre ¿para qué Dios entonces? ¿Para qué un Sér creador, omnipotente, sumo, que reduce su inmensidad al estrecho círculo de la inteligencia humana, y, humillando su soberana voluntad, se convierte en una entidad comprensible, más ínfima, si cabe, que la razón que ha de considerarse como juez supremo para analizarlo y discutirlo? ¿Cómo la fé podria tener entonces importancia alguna, si lo que ella afirma y señala estaría igualmente al alcance de nuestro entendimiento, que hoy en vano se afana por sondar y descubrir los numerosos misterios que el hombre mísmo eucierra y que, á pesar de constituir parte integrante de su sér y de abarcar todo cuanto se refiere á su existencia, son impenetrables á los más titánicos esfuerzos de la imaginación?

La ciencia, tal y conforme el progreso la conoce y la cultiva; tal y conforme el hombre ha podido apreciarla con sus constantes investigaciones en el transcurso de los siglos, ¿sirve acaso para resolver las dudas que nacen de sus mismos problemas y llevar al alma la profunda convicción que tanto ansía, cuando medita sobre su destino futuro y quiere medir el abismo que comienza en el borde del sepulcro donde concluye la vanidad y se estrella el saber del hombre?

Nó: la ciencia humana, reflejo de la divina, porque la verdad es una y la verdad sólo en Dios existe, marcha paralelamente con el hombre, y la limitación del uno señala y define los términos de la otra. Acaso todos los adelantos científicos que ha venido aglomerando la mano de los tiempos para construir el admirable edificio del actual progreso, no formen ó signifiquen más que una sola letra del gran libro de la sabiduría infinita, y pretender con tan escaso fundamento que la razón toque ya en los últimos grados de su perfectibilidad, es tal vez el más craso de los errores ó el *summun* de la ridiculez y

de la locura. Todo el saber con que se envanecen las presentes generaciones es impotente para franquear las barreras del más allá de nuestra naturaleza, y el porvenir del sér que siente, piensa y quiere está fuera del alcance de los procedimientos y elucubraciones de la filosofía y de las deducciones de todos los conocimientos adquiridos por el estudio de la ciencia.

Si el Hacedor Supremo ha puesto un límite á la humana inteligencia como una prueba más de su poder, nádie sino su soberana voluntad tiene el indiscutible derecho de prestar medios al hombre para llegar á comprender ciertos secretos de la infinita sabiduría, no sólo por confundir el orgullo que nace de nuestra pequeñez, sino también por agrandar las nobles facultades de nuestro espíritu. ¿Còmo, pues, racionalmente puede rechazarse el beneficio de la fé, aceptando únicamente los procedimieentos científicos que á nuestro alcance se encuentran, si de ese modo nuestro raciocinio queda reducido á lo puramente experimental, al mezquino círculo de nuestros propios conocimientos, al grado de capacidad de cada individuo que haria aparecer como falsedad en unos lo que en otros fuera certeza, privando á todos de la posesión de esos medios que nos complementan y nos dignifican, acercándonos á la fuente eterna del saber á donde convergen todas las aspiraciones de la humanidad?

Por otra parte, la ciencia por sí sola, divorciada de la fé, apartada de la revelación, no puede, con las escasas verdades que ha conseguido llevar á la mente del hombre, solventar en el seno de las familias y aun de los pueblos las innumerables dificultades que habrian necesariamente de surgir al borrarse las creencias por medio de las cuales el corazón se regenera y palpita entre los más dulces sentimientos. El bien que en la tierra se realiza, la práctica de las virtudes que dan valor al espíritu contra las adversidades de la vida, influyen en las costumbres ó llevan el consuelo con el amor y la caridad al lecho del infortunio, no pueden tener sustitución en

la ciencia: el fuego de la fé es quien alienta y desarrolla esas dulces afecciones, y ellas son las que determinan el grado de moralidad de un punto dado, siendo la moralidad un factor importantísimo entre los elementos constitutivos de la sociedad humana.

Norabuena que la ciencia del hombre agrande cada vez más el premioso círculo en que se desenvuelve: norabuena que el raciocinio rompa las trabas que lo constriñen, á fin de que la inteligencia ocupe por derecho propio el alto puesto que le corresponde por su importancia; pero no se aislen por ésto del amparo de la fé, si es que la voluntad tiene que cumplir su misión y no ha sido vanamente puesta por Dios tan noble facultad en el número de las potencias del alma.

Del aislamiento de la razón, nace la duda, esa serpiente que, enroscándose en el fondo del pecho, va lentamente destilando su ponzoña hasta en nuestra sangre, y clavando su afilado diente en nuestra conciencia, nos lleva gradual é insensiblemente hasta la negación, presentando en derredor nuestro el vacío que aterra, para que la desesperación venga á apoderarse del alma, y para que todos nuestros anhelos se tornen en punzadoras saetas portadoras del dolor y del infortunio.

La fé, por el contrario, sin lindes conocidos, abre á la inteligencia un campo donde no cabe el análisis y la investigación, porque en la posesión de la verdad huelgan los impulsos del raciocinio; y al llevarnos á Dios mismo, el espíritu se complace con las inefables dulzuras de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero, aspiraciones constantes de nuestro limitado sér.

La fé salva las distancias que nos separan del más allá de la existencia material, y con acento cariñoso y dulce que resuena en el fondo de nuestra conciencia, nos dice que allí donde el alma se despoja de los lazos corporales, allí donde acaba la vida terrena y nuestro organismo se deshace para formar otros nuevos en el inmenso laboratorio de la naturaleza siguiendo las leyes de un

contínuo dinamismo, allí comienza la vida del espíritu que ha de recoger el premio ó el castigo de sus acciones, fuera del tiempo y de la mutabilidad de las cosas.

La fé es también la palanca más poderosa del progreso humano y el aliciente más eficaz para el árido estudio de la ciencia, porque al hacernos ver la inmortalidad del espíritu; al demostrar al hombre que su misión no termina en la tierra, y que, á medida que sus investigaciones se extienden, màs se acerca á la Verdad absoluta, desarrolla y agranda con su impulso las fuerzas de su razón, para que ésta, arrancando á la naturaleza los secretos que encierra en sus entrañas, pueda formar una cadena de verdades que ayuden al adelanto de las generaciones sucesivas.

¿Qué objeto podría tener el constante trabajo del hombre, aglomerando conquista tras conquista en la difícil obra del progreso, si al no tener certeza de otra vida superior, perdería lastimosamente un tiempo que consume, no aprovechándolo para el goce de los placeres sensuales, único destino del que no había de trasponer los límites de la existencia material?

IV

Teniendo presente todas estas razones incontrovertibles, y apuntadas únicamente para no extendernos en largas consideraciones propias de otro estudio más concienzudo y trascendental, ¿quién, enemigo de la revelación divina, ha supuesto ó afirmado que existe antagonismo entre la fé y la ciencia? ¿Quién puede negar á la sagrada revelaciòn su influencia poderosa sobre la razón humana para preservarla de extravíos que conducen necesariamente al error, y para ayudarla en sus investigaciones allanando el camino de la Verdad, y haciendo ver al hombre que la palabra de Dios, consignada en las inmortales páginas de la santa Biblia, resplandece por los

siglos de los siglos en las vibraciones de la luz, en las gigantes órbitas de las estrellas y en el inmenso palacio del universo donde habita la soberana magestad del Creador de los mundos y de los séres?

¿Por ventura, los férreos lazos que al unir los pueblos entre sí hacen que se conmuevan al silbido de la veloz locomotora; el hilo que conduce, á impulsos de la electricidad, el pensamiento de un extremo á otro de la tierra; el telescópio gigante que estudia las desviaciones para nosotros imperceptibles de Sirio, las dimensiones de la estrella Polar que nos muestra su luz á la pasmosa distancia de ciento diez y siete billones de léguas, y cuenta las miriadas de soles que la vista por sí sola no vislumbra en el océano de la inmensidad, y descubre en la nebulosa de Orión las formidables agitaciones de una masa cósmica que hace presentir, á través de innumerables siglos, la formación de nuevos mundos; la imprenta infatigable que eterniza la palabra humana y la transmite de generación en generación para perpetuar los descubrimientos de la ciencia y las portentosas conquistas del pensamiento; la química que analiza hasta el átomo impalpable, examina sus combinaciones y determina sus relaciones; los grandes problemas, en fin, resueltos tras largas meditaciones y amarguras en el gabinete del matemático ó en el taller del mecánico ¿pueden ser en manera alguna objeto de anatema por parte de la fé? ¿Destruyen acaso la grandeza de ésta, y la revelación misma, reducida á más estrechos límites y enemiga del raciocinio humano, alza su voz para secar en el hombre la fuente del saber, cegando su entendimiento y encadenando su voluntad? ¿Puede tal vez la creencia de verdades del orden moral oponerse á la manifestación de los adelantos materiales y científicos que sean al mismo tiempo una prueba del engrandecimiento de la inteligencia, con objeto de esterilizar los triunfos de un trabajo de siglos, que son como la aureola que circunda la frente de la humanidad que lucha sin trégua ni descanso por ascen-

contínuo dinamismo, allí comienza la vida del espíritu que ha de recoger el premio ó el castigo de sus acciones, fuera del tiempo y de la mutabilidad de las cosas.

La fé es también la palanca más poderosa del progreso humano y el aliciente más eficaz para el árido estudio de la ciencia, porque al hacernos ver la inmortalidad del espíritu; al demostrar al hombre que su misión no termina en la tierra, y que, á medida que sus investigaciones se extienden, màs se acerca á la Verdad absoluta, desarrolla y agranda con su impulso las fuerzas de su razón, para que ésta, arrancando á la naturaleza los secretos que encierra en sus entrañas, pueda formar una cadena de verdades que ayuden al adelanto de las generaciones sucesivas.

¿Qué objeto podría tener el constante trabajo del hombre, aglomerando conquista tras conquista en la difícil obra del progreso, si al no tener certeza de otra vida superior, perdería lastimosamente un tiempo que consume, no aprovechándolo para el goce de los placeres sensuales, único destino del que no había de traponer los límites de la existencia material?

IV

Teniendo presente todas estas razones incontrovertibles, y apuntadas únicamente para no extendernos en largas consideraciones propias de otro estudio más concienzudo y trascendental, ¿quién, enemigo de la revelación divina, ha supuesto ó afirmado que existe antagonismo entre la fé y la ciencia? ¿Quién puede negar á la sagrada revelaciòn su influencia poderosa sobre la razón humana para preservarla de extravíos que conducen necesariamente al error, y para ayudarla en sus investigaciones allanando el camino de la Verdad, y haciendo ver al hombre que la palabra de Dios, consignada en las inmortales páginas de la santa Biblia, resplandece por los

siglos de los siglos en las vibraciones de la luz, en las gigantes órbitas de las estrellas y en el inmenso palacio del universo donde habita la soberana magestad del Creador de los mundos y de los séres?

¿Por ventura, los férreos lazos que al unir los pueblos entre sí hacen que se conmuevan al silbido de la veloz locomotora; el hilo que conduce, á impulsos de la electricidad, el pensamiento de un extremo á otro de la tierra; el telescópio gigante que estudia las desviaciones para nosotros imperceptibles de Sirio, las dimensiones de la estrella Polar que nos muestra su luz á la pasmosa distancia de ciento diez y siete billones de léguas, y cuenta las miriadas de soles que la vista por sí sola no vislumbra en el océano de la inmensidad, y descubre en la nebulosa de Orión las formidables agitaciones de una masa cósmica que hace presentir, á través de innumerables siglos, la formación de nuevos mundos; la imprenta infatigable que eterniza la palabra humana y la transmite de generación en generación para perpetuar los descubrimientos de la ciencia y las portentosas conquistas del pensamiento; la química que analiza hasta el átomo impalpable, examina sus combinaciones y determina sus relaciones; los grandes problemas, en fin, resueltos tras largas meditaciones y amarguras en el gabinete del matemático ó en el taller del mecánico ¿pueden ser en manera alguna objeto de anatema por parte de la fé? ¿Destruyen acaso la grandeza de ésta, y la revelación misma, reducida á más estrechos límites y enemiga del raciocinio humano, alza su voz para secar en el hombre la fuente del saber, cegando su entendimiento y encadenando su voluntad? ¿Puede tal vez la creencia de verdades del orden moral oponerse á la manifestación de los adelantos materiales y científicos que sean al mismo tiempo una prueba del engrandecimiento de la inteligencia, con objeto de esterilizar los triunfos de un trabajo de siglos, que son como la aureola que circunda la frente de la humanidad que lucha sin trégua ni descanso por ascen-

der gradualmente en la fatigosa escala del progreso?

Negamos en absoluto tales aseveraciones. La ciencia, al formular y al esplicar sus leyes; al llevar á la unidad las relaciones de las cosas entre si, y al sujetarlo todo á la determinación precisa que le da la autoridad de su propio valor, no se opone á la creencia de lo sobrenatural é inesplicable, á la afirmación de las verdades reveladas y que están sobre la razón misma, porque lo superior é incomprensible para el raciocinio humano no destruye sino que afirma lo que está en la esfera de las investigaciones, bajo el dominio de la inteligencia que á cada paso se vé obligada á detener su marcha por los obstáculos insuperables que surgen ante su paso.

Por análogas razones, la fé no se opone á cuanto es hijo del estúdio y de la meditación, porque á medida que se complementa y extiende la racionalidad humana con las riquezas científicas que adquiera, mayor es el espacio donde la fé puede difundir sus luminosos rayos; y como la ciencia y la fé son hijas de Dios y tienen ambas el mismo objeto é iguales aspiraciones, cuales son buscar el bien de la humanidad sobre la tierra y conducirla después á la posesión de las dulzuras celestiales, no puede entre ellas existir enemistad alguna, como ya hemos afirmado; antes por el contrario, la fé, respetando cuanto la ciencia investiga y aplaudiendo vivamente los adelantos del progreso, préstase dócil á las exigencias de la razón y se aparta en absoluto de las exageraciones del fanatismo y de las inteligencias febriles y exaltadas.

Bacon, uno de los filósofos más grandes que han existido, ha dicho con sobrada oportunidad que poca ciencia aparta de Dios y mucha conduce á su conocimiento: y con efecto, estas admirables frases que vienen repitiéndose sin cesar por doctas plumas, nos prueban que cuanto más aplicamos, para el esclarecimiento de tan importante problema, las conquistas que el progreso cientifico ha conseguido con sus esfuerzos continuados, más y más

tienden á la demostración del Sér infinito, dándonos una idea cada vez más aproximada del inmenso valor de sus cualidades y atributos.

Pero si todos unánimemente reconocen el valor de la ciencia y cuánto debe apreciarse, no por eso debe relegarse el de la fé ni deprimir su importancia, sino que debemos harmonizar la creencia con el raciocinio, lo que Dios se ha dignado revelarnos con lo que la inteligencia ha logrado aportar á la grandiosa obra de la civilización y del progreso. Malebranche mismo, cuya autoridad se hará sentir siempre, aún á pesar de los esfuerzos del racionalismo, dice que «el mejor uso que podemos hacer de nuestro entendimiento, es procurar conocer las verdades que creemos por la fé y que tienden á afirmarlas, pues aunque las creemos, la fé no se opone al empleo de todos los medios de convicción que estén á nuestro alcance, porque la fé que Dios nos ha dado para regular todas las operaciones de nuestro espíritu, tiene también por objeto guiarnos hácia la inteligencia de las verdades que ella misma nos enseña.»

¿Y cómo ha de oponerse, si la fé sólo es dada por Dios á los séres racionales para llenar en su corazón un vacío que siempre ha de tener por la imperfecciòn de su inteligencia? ¿Cómo ha de rechazar lo que el entendimiento con su constancia y decisión va arrebatando lentamente de la naturaleza, que tenaz resiste, y sólo deja escapar tras larga y gigantesca lucha, si la fé es la coronación del edificio que levanta el hombre con los materiales de la ciencia, ya que en nuestra pequeñez, dada la inmensidad que nos rodea, jamás podrá la razón descorrer nada más que una punta del velo que se extiende por los campos insondables de lo infinito?

Suprimid por un momento la ciencia: dejad al hombre que, abandonado á sus fuerzas puramente materiales, al medio exclusivo de sus sentidos limitados, luche sin trégua ni descanso con sus necesidades y pasiones, combatido por la inclemencia de los elementos, y sería e

sér más desgraciado de la creación por su deficiencia y pequeñez. Suprimid al mismo tiempo la fé; romped el hilo misterioso de la revelación divina, hilo por medio del cual llega á conocer y sentir verdades veladas para siempre á su débil inteligencia; dejad que el hombre en su limitación se abandone á las investigaciones y al raciocinio, y la misma sed de saber que le abrasa consumiría su existencia para precipitarle en la degradación, obscureciendo por completo su inteligencia.

En este último caso, roto el dique de las pasiones prontas á rebelarse, multiplicaríanse los terribles ejemplos como los que no ha muchos años se sucedieron en las naciones que se jactan de mayor grado de civilización y cultura, pues en medio de los adelantos con que se envanece nuestro siglo, perdida la fé, hemos visto pueblos que han dado espectáculos feroces, como acaso no se darían ni aún entre las tribus del Africa ecuatorial, porque al olvido de los humanos sentimientos y destruida la ciencia de lo divino, las mismas conquistas de la ciencia han servido para ellos de armas de destrucción y perversidad.

V

Probada, pues, la afirmación que sentamos al principio, de que la ciencia y la fé marchan en completa harmonía para la perfección del espíritu humano, y que la razón necesita del concurso de la revelación divina para ensanchar y alumbrar los obscuros horizontes de la ciencia, se comprenderá la importancia de tal unión, y cuántos errores pueden surgir al tratar de divorciar lo que tanto ennoblece y abrillanta las facultades de nuestro sér.

¿Pero las verdades que la fé nos enseña deben someterse al examen que presida nuestra razón como juez supremo, ó han de aceptarse y acatarse tal y conforme lle-

gan á nuestro entendimiento, enunciadas y definidas por quien tiene la exclusiva facultad de enseñarlas?

Para responder bien á esta pregunta que entraña gran interés en la importante cuestión de que venimos ocupándonos, preciso es que nos fijemos en las maneras en que se nos presenta la verdad para que la conozcamos y amemos como hija de Dios.

Es la primera la que podemos llamar evidente ó sensible, y es todo lo que constituye los axiomas ó percibimos por nuestros sentidos. Esta verdad es por sí misma indemostrable: su claridad es tal, que se impone por su naturaleza y el entendimiento la comprende sin esfuerzo de ninguna clase, no pudiendo nádie negarla sin que se le considere falto de juicio. Otra es la que podemos llamar racional ó demostrable y cae dentro de la esfera de nuestra inteligencia. Tal es lo que es objeto de la ciencia y del estudio, lo que es producto de la reflexión, y puede ser analizado ó discutido, según nuestros procedimientos. La tercera es la que denominamos verdad moral ó de fé.

Sobre este punto ya hemos indicado que la fé debe ser ante todo racional, por lo que no puede excluirse á nuestra razón del conocimiento de tales verdades; pero si tratáramos de su análisis ¿cuáles son los términos expresivos de que nos valdríamos ó de qué medios podríamos disponer para su absoluta comprensión? ¿Someteríamos los misterios de la fé al examen de la ciencia, cuando ésta no ha podido resolver la incógnita de nuestra existencia misma ni la de los infinitos misterios que nos rodean por todas partes? Eternos problemas tenemos planteados ante nuestra vista en lo que se refieren al hombre física, metafísica y moralmente considerado, y todavía la ciencia es impotente para solventar cualquiera de las dificultades que entrañan menor importancia. La trinidad de las facultades de nuestro espíritu será siempre para nosotros un misterio, á pesar de constituir la identidad de nuestro sér. La sensibilidad, la voluntad

y la inteligencia, que tan distintas son en sus cualidades y manifestaciones, son una sola entidad en la esencia, y todas juntas y cada una de ellas indican la existencia y la unidad del *Yo* humano.

Luego si la ciencia que hasta ahora hemos adquirido es impotente para conocer los misterios más cercanos al hombre ¿puede ser eficaz para los que se encuentran más lejanos y que radican en el Sér invisible y absoluto, cáusa primera de todo cuanto existe? Si nuestra razón se estrella ante ese imposible ¿nó sería una pretensión ridícula querer someter al examen de nuestra pequeñez lo que es hijo de una inteligencia infinita, que sólo se ha dignado revelarnos la existencia de verdades superiores para indicarnos que no ha puesto en vano en nosotros ese anhelo que sentimos por todo lo que es sumo en la Verdad, en la Belleza y en el Bien?

Por esta razón, duélenos considerar la ceguedad de algunos hombres que, al verse impotentes para comprender lo que no puede ser en manera alguna comprendido, se declaran en su soberbia enemigos de la revelaciòn divina y de todo cuanto la fé abarca, y desfigurando las conquistas de tan inapreciable dón, procuran presentarla por todas partes como el mónstruo devorador de la sociedad, que pretende detener su marcha por el campo del progreso para sumir al hombre en las espesas brumas del obscurantismo y de la ignorancia.

Para apoyar tan gratuito como injusto aserto, dejan de propósito en el silencio más profundo los mil hechos que la historia consigna y en los que claramente se reconoce cuánto la civilización debe á la fé, á esa hermosa virtud que, al desenvolver en toda su amplitud el sacrosanto lema de la libertad, igualdad y fraternidad de todos los hombres como hijos de Dios, escrito en la Cruz que se alzó como signo de redención en la cumbre del Calvario, tremoló con las máximas del Evangelio el inmaculado estandarte del derecho sobre el inmundo cadáver de la tiranía, y sin temor á los más espantosos pe-

ligros y sin amedrantarse por la aglomeración de dificultades y obstáculos, difundió la cultura hasta en las zonas más apartadas, haciendo conocer con la revelación la unidad del Sér Supremo y despertando la razón de pueblos y naciones que aletargada dormía en brazos de la más estúpida ignorancia y entre las densas tinieblas de la barbárie. Y no contentos con esta punible omisión, someten al análisis los dogmas más sublimes, y al presentarlos en contradicción aparente y nada más que aparente con los escasísimos aunque apreciables conocimientos de la ciencia hasta ahora conocida, se parapetan en la fortaleza de su razón limitada, para disparar desde allí los dardos venenosos de la difamación.

Detenidos en este punto y creyendo convencer con presuntuosos razonamientos, los ateos y materialistas en primer término, los llamados libre-pensadores en segundo, y los que por sistema se declaran enemigos de la revelación para no encontrar en ella un obstáculo al halago de sus pasiones, atraen innumerables prosélitos que, al abdicar de la noble facultad de pensar, aprenden tan falsas como funestas doctrinas, consiguiendo unos y otros que los espíritus débiles y las inteligencias vulgares que tanto abundan y tan á propósito son para constituir las masas inconscientes y que en casos dados sirven para difundir el espanto y el terror, beban ese veneno que de una manera lenta va infiltrándose por todas las artérias de la sociedad.

El indiferentismo, por otra parte, dejando que las pasiones se desborden y que el estúdio de lo puramente material alce su imperio en una sociedad sensual y metalizada, alienta los vuelos de una filosofía positiva que funda su principio exclusivo en nuestros propios sentidos y no admite más conclusiones que las que la ciencia establece, como si el raciocinio humano pudiera resolver lo que tan léjos está de la razón, no por repugnante y absurdo, sino por superior é indemostrable.

¿Dónde se encuentran hoy corazones completamente

sanos que palpiten por el amor puro de la verdad? ¿Dónde aquella fé que enrojecía con la sangre de los mártires las arenas del circo romano, para sellar con ella las verdades de una religión que venía á destruir el mundo del paganismo, corrompido por la impureza de sus doctrinas y sus costumbres? ¿Dónde aquella abnegación sublime de nuestros padres que, desde Covadonga hasta Granada, pasearon en triunfo la sacrosanta Cruz y elevaban suntuosas catedrales al Dios de las alturas, bajo cuyas bóvedas se prosternaban llenos de la fé más ardiente, para buscar, tras el láuro de la victoria arrancado en los campos del honor, la corona inmarcesible que el Sér Eterno reserva á los que le acatan y reverencian? Avergoncémonos al confesarlo. La cáusa de nuestra decadencia está en la falta de fé, en el egoismo y el interés personal que ofuscan nuestra razón para sujetarla al mundo de la materia, como si este planeta que es el punto de partida para nuestro eterno viaje fuera el término de nuestra peregrinación, sin un más allá donde existe la felicidad suprema.

Nosotros creemos que, si hoy agitan á la sociedad males sin cuento por el olvido que se tiene de la fé en su harmonía con la ciencia, tal vez mañana, cuando las fatales consecuencias de tal separación hagan al hombre llorar los daños que forzosamente han de surgir, la razón, tendiendo su vuelo hácia esa luz que brilla en el cielo de nuestra inteligencia, bañe sus alas en tan hermosos rayos, uniendo con cadenas de flores los adelantos del espíritu con las verdades que Dios nos ha manifestado por medio de la fé.

La historia no puede contradecirse á si misma, y su ley ha de cumplirse de una manera ineludible y fatal. La trasgresión de sus mandatos podrá, en determinados momentos, ser un obstáculo de consideración que desate sobre la sociedad males incalculables, y haga retroceder al espíritu humano en la marcha triunfante de sus anhelos y conquistas; pero cuando la efervescencia

de las pasiones se temple forzosamente en la realidad de sus dolores y sufrimientos, el progreso verdadero, esto es, la unión de todos los elementos físicos y morales que tienen por único fin la perfectibilidad humana, contribuyendo al engrandecimiento del hombre, se unirán en fraternal é indisoluble lazo, para consolidar y perpetuar la civilización que no puede existir sin la harmonía de la razòn y de la virtud.

Al ilustrado y muy respetable señor

D. José Tomás Melgarejo y Musso,

CONDE DEL VALLE DE SAN JUAN

El hombre y la Revelación (1)

I

Al tender una rápida mirada sobre el estado de la sociedad, observa el espíritu, lleno de tristeza, que aquella fé sencilla que fué la poderosa palanca de generaciones anteriores para lanzarse á las más nobles y grandes empresas que la historia registra, ha desaparecido casi por completo, siendo sustituida por el positivismo frío y egoista que priva al hombre de todos los más dulces y levantados sentimientos.

Aquella esperanza que fortalecía al corazón en medio de sus tribulaciones y amarguras, ha sido arrebatada por el huracán de las pasiones humanas, á las que la ignorancia misma rinde culto, secando la fuente viva en cuyos frescos raudales la humanidad templaba la ardiente sed de sus ansiedades infinitas.

---

(1) Discurso premiado por el «Círculo de la Oratoria» de Granada, en 1888.

Una lucha, cada vez más creciente, agita el fondo de los pueblos, y las ideas de perversión y malignidad, cambiando de forma y revistiendo nuevas fases, reproduce los gastados sistemas y las ridículas tentativas con que en siglos anteriores se pretendió obscurecer los fulgentes rayos que emanan de la divina luz de la Revelación.

Y sin embargo, la ambición del saber, el afán de poseer la verdad, siquier sea en algunas de sus más pequeñas manifestaciones, crece á medida que esa lucha se extiende y se dilata por todas partes. La noble razón, que no nos ha sido dada en vano para que por ella el hombre se constituya en rey de la tierra, pugna sin descanso por desgarrar el negro crespón que envuelve los límites de la inteligencia, á través de cuyos inmensos pliegues el alma presiente despejadas las infinitas incógnitas, cuyos respectivos problemas surgen y se multiplican á nuestra vista, sin que nádie hasta ahora haya pasado de intentar el planteamiento de sus soluciones.

Nobles propósitos, à veces, hacen llevar al campo de las investigaciones y de la discusión elementos que se apartan del asqueroso lodazal de las pasiones; pero alejados al mismo tiempo de la fé, de ese índice que señala la via que debe seguir la razón para evitar los escollos que el error amontona ante su paso, no producen los resultados apetecidos, y en ocasiones determinadas brota la confusión, como consecuencia lógica, como deducción inevitable y natural, toda vez que los falsos principios han entrado á formar la base del sistema y del estúdio.

¿Quién podrá atreverse á negar á la razón humana el derecho de investigación, si ese es el destino que Dios mismo le marcó al crearla? ¿Quién podrá rebajar el valor de ese dón inapreciable, si por tan alto distintivo de su personalidad el hombre va ascendiendo lentamente en la escala del progreso? Quitad al hombre la razón, y sería el sér más desvalido de cuantos existen·

Comparadle entonces con los demás vivientes en los periodos que median desde el nacimiento hasta su desaparición de sobre la tierra, y le hallareis siempre pobre y desvalido, añadiendo á la pequeñez de un alma irracional la deficiencia y debilidad de un organismo nada á propósito para la completa satisfacción de todas sus necesidades.

Por eso, inferior al águila en la vista, ha podido, sin embargo, por el raciocinio dirijir su mirada al fondo de los insondables espacios, ayudado por la potencia de su telescópio: ménos fuerte que el león de las selvas, ha conseguido domeñar á sus piés á todos los irracionales, con la superioridad de su pensamiento: más débil para resistir la inclemencia de los elementos que las aves y las plantas, ha modificado la materia para adaptarla á todas sus necesidades y gustos; y ante la potencia de su génio, la piedra se ha doblegado con docilidad á los golpes del cincel, la luz ha dado sus colores para consignar en inmortales tablas la idea sublime de la Belleza, el sonido que vibra en la eterna harmonía del universo ha sido encerrado en el pentágrama para expresar las dulces impresiones del espíritu, la palabra ha quedado encadenada al ritmo para cantar las maravillas de la creación, y todas cuantas grandezas hacen al hombre envanecerse de sí mismo, han nacido del impulso de su razón, cuyo influjo va desarrollándose á medida que se dilatan las conquistas de su numen.

Y como si esta muestra de la humana sabiduria aun fuera pequeña para manifestar toda su importancia, la razón ha conseguido penetrar en las entrañas de la tierra, ha hendido las soberbias olas de los mares, ha conseguido medir las fuerzas del volcán, ha taladrado las imponentes masas de los montes más inaccesibles, ha sujetado el rayo para convertir un elemento de destrucción en germen de producción y vida, ha tendido una red de hierro sobre la superficie del globo, y ha ensanchado los mares y separado los continentes para estrechar y

consolidar las relaciones sociales de todos los pueblos.

Mas á pesar de todo cuanto nos maravilla y sorprende; á pesar de la grandeza de la razón que nádie se atreverá á negar sin rebajarse ante su misma conciencia, nadie se atreverá á negar sin rebajarse ante su misma conciencia, nada de eso vale ni significa ante la inmensidad de lo que aun permanece velado á nuestra inteligencia. Y si ésto acontece en el terreno físico y hasta en el metafísico, más aun puede decirse en el terreno moral, en ese campo donde sólo es dado penetrar á la fé, donde no caben las investigaciones sino las creencias, donde huelgan los impulsos del raciocinio y sòlo tienen lugar los del sentimiento. Allí la inteligencia del hombre, confundida y anonadada por su pequeñez, marcha con paso torpe y vacilante, perdiéndose en las nebulosidades de misterios incomprensibles, y teniendo apenas lugar para humillarse ante la grandeza que le abruma y la magestad que le sorprende.

La razón humana. aislada de la fé, podrá tener una idea más ó menos aproximada, pero vaga siempre de ciertas, muy pocas, verdades importantes del orden moral, y entre ellas la de la existencia de Dios, si es que contempla las obras de la naturaleza y medita sobre el poder que mueve lo grande y lo pequeño y la maravillosa harmonía que todo lo relaciona, muestra débil, tal vez, de la hermosura y entendimiento del Criador ó acaso trono donde asienta su eterna soberanía.

La verdadera idea del Sér universal é infinito, el conocimiento completo de sus atributos, sólo pueden sentirse por medio de la palabra divina llegada á la inteligencia del hombre por el cable de la Revelación. Y si la idea de Dios no puede descender al hombre sino de un modo imperfecto, una vez apartado de la fé, por ser Dios la verdad suprema de la ciencia humana, el raciocinio tampoco puede conocer todas las verdades necesarias al hombre, sin el auxilio de la fé, por lo que debemos decir y afirmar que es de necesidad imprescindi-

ble y absoluta la existencia de la divina Revelación.

Sobre este punto tan interesante va á versar este modesto y desaliñado trabajo; y aunque dudamos de nuestras fuerzas para desarrollarlo de la manera brillante y acabada que merece, procuraremos demostrarlo por la razón sola sin auxilio de pruebas teológicas ó de argumentos de autoridad. Puesto que en nombre de la razón y dándole nada menos que el atributo de infalible, se maltratan y atropellan las verdades del orden moral, presentándolas sus detractores como enemigas de la inteligencia y del progreso, esa razón tan enaltecida nos servirá para probar su misma impotencia y el falso concepto que de ella han formado los sistemáticos adversarios de la fé.

II

El hombre es un compuesto de espíritu y materia, un todo harmónico en cuya formación toman parte dos sustancias diferentes: una que obedece á las inalterables leyes de la física, y cuyos órganos, hábilmente combinados y dispuestos para un determinado fin, ponen al *yo* en relación con el universo externo y determinan todas las funciones materiales necesarias para la existencia: otra el sujeto que recibe las impresiones y constituye la unidad é identidad del sér, manifestándose en todas las funciones inmateriales é independientes de los sentidos, cuales son las que se refieren á la sensibilidad, á la voluntad y á la inteligencia.

Impotente la materia para sentir, pensar ó querer, por razón de su multiplicidad, variedad y transformación, las necesidades de los sentidos sólo pueden referirse á su conservación y desarrollo, en el contínuo dinamismo en que se mueven. Las necesidades de otro orden superior y distinto de la materia deben referirse, por lo tanto, al sujeto recipiente, por razón de analogía, sigiéndose de

aquí que si el alma humana aspira á satisfacer los infinitos deseos de sus facultades, cuales son la posesión de la belleza para la sensibilidad, la verdad para la inteligencia y el bien para la voluntad, debe excogitar medios conducentes á ese mismo fin, porque de lo contrario vería á cada momento destruidas sus esperanzas y un eterno suplicio sería la coronación de sus esfuerzos.

Supongamos que el hombre, aislado en medio de la naturaleza y sin más brújula que su razón para surcar por el inmenso piélago de lo desconocido, no posea, en los innumerables problemas que eternamente tiene planteados en todo cuanto le circunda, otros medios para la solución que busca que los sentidos materiales, cuya finitud y limitación nádie desconoce. ¿Qué se sigue de ese principio? Que solamente podrían satisfacerse aquellas aspiraciones puramente materiales, aquéllas que sólo estuvieren al alcance de los citados medios, aquellas que no respondieran á las necesidades de un orden extra-físico, porque lo metafísico y lo moral no pueden ser analizados y comprendidos en manera alguna por la materia.

¿Cómo los sentidos, esos medios exclusivos y fundamentales de los positivistas, podrían hacernos sentir la belleza, conocer la verdad y ponernos en relaciòn con el bien? ¿Cómo podrían, además, dada su pequeñez, su limitación, llevarnos á lo grande, á lo sublime, á lo ilimitado, á lo absoluto, cuando su misma deficiencia señala los lindes en que se mueven como dentro de un círculo de hierro?

Que el medio de los sentidos es un factor importantísimo para la razón, nadie tratará de ponerlo en duda. La percepción de las vibraciones de la luz y de los sonidos que nos dan la harmonía de los colores y de las combinaciones melódicas; el gusto y el olfato que nos hacen agradables la fragancia y los alimentos; el tacto que nos pone en comunicación con los cuerpos para apreciarlos en su longitud, en su latitud y en su profundidad, todo

ello es de valor sumo para llevar al alma conocimientos que formen la base de sus inducciones, de su trabajo constante en el hermoso campo del progreso.

¿Pero la vista, el oido, el olfato, el tacto y el gusto, pueden responder á las interrogaciones que se formulen acerca de la inmortalidad del espíritu? ¿Responderian tal vez acerca del destino de los séres? ¿Nos hablarian de la justicia, del mérito ó demérito de nuestras acciones, del premio ó del castigo del agente que emplea su voluntad en actos plausibles ó reprobables? Pues qué, ¿nó es importante conocer el fin último para que el hombre ha sido creado? ¿Es menos importante conocer la certeza de una verdad moral que la que se tiene acerca de otra que se relacione exclusivamente con la inteligencia? ¿Vale más la fabricación de una locomotora, la apertura de un canal ó la instalación de un cable submarino que la averiguación de si la vida del alma concluye en el seno de la tumba ó si el espíritu, al desprenderse del frágil barro que lo contiene, vuela á las regiones de lo inmortal, como vuela el aroma de las flores al deshojarse la corola de donde emanan los perfumes?

Norabuena que los adelantos materiales se sucedan sin interrupción: norabuena que el hombre arranque de la naturaleza los secretos que perfeccionan su entendimiento: norabuena que se dé á los sentidos la importancia de su significación y que el complicado y maravilloso organismo de la máquina humana se tenga muy presente para ciertos fines de la vida; ¿pero el alma nó significa nada para nosotros? ¿Nó alimentarémos ni desarrollaremos las facultades de nuestro espíritu con algo que no sea material, con algo que lo eleve y lo dignifique, haciendo que se establezca el dominio absoluto del alma sobre el cuerpo, para que la voluntad y la inteligencia alcancen, por derecho propio, el alto rango que les corresponde? ¿Nó buscaremos con preferencia los medios adecuados para resolver el terrible problema de ultratumba que tanto importa al que sólo cuenta con

breves momentos de vida material, cuando una infinidad de siglos se nos presentan al cerrarse nuestros ojos á la luz del dia, al cesar de latir nuestro corazón y de circular nuestra sangre?

Preciso es querer apartar nuestra vista de la luz ó tener un vivo interés en engañarnos á nosotros mismos y en inducir al error á los demás, para no ver cuán de mayor importancia son para el hombre los problemas morales que los que vienen á reflejarse pura y exclusivamente en el perfeccionamiento de la materia.

Pero estos problemas morales que tanto nos incumben no se solventan, no pueden solventarse en manera alguna con lo que los sentidos nos hacen conocer, ver y palpar: no pueden ser tampoco analizados ni comprendidos por la ciencia humana, porque la ciencia es producto del raciocinio, es el resultado del trabajo inteligente en combinación con lo que los sentidos manifiestan; y así como el águila, al tender sus libres alas por la atmósfera, no puede desplegar su vuelo por las altas regiones del fluido que envuelve nuestro globo, el entendimiento del hombre, libre y desenvuelto dentro del mundo de sus sentidos y de sus científicos adelantos, vése impotente para tender su rumbo más allá del círculo que ellos le marcan, porque así y no de otro modo le plugo al Hacedor Supremo limitar las cualidades de nuestro sér.

El único medio que puede conducirnos á la meta de nuestros deseos, es la fé, es la creencia, es esa luz sublime, misteriosa, purísima que resplandece en el santuario de nuestra conciencia y que ha sido encendida en el fondo de nuestro corazòn por el aliento soberano de la divinidad. De este modo, donde la razón tenga su término, donde la inteligencia abata sus alas ya impotentes-se alzará radiante y magnífica la fé, y rasgando los crespones de la ignorancia, mostrará á nuestra contempla, ción el almo bien, la verdad augusta y la belleza increada, que en eflúvios purísimos é inmaculados, se esparcen

por el universo como los átomos que derrama el incandescente seno de las estrellas.

La palabra de Dios, flotando sobre el abismo de los mundos: el verbo santo que hizo brotar del caos la hoguera de los soles y encadenó las enormes masas que surcan la inmensidad con órbitas gigantescas que ciegas obedecen á leyes eternas é inmutables; esa palabra que fecundizó la tierra, que hizo brotar la fáuna y la flora desde los profundos valles hasta la cumbre de los montes, que formó los mares y los continentes y dió su voz á la tempestad y su murmullo á las olas del Océano; esa palabra imperecedera, omnipotente, suma, ha penetrado hasta en nosotros, ha descendido hasta el humilde sér humano, como la gota de rocío sobre el cáliz sediento de la flor, y, haciéndole levantar su frente al cielo, le ha infundido la idea de la inmortalidad del espíritu y le ha mostrado clara y patente la verdad que brilla pura y refulgente tras las brumas que rodean el sepulcro, en cuyos bordes se estrella la inteligencia, cuando, sin otro guia que la razón, pretende traspasar aquellos límites infranqueables.

Esa palabra es la Revelación divina, complemento de nuestra racionalidad, faro que nos muestra el camino de lo futuro, dón que el mismo Dios se ha dignado concedernos en su bondad infinita. para mantener en nuestro pecho la esperanza y para que nuestra inteligencia, apartàndose de lo vano, de lo perecedero, de lo deleznable, tienda su vuelo à las regiones sublimes que se ostentan más allá de lo terrenal y de lo finito de la materia.

Dios no ha querido abandonar al hombre al dominio de las leyes que presiden al desarrollo de su naturaleza física. Dios ha creado en él un alma para que esté unida á otras leyes distintas de las que rigen la materia, á fin de que entre lo creado y lo increado, entre la criatura y el Criador, haya ese contacto íntimo, semejante al que existe entre el organismo humano y el resto de la naturaleza. Dios ha hecho oir su voz en nuestra concien-

cia y penetrado en nuestro espíritu por medio de la Revelaciòn, para descubrirnos los insondables é interesantes misterios que siempre estarán ocultos al raciocinio, no por absurdos y antiracionales, sino por no poder estar contenido lo superior en lo inferior, lo infinito en lo finito, lo necesario en lo contingente.

De aquí se sigue la gran importancia que para el hombre tiene la verdad revelada, y cuánto debe la criatura bendecir al Sér infinito, fuente inagotable de bondad, que le ha dado medios para su engrandecimiento y elevación, mostrándole despejados los horizontes donde los ojos del alma ven la luz inmaculada y pura, á cuyos rayos se abrillantan los arcanos que la amedrantada inteligencia no puede descubrir con sus esfuerzos.

III

Entre todos los problemas que rodean á la razón humana, el más importante, sin ningún género de duda, es el de la existencia de Dios. Dejar de resolver tan interesante incógnita, es perder el sentimiento de nosotros mismos, porque la idea de la existencia de un Sér supremo, de una cáusa necesaria y absoluta de todo cuanto palpita y vive en el universo, es la razón determinante de la moral y la que fija de una manera concreta é incontrovertible el fundamento de los derechos y deberes del hombre.

Suprímase la creencia de esa verdad esculpida en el fondo de nuestra conciencia, y la humanidad, perdida en el turbulento mar de las pasiones, seria nave sin brújula ni timón, empujada por la fuerza irresistible de los elementos.

Una sociedad atea sólo es concebible por un cerebro calcinado en el fuego de los vicios, y ante la imposibilidad de la existencia de pueblos apartados completamente de la idea de la divinidad, por más que, acatada la idea

en principio, las extravagancias se sucedan por el aislamiento de la razón, compréndese cuán importante es el conocimiento de esa primera cáusa, de cuya voluntad é inteligencia procede cuanto vemos y tocamos y cuanto se oculta en el fondo de los espacios donde no penetra la fuerza de nuestra visualidad.'

Todo cuanto afecta al hombre, social é individualmente considerado, tiene su principio en la idea de Dios, y mientras esta gran idea no tenga una determinación precisa para deducir de ella el conocimiento que se pretende, carece de fuerza hasta el orden moral y religioso, pues equivaldría á construir un edificio sin cimientos.

El conocimiento que se puede tener de la divinidad ó es completo ó incompleto. Si es incompleto ¿qué moral podrá deducirse de un principio defectuoso, ó qué religión estableceríamos para comunicarnos con el alto Sér á quien nos dirijimos, si no podría fijarse una idea exacta para encauzar nuestra conciencia? Si es completo, ¿nó podría entonces señalarse el medio en que deben desarrollarse nuestras acciones y nuestros pensamientos, ya que sabríamos ciertamente lo que para nosotros representa y significa la existencia de la divinidad?

¿Pero qué es conocer á Dios? ¿Es únicamente comprender la idea de esa primera cáusa, de ese origen de la existencia, anterior y superior á todo cuanto los sentidos perciben ó la razòn columbra? Eso no puede ser en manera alguna otra cosa que la manifestación de nuestra contingencia, en relación con el Sér necesario de donde procedemos. Para ésto basta con la razón, y en las diversas y magestuosas combinaciones de la naturaleza y en el fondo de nuestra propia personalidad, la inteligencia encuentra argumentos que prueban la existencia de esa Omnipotencia suma, cuyo aliento vivificante produjo el átomo y el sol, poblando la inmensidad de mundos incalculables. La idea de un principio inmutable y eterno de sabiduría y de poder; la idea de una justicia absoluta é infalible y de un bien perpétuo, son parte para de-

terminar la existencia de un Sér supremo, pero nunca medios suficientes para conocerle.

El conocimiento de una cosa se manifiesta no sólo por la síntesis sino por el análisis de lo conocido; y siendo Dios infinito y la razón finita; siendo Dios eterno y la razón creada; siendo Dios omnipotente por Sí y la razón potente por relatividad, la cáusa no puede estar comprendida en el efecto, ni lo que carece de límites puede encerrarse en lo que tiene muy marcada limitación, pues lo contrario equivaldría á querer que se contuvieran en un vaso las aguas del Océano, el todo en la parte y otros absurdos inconcebibles.

Dedúcese de estas premisas, que, si la importancia de la existencia de Dios es grande y de absoluta necesidad para el hombre, y la razón humana no la comprende ni puede comprenderla por sí misma de una manera completa, debe existir un algo que nos lleve al conocimiento de tan sublime verdad, pues no de otro modo podría esplicarse racionalmente la necesidad y trascendiencia del conocimiento de la existencia de Dios. Este algo que ya hemos indicado en anteriores consideraciones y que con frecuencia indicaremos, por ser la raíz en que se funda este modestísimo trabajo, no es otro que la fé, que la Revelación divina, y por medio de ella, á pesar de las innumerables dificultades con que luchan nuestras potencias, el hombre puede conocer á Dios racionalmente, puede sentirlo, puede embriagarse en su purísima esencia, y hablarle y escuchar los acentos deaquella voz que conmueve desde la sávia que se desliza por los microscrópicos vasos de las flores hasta las formidables masas estelárias que tachonan la bóveda infinita de los cielos.

La razón no puede decir de Dios nada más que lo que los sentidos y la ciencia le manifiestan. Los medios materiales. lo mismo que los metafísicos, tienen un punto infranqueable, y la racionalidad humana por su limitación misma, no puede traspasar los lindes puestos por la naturaleza.

La fé nos dice que Dios es un Sér infinitamente sábio, cuya inteligencia incomprensible ordenó la vida y las leyes de todo cuanto existe, y dió á todo la razón de su existencia. La fé nos enseña de igual modo que Dios es infinitamente poderoso, es decir, que su voluntad ejecuta todo cuanto quiere, todo cuanto le place à la magestad de su entendimiento. La fé nos hace ver también que Dios es infinitamente bueno, porque de El emana el bien que no concluye, la misericordia que no se agota, la piedad y el placer que no se extinguen.

Pero si bien en estas manifestaciones de la fé acerca de Dios como lo sumo en Verdad, Bien y Belleza se dice casi lo mismo que enseña la filosofía, es porque la fé parte de la base de la razón y marcha con ella unida, para elevarla á más alta esfera á donde no es dado llegar al hombre por los medios que conocen los sentidos.

Dios no es sólo el Sér que vive por Sí mismo desde la eternidad, que inflamó el caos al derramar en él su mirada, y formó las masas cósmicas para determinarlas en innumerables sistemas de soles. Dios no puso sólo su aliento soberano en el germen que fecundiza y desarrolla séres sin cuento desde el animálculo que tiene su mundo en el seno de la gota de rocío hasta los mónstruos que habitan en el fondo de los mares. Dios no es sòlo el autor de la fuerza que hace brotar las plantas y vibrar la luz y tronar la parda nube y pintar de nieve y grana el lecho sonriente de la aurora. Dios no es sólo el que infundió en el hombre un alma racional como un destello desprendido de su corona divina. Dios es algo más, según la fé. Dios es el amor. Dios es el Padre que engendra, el Hijo que encarna, el Espíritu que vivifica. Dios es el Autor y el Redentor del hombre, el que borra la culpa, el que le ofrece la gracia santificante y abre las puertas del Paraiso celestial á los que le acatan y reverencian, humillándose ante sus misterios soberanos y recibiendo en su alma los destellos purísimos de la luz de la Revelación. Dios es unidad en la esencia y trinidad

en la persona, misterio augusto reflejado en el hombre, como la inteligencia, la voluntad y la sensibilidad son tres facultades distintas de nuestro espíritu, determinando todas y cada una de ellas la unidad del sujeto y la continuidad de la conciencia. Dios es el fin último del hombre, como es la finalidad de la creación, no para confundirse en El, según el panteismo de los orientales, sino para que todo vuelva al punto de su nacimiento, después de recorrer inmenso ciclo de sucesos y transformaciones, y obtener allí el alma la sanción que merezcan sus obras. Dios es el que, además de haber derramado su sangre preciosa por quebrantar las cadenas que la soberbia habia forjado para aprisionar el corazón de la humanidad, descendió en llamas sobre los propagadores de las doctrinas del Evangelio y les comunicó su aliento soberano para la regeneración de las sociedades caducas y envilecidas. Dios es, en fin, el que, después que haya cesado la vida en nuestro planeta, volverá á descender desde su sólio refulgente, para juzgar á los séres racionales que ya pagaron tributo á su naturaleza mortal, uniendo sus almas con sus propios cuerpos, á fin de que el agente y el instrumento de virtudes ò de vicios, durante su material existencia, gocen ó sufran en la eternidad cuanto plazca á la divina justicia.

¿Cómo podria, pues, la razón poseer todas estas verdades relativas al Hacedor Supremo, si la fé no las hiciera ver á nuestra débil inteligencia? ¿Cómo podría el hombre dirijir á Dios sus súplicas ó expresarle su agradecimiento y alegria, si una voz sobrenatural no hubiera hablado desde lo alto de los cielos, para decirle que entre la criatura y el Criador hay algo más que el medio de las leyes físicas, y que Dios mismo se ha dignado descender hasta nosotros, á fin de que nosotros podamos ascender hasta El y contemplar con la luz de la esperanza la mansión de las delicias inefables?

Mirando en Dios únicamente lo supremo en poder y en inteligencia, bastaría sólo, para ser morales, recono-

cer el acatamiento del inferior hácia el superior; ¿pero quién nos alentaría para la práctica del bien, siendo dudosa la existencia de una vida futnra, y no conociendo la Verdad, como el mismo Dios se ha dignado revelarnos? ¿Cómo acariciaríamos la esperanza que nos sostiene, y cómo practicaríamos la caridad que nos rehabilita, si no supiéramos ciertamente, por medio de la Revelación, que Dios es la fuente que busca nuestro anhelo para saciar en sus aguas inagotables la sed de felidad que nos devora?

El verdadero conocimiento de la divinidad; el convencimiento íntimo y profundo que nos da la fé acerca de las cualidades y atributos del Sér omnipotente; el acatamiento de los dogmas que formulan los misterios con que se vela la gloria y la grandeza de la Razón que rige y desenvuelve el universo, son la piedra angular sobre que descansa el magnífico palacio de la virtud. La certeza de su misericordia, despierta en el alma sentimientos dulcísimos contra las adversidades y nos enseña el modo de practicar la fraternidad entre los hombres. La afirmación de su justicia, hace brotar en nuestro entendimiento las ideas de equidad que aplicamos á las leyes y á todas las reglas de conducta. La persuasión de sus relaciones con la humanidad en la obra sacrosanta de nuestra redención, influye en el encauzamiento de nuestro libre albedrío, para que le amemos y hagamos con merecimiento su voluntad, siguiendo las saludables máximas que se contienen en la tan sublime como sencilla oración del Padre Nuestro.

Cuando los pueblos, apartando sus ojos de la luz de la Revelación, han seguido la senda de sus instintos y razonamientos, el error ha tendido su velo sobre la verdad, y la idea de Dios ha ido lentamente desfigurándose cuando no desaparecido por completo. De aquí el politeismo, ese engendro de la fantasía, para llenar el vacío que en el alma habia dejado la desaparición de la verdadera creencia, y no ya el politeismo de griegos y roma-

nos, sino el de los ejipcios, más degradante y menos racional, ó la idolatría de los salvajes. De aquí, esas religiones absurdas que parecerían increibles á no estar afirmadas por el testimonio irrecusable de la historia. De aquí, en fin, esos sistemas llamados filosóficos, por no haber encontrado otra frase más gráfica, de panteismo, ateismo y materialismo, escuelas que retoñan en cada siglo con nuevas formas y que, secando en el corazón toda clase de sentimientos, engendran hecatombes sangrientas en la sociedad, dándose casos, como en la tristemente célebre revolución francesa, en que, á nombre del progreso, se borró hasta la palabra *Dios* para rendir culto á la diosa Razón bajo la forma de una degradada mujerzuela.

Ni aun las filosofías más conformes aparentemente con la razón humana han desarrollado la idea de la divinidad, cuando han estado divorciadas de la Revelación. Véase sinó, el estoicismo, tan en boga en las clases ilustradas de los romanos, casi á raiz de la aparición del cristianismo. Nada hay en sus razonamientos que complete la idea de Dios, como la tenía el pueblo judáico. Cierto que con tal doctrina, el gentilismo del pueblo rey perdia valiosos adalides entre los hombres de ciencia; pero la idea de la unidad de Dios flotaba en el caos, porque la luz no se habia hecho por aquellos filósofos: ardía en el santuario del templo de Jerusalén, vista y adorada por los creyentes: estaba consignada en las inmortales páginas de la Biblia, y sólo las tríbus israelitas poseian la Verdad, conocían á Dios cuya voz habia tronado en el Sinaí y como poco después habia de gemir en la escarpada cumbre del Calvario.

Cuanto al racionalismo fundado por Kant y sostenido por los poderosos génios de Fichte, Schelling y Hegel, á pesar de sus pretensiones de conocer á Dios, tanto en la teoría del *absoluto* como en las nebulosidades del *sér-nada* y del *venir á ser*, resulta un verdadero panteismo, un ateismo disfrazado que puede condensarse en la

frase siguiente: «No hay otro Dios en el universo que el espíritu humano y su desarrollo infinito», concepto que nace del aislamiento de la razón y que conduce al absurdo; concepto impío que tiende sobre la inteligencia un velo fúnebre cual si fuese la mortaja de la racionalidad y que, á pesar de querer levantar al hombre hasta identificar su esencia con la de Dios, le precipita en el abismo de la degradación más espantosa.

De todo lo dicho se deduce que el conocimiento de Dios no puede nacer del raciocinio humano ni de la filosofía, sin el auxilio de la divina Revelación; pues la Verdad suprema, en busca de la cual el hombre camina fatigado y anhelante desde el momento de su existencia misma, no puede reducirse al mezquino círculo de nuestra racionalidad, por lo mismo que esa verdad es infinita, y los medios que están al alcance de la razón y de los sentidos tienen la limitación de nuestra materia y de nuestras facultades metafísicas.

IV

Sentados estos precedentes de la manera más concisa, por no dar otras proporciones á este modesto trabajo, relativos á la existencia é importancia de la divina Revelación, como igualmente las pruebas para demostrar que el verdadero conocimiento de Dios no puede obtenerse por la sola razón ó la filosofía, fácilmente se comprenderá que las verdades necesarias al hombre deben descansar en la misma base de la Revelación, sin la cual el corazón y la inteligencia no pueden llenar las aspiraciones inherentes á nuestra propia finitud y que son como el aguijón que nos mueve para buscar la satisfacción de nuestros deseos.

¿Pero qué debemos entender por verdades necesarias? ¿Son acaso aquéllas que afectan á la sociabilidad humana ó al progreso de las ciencias, tendiendo á consolidar la libertad, igualdad y fraternidad de los pueblos, como

también á difundir la ilustración y cultura entre los hombres?

Ciertamente que la ley de los adelantos es fatal é ineludible y que la inteligencia no debe eximirse de un trabajo que la ennoblece y abrillanta. Ciertamente que todo paso dado en el camino de la ciencia es un paso dado igualmente hácia Dios, y que así como las facultades de nuestro espíritu se hallan unidas sin confundirse, auxiliándose mútuamente, de la misma manera deben tender hácia el perfeccionamiento del indivíduo, en harmónica unión, todos cuantos elementos fisicos, metafisicos ó morales puedan aglomerarse para la gigantesca obra del progreso.

Pero en el punto concreto á que nos referimos, no debe entenderse únicamente por necesario todo aquello que envuelva una idea de conveniencia suma y que sea á la vez imprescindible para la consecución de un objeto, sino que serán verdades necesarias aquellas de cuyo conocimiento no deba el hombre desentenderse para llegar á la meta de su misión en el mundo, que es en primer y principal lugar servir á Dios y gozarle. Así está escrito en nuestra conciencia y así está consignado en el Decálogo, en ese código breve y sencillo pero el más completo y moral de todas las legislaciones, al esculpir el Altísimo con su dedo de fuego en las tablas de piedra aquellas palabras sublimes: «Ama á Dios sobre todas las cosas.»

Luego serán necesarias las verdades que nos sirvan como de medios indefectibles para ponernos en comunicación directa con el Autor de la vida y todas las que nos aclaren las incógnitas de nuestro origen, de nuestra existencia y del destino futuro de nuestra alma, es decir, todas las verdades del orden moral que tanto nos incumben, pues está fuera de toda duda que el hombre no muere en el sepulcro, sino que al descomponerse su organismo material, el alma se desprende de su envoltura, como la mariposa deja el capullo que la contenía para respirar en otro ambiente más puro y delicioso.

¿Y puede darse algo más necesario que la posesión de aquéllo que tenga por único objeto nuestro bien? ¿Quién no habrá sentido sonar un latido dentro del corazón al cruzar por su mente una idea, siquier sea vaga, acerca de la existencia de otra vida superior? ¿Nó experimenta el alma un deseo indefinible y ardiente por palpar y conocer los misterios que le rodean, para saciar la sed que devora á todas sus facultades? Pues bien, si todo ésto es cierto; si la necesidad es innegable ¿dónde ha de encontrar el hombre los medios que le lleven á la posesión de esas verdades? ¿Estarán, por ventura, en lo que le manifiestan los sentidos? ¿Podrán hallarse en las investigaciones de la fllosofía, ó en los procedimientos de las ciencias exactas, físicas ó naturales?

De ninguna manera. Cítese un solo caso en que la ciencia, la razón ó los sentidos hayan sentado, con demostración irrefutable y evidente, la solución de esos interesantes problemas, y desde luego le rendirémos el acatamiento que merece. Pero nó: las ciencias, la razón y los sentidos tienen su órbita de acción, y la misión que Dios mismo les ha marcado es muy distinta.

Los sentidos transmiten al alma las impresiones de cuanto perciben en el universo externo. La razón compara, analiza y juzga. Las ciencias, ora observan las relaciones de la materia y las leyes que la rigen, si son físicas, ora se ocupan del análisis de los elementos constitutivos de los cuerpos, si son químicas, ora observan el volumen, distancia y movimiento de las masas celestes, si son astronómicas, ora estudian las funciones de los órganos en su relación con la vida, si son zoológicas, ora confirman las leyes fisiológicas en su acción sobre el organismo humano, si son antropológicas, ora, en fin, llevan á la precisión numérica todas las cosas que pueden contarse, pesarse ó medirse, si son matemáticas. Pero ninguna de ellas, como se vé, lleva al alma la satisfacción de esa necesidad infinita, de ese deseo constante y no extinguido, acerca de saber con certeza lo que existe

en el más allá de lo que llamamos muerte, de esas verdades tan necesarias para la tranquilidad y encauzamiento de la conciencia.

Tampoco la filosofía puede ser la solución que se pretende, pues si bien esta ciencia tiene por fin la conducción de la mente á la adquisición ó demostración de la verdad, no puede moverse en otro círculo que en el que le prestan los sentidos ó en el de los datos que aportan las demás ciencias; y en sus procedimientos de inducción y deducción no hallará jamás otro principio ú otra consecuencia, que los que la lógica le dicte con arreglo á las premisas en que se funda. Además, la filosofía es una ciencia puramente subjetiva, y su extensión nunca traspasa los límites de la inteligencia individual que la impulsa para desarrollar un sistema. Así se ve que, mientras en las demás ciencias se suceden con más ó menos rapidez los adelantos, por su misma objetividad, y el trabajo de un siglo sirve para facilitar los procedimientos de tiempos posteriores, en la filosofía, descartados los medios auxiliares de las ciencias que la hacen progresar, no se ha podido añadir nada á lo que ya dijeron y escribieron Sócrates, Aristóteles y Platón.

Para solventar esas incógnitas, Dios nos ha hecho oir su palabra, Dios nos ha revelado su idea, y esa idea y esa palabra no son otra cosa que la Revelación divina, complemento de la inteligencia, fuente de consuelo, tesoro de esperanza, clave que descifra ese geroglífico que la mano del Omnipotente puso á nuestra vista desde que la vida brotó en el universo.

Si no fuera así, habría que suponer en Dios un absurdo, un imposible, esto es, que Dios, todo verdad, todo bondad, habia puesto en nuestro corazón un vacio que no habia de llenarse nunca, y en nuestra alma un anhelo tiránico, cuya consecuencia sería el dolor eterno y la ausencia absoluta del bien, lo cual no es admisible ni aun hipotéticamente, porque repugna á la razón y al buen sentido.

CONSEJERIA DE EDUCACION Y CULTURA BIBLIOTECA REGIONAL

Por ésto afirmamos, como última conclusión de nuestra tésis, que el conocimiento de todas las verdades necesarias al hombre sólo puede tenerse por el medio de la Revelación divina, consignada en los sagrados libros y depositada en el seno de la Iglesia donde se conserva la religión de la verdad, la religión del amor, la religión del sentimiento, la religión que se aparta de la materia y habla al alma para preservarla del fango de las pasiones y mostrarle expedito el camino que conduce á la mansión de las eternales delicias.

Ahí y no en otro punto está la solución del terrible problema: ahí y no en otro punto está despejada la incógnita del pasado, del presente ydel futuro; ahí y no en otro punto es donde la razón puede hallar su engrandecimiento, su perfeccionamiento, que le permite extender la órbita en que se mueve, y abrillantarse con los rayos de esa hermosa luz que refulge por los siglos de los siglos en la corona que circunda la frente del Eterno.

V

Ahora bien: si la Revelación divina no es un fantasma inventado por el delirio ni por un exagerado celo, sino una verdad inconcusa, cuya existencia se basa en nuestra deficiencia amparada por la misericordia de Aquél que todo lo ve, que todo lo sabe y que todo lo puede, para responder al anhelo infinito que reina en nuestro corazón, no comprendemos cómo á nombre de la humanidad y pretendiendo regenerarla de los males que la acarrean sus mismas necesidades no satisfechas, por cáusa de los escasos medios de que dispone para su elevación y engrandecimiento, se niegue tan apreciable y rico dón, y se añada en ocasiones la sátira al sofisma, ya que faltan razones conviccentes que prueben la falsedad de una verdad tan incontrovertible.

Y sin embargo, á pesar de no darse una demostración

satisfactoria, la impiedad busca medios, apelando á todos los recursos imaginables, para destruir la obra de la fé, sin ver en su impotencia que son en vano todos sus esfuerzos para derribar lo que se apoya en la palabra de Dios, y que, después de hacer hervir las pasiones para nublar la inteligencia, su formidable empuje se estrella á los piés del enemigo contra quien combate, á la manera que las olas del mar, embravecidas y espumosas, vienen, detenidas en su fúria, á besar humildemente las arenas de la playa.

Pero mientras la decepción no obliga á arrojar la venda que cubre los ojos ó el dolor no hace levantar la vista al cielo en demanda de un rayo fugitivo de la hermosa luz de la esperanza, corazones empedernidos é inteligencias sujetas por las cadenas del error, siguen su curso, sin pararse á contemplar el daño que causan, daño que no sólo perjudica al espíritu en quien recae sino á la familia y á la sociedad, por cuyas artérias se difunde lentamente el virus que descompone, la enfermedad que relaja, la perversión que desmoraliza y destruye.

Para apoyar su funesta malignidad, piden su apoyo á la ciencia y su prestigio á la razón; y la razón y la ciencia, más altas, más nobles, más dignas, no responden á su llamamiento, porque la ciencia es verdad, es luz, y no puede convertirse en error y en tinieblas, y la razòn es el reflejo más directo de Dios en el hombre y no puede volverse contra su origen, contra su principio, contra la suprema y absoluta Verdad. De aquí que es una verdad manifiesta y una impiedad verdaderamente sacrílega, decir que es perfectamente científico y racional el absurdo que tiende á negar la existencia de la Revelación divina, pues para que así fuera, seria preciso, en primer término, que la ciencia hubiera resuelto todos los problemas que rodean al hombre, y en segundo término que la razón hubiera llegado á lo infinito, y que, establecidos estos puntos de comparación, se trajeran á un examen todas las afirmaciones de la Revelaciòn divina, para ver

el grado de discrepancia ó conformidad que existía entre la potencia indagadora y la cosa juzgada.

¿Pero eso es acaso posible? Cuando dentro de nuevos siglos el progreso científico haya avanzado de manera tal que las maravillas de ahora sean nada en comparación con las que entonces se posean, todavia el hombre no habrá llegado á pasar de los primeros peldaños de esa escala que principia en la inteligencia y concluye en Dios, porque la suma de todos los finitos posibles no darán jamás un infinito. Y es que la ciencia humana ha de correr siempre en línea paralela con la limitación de la inteligencia que la desarrolla, y la razón que ha de dirijirla no podrá nunca emanciparse de su misma naturaleza ni agitarse en otro círculo que en el que le trazó desde la eternidad el dedo del Omnipotente.

Luego si el hombre no ha de llegar jamás á lo supremo en la ciencia y en la razón, porque seria igualarse en todo con el Sér infinito, lo cual es imposible de toda imposibilidad, no debe invocar la autoridad de tales elementos para arrojarse en brazos de la soberbia y dirijir rebelde al cielo su mirada, blasfemando de quien, con un amor inagotable, nos tiende cariñoso su manto y nos habla con la inefable dulzura que brota de su paternal corazón. Luego el hombre debe acatar y reverenciar las verdades que le descubre la sagrada Revelación, sin las cuales quedaria abandonado al escaso poder de sus sentidos y á la pequeñez de su débil entendimiento, auxiliares mezquinos y deficientes que, de error en error, precipitarían al alma en una sima insondable de desventura.

Si la conciencia es el regulador de nuestros actos, apelemos á ella ¿Qué ofrecen á la sociedad los que tanto blasonan de científicos y racionales á cambio de la esperanza que le arrebatan y del consuelo que le ahuyentan? ¿Qué le presentan en lontananza al corazón siempre sediento de felicidad, jamás satisfecho de cuanto posee y contínuamente suspirando por un bien que no toca ni conoce pero que presiente con esa intuición maravillosa

que no proviene de su material constitución? ¿Qué realidad traen al hombre los que tratan de emanciparle de las leyes divinas, para forjar en su mente ilusiones que se desvanecen á cada momento, como niebla que el viento arrebata al asomar por oriente los primeros rayos de la aurora?

Jamás se ha visto más amenazado el equilibrio social que desde que los perturbadores de la ciencia y de la razón se han proclamado en heraldos de la redención de la inteligencia. Y nos atrevemos á llamarles perturbadores, porque no otro calificativo merecen los que, en nombre de la razón practican lo que está más en contra de ella, que es el fatalismo y el materialismo, y en nombre de la ciencia rechazan todo estudio sério, no vacilando en su ignorancia atacar todo cuanto de grande y de santo existe sobre la tierra, profesando precisamente todo lo contrario de lo que pretenden difundir. Así, tras sus promesas frívolas y vanas, tras sus engaños encubiertos con galas y colores que hacen invisible la repugnancia de su fondo, surge al fin la hediondez de la pasión desenfrenada, y la lobreguez del vacío es cuanto al espíritu se le presenta para arrojarle por una eternidad en el abismo de la degradación.

Pero ¡ah! la palabra de Dios no puede faltar nunca. Quien no puede engañarse ni engañarnos, ha manifestado que tengamos esperanza y fé en sus promesas. Quien se dignó descender á la tierra desde lo alto de los cielos y derramar su sangre por el hombre y abrir sus brazos en la cruz para oprimir los brazos de los déspotas, nos ha enseñado la verdad en sus doctrinas; y aquellas máximas sublimes que el Aguila de Pahtmos transmitió á las generaciones presentes y futuras resplandecerán á través de los siglos y á pesar de las brumas del error, como desciende hasta nosotros la luz de los astros á través del velo con que la noche envuelve nuestro globo.

Si así no fuera; si tuviéramos duda acerca de la veracidad de las promesas del Dios-Hombre, sería preciso mal-

decir nuestro destino é increpar al cielo por haber puesto en nuestro espíritu tendencias que jamás habian de satisfacerse, llenándonos de necesidades para sufrir unas pruebas injustificadas, cuando todo concluye en la tierra, cuando nuestra alma se aniquila al descomponerse la materia que la contiene. Pero nó: eso sería ilógico, irracional. Esa blasfemia repugnaría por completo á la ciencia y á la razón, porque no puede admitirse siquera como hipótesis de controversia, como suposición vaga y de fundamento transitorio, que Dios mismo nos haya hecho concebir ilusiones pasajeras para gozar con los dolores de la humanidad y para despedazar nuestro corazón con las crueldades de una desesperación sin límites.

Si la impiedad procura levantar triunfante su cabeza; si la soberbia aun repite el *non serviam* que el ángel rebelde lanzó junto al trono del Altísimo, todo corazón fervoroso y amante de la verdad debe tener por escudo aquella frase sublime *portae inferi non prevalebunt*, robusteciendo con tales palabras la fé que le anima y la esperanza que le alienta.

¡Desdichado del hompre, desdichada de la sociedad, si los enemigos de la fé consiguieran al fin sus propósitos! Retrocederíamos á los tiempos del paganismo. La materia volvería á imponerse: los goces impuros serían el objetivo del corazón; y deificados y glorificados los vicios, la noble razón se vería encadenada por las pasiones erigidas en soberanas del mundo. Aquellas escenas del bajo imperio reproducirian en la historia sus fases; y al rumor de orgías desenfrenadas, los mártires darían su vida eu holocáusto de la verdad, mientras alumbradas por las llamas de los incendios, se pasearían por la atónita Europa las nuevas hordas de Genserico y Atila.

Pero, nó. El baluarte de la Religión se alza enhiesto y magestuoso, sin que la impiedad consiga aportillar sus muros de diamante. La luz de la fé (repitámoslo con amargura) se aminora por los nublados que pretenden envolverla, pero no se extingue ni puede apagarse, porque

su foco es la corona de Dios que ilumina los orbes; y aunque la perversión del hombre multiplique sus esfuerzos; aunque dias amargos y luctuosos leguen á la historia horrendos crímines y escenas de sacrilegio, todo pasará ó se transformará como los ritos, como las costumbres, como las doctrinas, como los fastuosos imperios orientales; todo se agolpará en la vorágine del tiempo que absorbe y destruye cuanto es hijo de la ambición y de la soberbia; y así como el espíritu de Dios flotaba sobre la haz del abismo cuando las fuerzas desenvolvian las masas caóticas y preparaban la habitación de la vida, la Revelación sagrada, la obra de la fé, flotará sobre el abismo de los siglos, derramando á torrentes su dulzura en los corazones y sus olas de luz purísima en el entendimiento de los creyentes.

Resumen comparativo de las civilizaciones romana y arabe en España. (1)

I

Entre todas las historias que los pueblos nos presentan para las investigaciones del espíritu humano, ninguna más interesante para nosotros mismos que la de nuestra pátria. Los hechos acaecidos en nuestro suelo desde los tiempos primitivos; la multitud de hombres célebres que á cada paso nos presenta; los grandes problemas sociales resueltos hasta de una manera providencial en medio de las tremendas crisis porque atravesaba el mundo, hacen de la historia de nuestra nación un objeto de estudio profundísimo al par que de admiración y respeto.

Colocada nuestra península en uno de los puntos más importantes de la tierra y beneficiada por la naturaleza con los grandes tesoros de su infinita fecundidad, ha sido siempre, por su posición y su riqueza, un incentivo de envidia para otros pueblos más empobrecidos ó de índole guerrera y comercial, y un campo abierto para la soberbia y ambición de muchos que decidían en el territorio de nuestra pátria la suerte ó la destrucción de sus empresas.

---

(1) Premiado en el «Centro de Lectura» de Reus, el año 1884.

En la Edad antigua vése invadido el hispano suelo por diferentes explotadores que, desde los fenicios hasta los romanos, nos presentan una larga série de hechos importantes, dándonos á conocer la medida de nuestro valor y de nuestro carácter, y ofreciendo una fuente inagotable de consideraciones á la imaginación del narrador ó del filósofo. Más adelante, las tribus del Norte, desgarando el manto de púrpura de la vieja Roma y arrancando de su corona el florón de la península ibérica, echan los cimientos de nuestra monarquia para ser luego aniquilados por la espada del Islam. Hasta en la Edad moderna y aun en la contemporánea, nuestro territorio ha sido sumamente codiciado, siendo tan importante el estúdio de todas estas épocas, que con dificultad podrá presentarse otra historia más brillante y de mayor interés, por los numerosos y trascendentales sucesos de donde se entresacan lecciones de suma utilidad.

Aquí las ciudades asombro del mundo, Astapa, Numancia, Saguúnto, Tarifa, Zaragoza, Gerona, Astorga, y otras mil que fuera prolijo enumerar, ciudades que indican una série de generaciones de titanes, sostenedoras del espíritu de nuestra independencia y ejemplo eterno de la virilidad del pueblo hispano: aquí los mejores laureles de los más esclarecidos capitanes, desde Anníbal hasta Napoleón, tumba del génio francés, como castigo de sus locas ambiciones, y admiración de la amedrentada Europa que no habia podido contrastar el empuje de las legiones del heraldo de la Revolución: aquí la monarquía de la Edad media, dique seguro contra la barbárie del feudalismo que tan odiosos recuerdos dejó en otras naciones, y amparo de los pueblos á la vez que encarnación augusta de nuestras pátrias libertades: aquí, en fin, todo lo más grande y lo más noble que la historia presentar puede, porque grande y noble ha sido, es y será el alma de los que tienen la dicha de ver la luz bajo la bóveda de nuestro hermoso cielo.

Ahora bien: entre todas las invasiones y dominaciones

que ha sufrido España y que dejaron en ella algo ó mucho del espíritu que las impulsó, hay dos que se destacan por sí mismas, como descuella altísima palmera sobre un campo de pequeños arbustos, y son las que más consideración ofrecen por su importancia, pudiendo ser clasificadas como las épocas más dignas de estúdio entre las de nuestra historia. Aludo á la dominación de los romanos y á la de los árabes.

¿Cuál de las dos es más importante? ¿Cuál de ellas merece nuestra preferencia? Difícil es contestar á primera vista, mayormente cuando no trato de narrar sucesos ni de exaltar la imaginación con descripciones que afecten hondamente el sentimiento nacional. Unicamente sobre la comparación de ambas, en su relación con el progreso humano y con lo que á nuestra pátria deba referirse, va á versar este modesto trabajo, deduciendo, en consecuencia lógica. la respuesta de las preguntas formuladas.

II

Tras largos años de sangrienta y tenaz lucha, en la que fueron vencidos los generales más famosos de Roma y en donde España agotó cuantos recursos tenia y pudo crear para la defensa de su territorio, las águilas del Tíber enseñoreáronse por fin de la península ibérica. Poco tiempo después, cuando calmada un tanto la ambición de audaces senadores y destruidos los enemigos exteriores de la república constituyóse el imperio, la paz octaviana, ese periodo de bonanza que coronó los esfuerzos del pueblo que habia aspirado á reunir bajo el dominio de un solo cetro todas las potestades de la tierra, dió principio á una era desconocida hasta entonces en los fastos de la hissoria, y preparó el mundo para marcar en él una de las más grandes etapas que se conocen en los anales del progreso.

En efecto, clasificándose como provincias romanas to-

das cuantas regiones hasta entonces se conocian, la guerra exterior ya no podia tener objeto ni incentivo alguno, y sólo quedaba el temor de las ambiciones particulares que llevan consigo las revueltas y contiendas civiles. Al espíritu belicoso, habia de suceder necesariamente otro espíritu en consonancia con las naturales aspiraciones del hombre, con esos deseos que, aun á través de las revoluciones y de los vicios sociales, no se apagan ni se extinguen, sino que por el contrario se manifiestan en todo tiempo y lugar, para hacernos caminar por la senda de una civilización creciente que estreche los vínculos de unos pueblos con otros, hasta llegar al término de nuestra peregrinación sobre la tierra.

Desde el glorioso reinado de Augusto, las costumbres desordenadas que no habian podido ser reprimidas por las leyes Orchia y Voconia, y que más adelante, á medida que el imperio iba perdiendo su importancia degeneraban rápidamente hasta marcar la disolución que causó la muerte de aquella sociedad, comenzaron á suavizarse lentamente, bien por el influjo benéfico de la tranquilidad pública, bien por el de la filosofía estóica que habia encontrado prosélitos hasta en las inteligencias más distinguidas. La esclavitud, odiosa institución nacida de la soberbia, que aun desde antes de la constitución de la república venia encadenando millones de séres infelices á la voluntad de sus despóticos señores, iba gradualmente adquiriendo menor importancia, á la vez que adelantaba la civilización y se estrechaban los lazos sociales con la sana moral del cristianismo.

Las artes y las ciencias brotaron como por encanto, y la luz que irradiaba el sol de la metrópoli llegaba hasta los más apartados confines del vasto imperio, ahuyentando las sombras de un pasado ennegrecido por el fango de las pasiones desenfrenadas ó por la ignorancia corrosiva que habia minado los cimientos de la sociedad. La lengua del Lácio, gran elemento del progreso por su amplitud, riqueza y hermosura, bien pronto dejó sentir

su influencia beneficiosa, imponiéndose al fin en todas partes; y la legislación, caminando de adelanto en adelanto, llegó, por fin, á fijar respetables derechos, condensando en un código, que aún admiran y estudian las generaciones presentes, todo cuanto de grande y civilizador podia conseguirse en una época que luchaba con los estertores del paganismo y con los gérmenes de la santa doctrina que habia sellado su Autor con su propia sangre al expirar sobre una cruz.

España no pudo sustraerse en manera alguna al influjo de la superioridad de sus vencedores. Explotada durante largos años por pueblos ansiosos de dominio y de riqueza, habia consumido sus fuerzas en la titánica lucha sostenida ora contra Carthago, ora contra Roma, sin cuidarse para nada de sí misma y sin salir apenas de un estado que en el rigor de la frase pudiéramos llamar casi primitivo, por no poder atender realmente á otra cosa que á la necesidad de una guerra incesante. Por esta razón, al presentar sus elementos vírgenes al contacto de la civilización romana, quedó moralmente vencida, como materialmente lo habia sido ya, y comenzó á despertar de su letargo, para encontrarse en un mundo desconocido que modificaba en gran parte su manera de ser y hasta sus naturales inclinaciones.

Así como la esponja, sumergida en un líquido, absorbe gran cantidad de éste hasta llenar por completo sus cavidades, de la misma manera España absorbió, sin esfuerzo alguno, cuanto de superior le rodeaba, hasta llegar á nivelarse con el valor de las provincias itálicas, que podian considerarse como el núcleo de la civilización que entonces existía, superando, por consiguiente, á las mismas Galias, donde el arráigo de antiguas y bárbaras costumbres impidió siempre el dominio completo del espíritu progresivo de los romanos.

Dócil y flexible el carácter hispano, olvidó pronto sus antiguos sentimientos de independencia, dedicándose por completo al fomento de sus intereses y fraternizando

con los conquistadores. Estos, léjos de imitar á los fenicios y cartagineses y ménos aún á los antiguos pretores de Roma, tipos de crueldad y de insaciable avaricia, no consideraron nunca á España como objeto exclusivo de explotación, sino como parte integrante de una nación que sólo habia aspirado al dominio universal. Así se ve que en el equilibrio político establecido por Roma, España fué también llamada á la participación de ciertos derechos, y su territorio fué sometido al mismo régimen administrativo y gubernameutal que imperaba en todas las provincias, incluso las que se extendian desde la falda de los Alpes hasta el golfo de Tarento.

Aún se ven en nuestro suelo las huellas de aquel período de engrandecimiento, y la historia conserva y ensalza nombres de españoles ilustres que dieron dias de gloria al colosal imperio de los Césares. Monumentos artísticos que revelaban el gusto estético que dominó en Athenas y que completó el génio de los hijos del Tíber, y cuyos restos todavía pueden estudiarse en algunos puntos de la península, como en el circo de Sagunto, y con especialidad en el maravilloso arco de Mérida, una de las obras más acabadas de la antigüedad: acueductos como los célebres de Segóvia y Tarragona y otros no menos importantes: canales de derivación para favorecer las producciones agrícolas, como la Contraparada de Murcia que más tarde sirvió á los árabes para continuar y extender la acertada y complicada distribución de sus múltiples acequias: puentes como el renombrado de Alcántara y gran número de vias de comunicación que desarrollaban las relaciones sociales y comerciales: academias y liceos como los tarraconenses, hispalenses, oscenses y otros donde la juventud engrandecía su inteligencia y estudiaba todos los adelantos de Roma: fortificaciones para la defensa del territorio, y ciudades opulentas donde se ostentaba el estado floreciente de la península, todo fué obra de aquella época memorable, durante la cual el espíritu español modificóse considerable-

mente, sin perder por ello el carácter potente y viril que tanto lo habia distinguido durante la gloriosa lucha en defensa de su libertad y de la independencia de su pátria.

La riqueza natural de nuestros campos, limitada antes á fáciles y casi expontáneas producciones, comenzó á desarrollarse bajo la influencia administrativa de Sertorio que trajo á España una verdadera sávia de civilización á pesar de la guerra que sostenia contra Roma. Después se aumentó con los nuevos sistemas de cultivo que los romanos importaron de Egipto y de otras regiones orientales, mostrando en breve praderas extensísimas, cuyos abundantes y preciados frutos, no sólo sustentaban las necesidades del país, sino que se exportaban á diferentes estados del imperio.

La industria adquirió también un notable desarrollo al engrandecerse la agricultura y al estrecharse las relaciones sociales de todos los pueblos de la península, sobresaliendo Tarragona con sus preciados velos de lino, dibujos y objetos de carpintería, Osuna y Mérída con sus trabajos de plateria y cerámica, Játiva con sus pañuelos, Galicia con sus lienzos, y Málaga y Cartagena con su salazón. De igual manera, utilizando los trabajos formados anteriormente por las colonias comerciales de fenicios y cartagineses, que aun causan admiración á los hombres científicos, las entrañas de nuestros montes se abrieron para dar salida á ricos filones argentíferos, los más abundantes que en el mundo entonces conocido existian.

La púrpura imperial cubrió los hombros de Adriano, Máximo y Aurelio é inmortalizó los nombres del gran Trajano y del magnánimo Teodosio. Las letras y la filosofía colocaron á los dos Sénecas, Lucano, Marcial, Columela, Silvio Itálico y Quintiliano, al lado de los Ciceriones, Horacios y Virgilios. La rica y harmoniosa lengua latina limitó el éuskaro á las hoy regiones vascas, ahuyentó los vestigios del cartaginés, impidió posteriormente el desarrollo del teutónico importado con la irrupción de los bárbaros del Norte, y preparó los cimientos del

hermoso idioma que siglos después comenzó á hablarse en Castilla, y que es hoy la lengua neo-latina más magestuosa y completa de cuantas se conocen.

Por último, la legislación, que habia pasado por la imperfecta de las Doce Tablas y las considerables innovaciones de Augusto, Constantino y otros que tendian á formar una verdadera y sábia codificación, hasta la importantísima Instituta de Justiniano, marcó para siempre el derrotero de nuestros derechos civiles, y aun después de quebrantado el gran imperio, dominó en el carácter legislativo de los godos, como puede observarse en el Breviario de Anniano y en el Fuero Juzgo, y dió al sábio Alfonso el modelo de sus Partidas, cuerpo legal qu e para gloria de su autor, ha venido rigiendo hasta el último tercio del siglo XIX, y que está exento de las deficiencias que los hombres científicos notan á cada paso, con relación á la época, en el Código civil promulgado para sustituirle.

En vista de estos datos elocuentísimos, entresacados de los muchos que la historia nos presenta, y enumerados de la manera más breve y concisa ¿quién negaria la gran influencia que en el pueblo español ejerció la dominación romana? ¿Quién se atrevería á rebajar la importancia de su estúdio, cuando la primer etapa de verdadera y sólida civilización que España registra en sus anales está precisamente encarnada en la más grande del imperio romano? ¿Quién, á pesar de los males y vicios que Roma absorbió de los paises conquistados y que unió á los suyos propios, dando lugar á la depravación de costumbres, cáusa principal de su ruina, no aplaude su espíritu engrandecedor, que importaba de la Grecia, del Egipto y aun del Asia los restos de aquellas civilizaciones que todavia asombran al hombre investigador, cuando trata de analizar las maravillosas manifestaciones del progreso humano, procurando inculcar en las provincias de su dominio toda la grandiosidad de su cultura?

Nádie, en verdad, se atrevería á amenguar el orval

que para España representan aquellos siglos, por más que el yugo dominador de Roma aherrojara nuestra independencia á las plantas de su triunfal carroza, y las águilas imperiales se enseñorearan en todos los ángulos de la península ibérica.

III

La dominación árabe, á la vez, nos presenta otro estudio digno de la mayor consideración. Más cercana á nosotros por lo que se refiere al tiempo, es una civilización de índole distinta á la romana, aunque coincidiendo con aquélla en todo lo que coinciden siempre los adelantos, cuando su objeto es elevar al hombre á mayor altura, trayendo la mayor suma posible de elementos para el desarrollo de la inteligencia.

España habia decaido bastante desde el momento en que las tribus del Norte habian llamado á las puertas del cesáreo imperio, y desde que el cristianismo, amasando los cimientos de una nueva sociedad, se preparaba como sol de gracia á disipar las tinieblas del error y del paganismo. Los fúlgidos rayos de la civilización romana extinguíanse rápidamente, absorbidos por las brumas que los bárbaros habian extendido desde las márgenes del Rhin hasta los últimos confines de la Mauritania, y sólo el imperio de Bizancio despedia relámpagos breves, postrimeras llamaradas de aquel foco que habia difundido su luz por todo el orbe conocido durante algunas centurias.

Teatro nuestro suelo de sangrientas luchas, perdiéronse muchos frutos producidos á la sombra de la paz. La monarquía gótica, implantando un régimen desconocido, fué un campo abierto á la ambición de poderosos magnates que aspiraban á la posesión del trono; y la ley de castas, dividiendo en razas y familias distintas á godos y españoles, trajo por consecuencia, en unión de las nue-

vas costumbres, un trascendental y marcado retroceso en la marcha de la civilizaciòn.

Si bien desde que Leovigildo, tendiendo á la unidad, dadas sus condiciones de hombre de gobierno, sujetó á los suevos y humilló á los vascones, y Recaredo, abrazando el catolicismo, fueron un impulso para sacar algo á España de su decadencia, á lo que contribuyó también la abolición de la ley de castas por Recesvinto y la importancia de los concilios de Toledo con su carácter religioso al principio y mixto después, no es menos cierto que los vicios de los monarcas posteriores, especialmente los deWitiza y Rodrigo, unidos á la relajación general, concluyeron por entregar la nación á la vencedora espada de los árabes, sepultando el Guadalete los restos de una monarquia corrompida y desgraciada.

IV

Posesionados los musulmanes de nuestra península, conocióse desde luego que, más bien que conquistadores, eran portadores de una civilización grande y desconocida. Cumpliendo con una misión providencial y acaso sin adivinar el principal objeto para que Dios los destinara, los árabes vinieron á derramar sobre fértiles campos una semilla que durante algunas centurias habia de producir ópimos frutos no sólo en España, sino en Europa y en todo el mundo civilizado, para dar más tarde cima á todos sus adelantos con la cultura de que hoy hace gala el más grande y el más ilustrado de todos los siglos.

Políticos en alto grado y con objeto de halagar á los naturales del país, dejábanles libres el ejercicio de su religión y hasta sus leyes particulares, para encontrar en el antagonismo nacional la menor resistencia posible. Ménos fanáticos que sus hermanos del Africa y del Oriente, apartábanse de alguno de los más rigurosos preceptos de sus doctrinas, por lo eual el fatalismo que tan-

to dominaba á aquellos. quedó desterrado en parte, para dejar á la razón volar por las más altas regiones de la inteligencia.

Mientras los árabes españoles estuvieron sujetos al imperio de Damasco, tardío y lento fué el desarrollo de sus apreciables innovaciones; pero cuando el kalifato de Córdoba dió á conocer la independencia de los hijos de Tarik y Muza, rápido fué entonces su desenvolvimiento, y la estrella del progreso brilló en el cielo de nuestra península con la magnificencia y esplendor de un astro sin rival.

No importa que algunos historiadores y cronistas, llevados de un exagerado celo por la religión cristiana, siempre en pugna con las doctrinas del Korán, hayan tratado de amenguar la gloria de los musulmanes. Hoy que la crítica razonadora prescinde del apasionamiento y sabe apreciar como son en sí los innegables hechos que se ofrecen á la consideración del filósofo, no es posible tratar de obscurecer lo que es claro y evidente, y nádie se atreveria, sin merecer altas censuras, á rebajar un solo quilate de la importancia de la dominación musulmana.

Relativamente á los adelantos de la época, acaso no se atreveria Europa á presentar hoy una ciudad que pudiera ponerse en parangón con Córdoba durante el glorioso período de los kalifas, época de su mayor encumbramiento. Hoy los grandes centros de ilustración, á una altura verdaderamente considerable, trabajan y edifican sobre los cimientos que prepararon otras generaciones, disponiendo de medios más numerosas y potentes, porque no en balde pasa la acción de los siglos llevando su contingente á la obra de la civilización universal. Córdoba cimentò y construyó por sí misma, con sus propios elementos, y si bien sus sábios y sus guerreros recogieron del Oriente y aun de Grecia los restos de aquellas civilizaciones, no dejando de asimilarse también lo que en España habian hallado de la cultura romana, sirviéronles de base sus trabajos peculiares en la península; y dan-

do á la unidad de todos un carácter especial, lejos de llevarlos sólo á las clases privilegiadas, los extendieron á todas las esferas sociales, inculcando los principios de las ciencias hasta en las inteligeucias más vulgares y refractárias.

Mientras los nobles de Europa, gente ignorante y turbulenta, se entregaban á sus vicios y á sus inmundas costumbres y continuaban la esclavitud romana en otra forma, teniendo sobre sus vasallos (siervos de la gleba) derecho de vida y muerte, las comunidades religiosas, primer baluarte de la moderna civilización, que se hallaban entonces muy lejos de oponerse á los adelantos sociales que ellas mismas fomentaron cuando no aspiraban inconvenientemente, como en algún periódo posterior, al dominio de los pueblos, enviaban á Córdoba delegados que aprendían cuanto les presentaba la ilustración sarracena. Con el apoyo de tan respetable institución, nació entonces á la sombra del cláustro la mesocrácia, ese gran poder equilabrador que enfrena las utópias de la plebe inculta y contiene y amengua los irritantes abusos de los aristocráticos señores, formándose los gremios y dando fuerza á una nueva clase que, más adelante, absorbiendo los tres elementos más civilizadores, virtud, inteligencia y capital, habia de llegar á imponerse por sí misma y á marcar el derrotero de las actuales sociedades.

Así el espíritu cristiano, eminentemente progresivo y civilizador, que desde la cumbre el Gólgotha habia mostrado su grandeza haciendo estremecerse los cimientos del antiguo edificio social, que habia predicado el sagrado lema de libertad, igualdad y fraternidad, condenando la servidumbre y los derechos de la fuerza, que habia levantado la dignidad de la mujer á la altura de la del hombre, que habia roto las cadenas humillantes con que los tiranos oprimian á los pueblos, que habia enrojecido las arenas del circo con la sangre de sus mártires y apóstoles para fecundizar la semilla de sus doctrinas; ese espí-

ritu que habia luchado frente á frente con obstáculos considerables, manifestóse entonces en la plenitud de su desarrollo al nacer esa clase niveladora del fondo de la misma servidumbre, protegida por los representantes de la más civilizadora y moral de todas las religiones, é iluminada su inteligencia por el afán de ilustración que despertaban en su alma los mismos enemigos de sus ritos y sus dogmas.

De aquel movimiento científico y artístico, las Matemáticas y la Medicina remontaron su vuelo á una altura sorprendente; la numeración arábiga, simplificando las enojosas operaciones de los signos romanos, impúsose por sí misma; la Música y la Poesia, enriquecidas con nuevos elementos, llegaron á encarnarse en el corazón de los pueblos; la Agricultura alcanzó el apogeo de su grandeza, sin haberse podido añadir más que algunas ligeras é insignificantes modificaciones, en los tiempos actuales, en las magníficas huertas que alfombran y enriquecen las provincias de Levante y Mediodía; y hasta la Alquímia y la Astrología, madres de la Química y de la Astronomía, dejaron grandes y notabilísimos adelantos, de los que se apoderó el espíritu investigador al darles la forma científica con que hoy los conocemos.

También la filosofía, á pesar del estrecho círculo en que se revolvía el pensamiento musulmán por la opresión de sus preceptos religiosos y por la índole especial de su modo de ser, desarrollóse en la metrópoli hispano-arábiga, resonando en Toledo, á donde acudían, lo mismo que á Córdoba, muchos sábios de Europa para llevar á sus regiones el conocimiento de aquellas doctrinas.

Los nombres de Averroes, Abenzoar, Albucasis, Ben-Sabín, Avicebrón, Albaitar, Maimónides, Ben-Messarra, Avempace y Ben-Tofail, prueban el espíritu filosófico y científico que dominaba en aquella época que tanto influyó en el movimiento europeo y que fué cáusa de la creación de universidades como las de Bolonia, París, Montpeller y otras, y en nuestra península las de Coim-

bra, Salamanca y Alcalá. Los recuerdos de Waladat, Fátima, Ayscha y otras, son una prueba irrecusable de que la ilustración general alcanzaba hasta á la mujer, cuyas condiciones sociales no fueron indudablemente tan lastimosas como las que vino á alcanzar en tiempos posteriores, con particularidad las que rodean á la que hoy vegeta entre las tribus y pueblos del Africa septentrional.

El ejemplo de Córdoba creó imitadores y rivales, á la división del kalifato, en las capitales de los reinos formados; y aunqne la misma rivalidad les hizo atender con preferencia á las armas, el deseo de sobresalir y de aventajar unas á otras, trajo la formación de numerosos centros de enseñanza, especialmente en Granada, Valencia y Almería, donde adquirian gran consideración los que se distinguian en las ciencias, en las letras y en las artes.

Como en prueba de la importancia que tuvieron las artes mecánicas y el comercio, citaré tan solo los nombres de Zaragoza y Almería, la primera de las cuales contaba con más de cuatro mil telares de seda y multitud de fábricas de utensilios de cristaleria y ferretería, y la segunda veia su puerto concurrido por mayor número de naves que la misma Génova en la época de su mayor prosperidad. Sólo en aquel período las manufacturas colocáronse á igual altura que las de Oriente, y los riquísimos trabajos de sedería de Zaragoza, Valencia, Murcia y Granada, en competencia con los de Damasco y Bagdad, alcanzaron un grado de perfección que en vano intentan conseguir hoy los centros fabriles más adelantados de Lyón y de Londres.

Y si la civilización de los árabes españoles trascendía á los habitantes del resto de Europa, mucho más aun dejaba sentír su beneficiosa influencia sobre sus enemigos los castellanos, los cuales, unas veces por las conquistas, otras por el contacto de los pueblos y muchas por el estudio al lado de tan excelentes maestros, asimilábanse lo que de superior encontraban, hasta el punto de modificar

por completo su carácter y sus costumbres, como en prueba de sumisión al impulso progresivo que los dominaba. Así la aspereza que habia echado hondas raices por los usos de los bárbaros, transformóse en la más exquisita galantería, siendo de notar el espíritu caballeresco que llegó á sublimar la proverbial hidalguia castellana.

Hasta la lengua áspera y simbólica de los sarracenos dejó sentir la influencia del pueblo que la hablaba, y al desaparecer el latín para formarse el idioma castellano, muchas voces árabes entraron en su composición, adquiriendo para siempre carta de naturaleza en el riquísimo vocabulario de Castilla.

La Arquitectura marcó también por entonces el sello de su grandeza. En los diferentes monumentos que aún existen en Granada, Sevilla, Córdoba y Toledo, y en muchos que la piqueta del fanatismo y de la ignorancia, más que la mano destructora del tiempo, arrasó en esas poblaciones y en otras donde arraigó por algunos siglos el poder de los muslines, la imaginación oriental no sólo esculpió la historia del valor y grandeza de aquel pueblo, sino que dejó grabado un encanto que no se encuentra ni en las preciosas ornamentaciones góticas, ni en las severas y magestuosas líneas de las construcciones greco-romanas, por más que, como tales artes, acaso éstas sean consideradas por los partidarios del clasicismo como superiores á aquélla.

Pero donde más se marcó la influencia de la dominación musulmana fué en las costumbres. Han pasado algunas centurias desde que se verificó la unidad nacional bajo el poderoso cetro de los Reyes Católicos, y los sectarios del Profeta, cubiertos de lágrimas y luto, volvieron á cruzar los mares que ocho siglos antes habian surcado llenos de esperanza y ardimiento: grandes sucesos han conmovido hasta los cimientos sociales: numerosas influencias extrangeras, debidas al gran desarrollo de las relaciones internacionales y á la falta de originalidad que

ha sucedido á la iniciativa española, han implantado sus innovaciones y gustos en consonancia con los de diferentes paises europeos; y sin embargo, en la masa de nuestro pueblo meridional, en sus usos, en su lenguaje, en sus cantos, en sus manifestaciones íntimas, en todo lo que constituye su modo de ser, se vé el predominio musulmán, expresión viva de aquella raza que, al desaparecer de nuestro suelo, nos dejó como en herencia recuerdos que no borrarán multitud de generaciones sucesivas.

V

Ahora bien: expuesto cuanto de más saliente se encuentra en la historia de las dominaciones árabe y romana, surje una consideración importante que no es posible dejarla en el sileneio, si es que tratamos de deducír, de la comparación de ambas, cuál de ellas ha sido más trascendentalen el movimiento progresivo de nuestro pueblo.

Vemos que al pasar España á ser provincia de Roma, se encuentra en unas condiciones mny distintas á las que presenta al comenzar á formar parte de los dominios mahometanos. En la primera de dichas épocas, apenas nuestra nación conocia los albores del progreso, y al hallarse en contacto con la civilización de los vencedores, las dulzuras de la paz prepararon á los vencidos para asimilarse, sin esfuerzo de ningún género, cuantos adelantos se ofrecian en rededor suyo que, como una atmósfera suave y pura, envolvian el cuerpo social de la nación.

Por el contrario, la monarquía goda no habia borrado ó modificado sino sólo una parte de la civilización romana, y como desde la rota de Jerez comenzó entre españoles y sarracenos una lucha titánica de siglos, además de asquerosas guerras civiles que llevaban por doquier el atraso y la desolación, no hubo jamás entre vencidos y vencedores ese contacto íntimo que funde las

razas é identifica las aspiraciones, por más que en las zonas meridionales unos y otros llegaran en ciertos períodos á deponer toda enemistad y á considerarse como individuos de una gran familia que habia venido á realizar en la historia uno de los hechos más gloriosos y trascendentales. Y sin embargo, á pesar de obstáculos de tal naturaleza, la civilización árabe se desarrollaba de una manera gigantesca. Las operaciones militares no pudieron atajar la corriente del progreso que se imponía por su grandeza misma, y al par que el fragor de los combates despertaba el valor de los guerreros y amenguaba en Castilla el poder oligárquico para dar fuerza á la corona y autonomía al municipio como base de las libertades públicas, el afán de ciencia adquirido al poderosísimo influjo de los musulmanes, llevó á los conventos el noble deseo del saber, recopilando allí, por conducto de los árabes, cuanto las civilizaciones antiguas habian consignado y cuanto les ofrecia la entonces preponderante cultura de los sarracenos.

¿Qué habría sucedido, si por uno de los designios inexcrutables de la Providencia, España no hubiera podido alzar su voz en las montañas de Covadonga, y su sumisión á la espada de los árabes hubiera contribuido á afianzar el poder de sus dominadores en la península? Indudablemente la paz habría sido un estímulo poderoso para los adelantos de la civilización. Vencidos y vencedores, deponiendo completamente su enojo y unidos en el bien común, hubieran empleado todas sus fuerzas é intereses en la obra del progreso, alcanzando en menos tiempo mayor grado de cultura, y acaso llegando á coger todos los frutos de aquella semilla que esparcieron los árabes que, aislados y en contínuas guerras, no pudieron ver fructificar sino sólo una parte de sus meritorios y laudables trabajos.

Cierto que durante el glorioso periodo del kalifato de Córdoba, esta población, faro del Occidente, compartía con Bagdad, emporio del Oriente, el imperio de la civi-

lización del mundo; pero este influjo no fué tan duradero como hubiera sido de desear, por las causas apuntadas, y aunque Granada recogió gran parte de aquella exuberante ilustración, fué como los últimos rayos de un sol que arrebolaba el horizonte con sus fulgores próximos á extinguirse.

Indicada, pues, la notable diferencia que existe en las circunstancias que acompañaron á las dos épocas que aquí se comparan y que conviene tener presente, para comprender en cuanto sea posible, el valor de cada una, me permitiré decir que, á pesar de todo, pretender juzgar en absoluto y con exacto conocimiento las civilizaciones árabe y romana, es tal vez un imposible. El tiempo y el hombre, enemigos de sus mismas obras, destruyen impíamente cuanto pudiera guiar á generaciones posteriores en la tenebrosa noche del pasado. Antes de que el génio sin igual de Guttenberg inventara la imprenta, la historia de los pueblos esculpíase en los monumentos arquitectónicos ó confíabase con otros productos del ingenio humano á frágiles papiros escritos entre numerosas dificultades, ó á la tradición que siempre altera ó desfigura los hechos cuando no los mutila y los entrega al olvido. ¿Y cuántas obras que habia esmaltado el sudor de los romanos y el de los árabes y donde la gloria ó el saber de ambas civilizaciones quedaban perpetuados allí para dirijir su elocuente voz á los siglos venideros, han desaparecido en las tremendas crisis y revoluciones que han agitado el mundo?

De aquí que gran parte de la historia de ambos pueblos nos es absolutamente desconocida, por más que la afición á las antigüedades que en nuestros dias se ha despertado y cuyo estúdio absorbe la atención de privilegiadas inteligencias, va poco á poco agrandando el foco de luz que permite observar algo de lo que antes se presentaba completamente envuelto en la más impenetrable obscuridad. Por esta razón, aunque ayudados en parte por las investigaciones, sólo podemos atenernos

á lo que resta de aquellas épocas memorables, para emitir sobre ellas una opinión, con arreglo á nuestro modo de pensar ó de sentir.

Llegado, pnes, á este punto, y siéndome forzoso emitir la mia, cual lo requiere la índole de este insignificante escrito, creo que, si bien ambas civilizaciones nos importan mucho; si las dos son dignas del mayor estúdio y reverencia, debemos dar el primer lugar á la de los árabes, por considerarla no sólo como más cercana á nosotros, sino por creerla á mayor altura que la romana, dado su potente influjo y las grandiosas consecuencias que desarrolló en la historia del progreso humano.

No entraré en otras consideraciones acerca del régimen interior de ambos pueblos, examen de sus leyes y extructura de su política, porque para ello seria préciso formar un plan muy distinto al de este trabajo y ocupar un volumen bastante mayor que el presente: y en gracia de la brevedad, para el objeto propuesto, es de crer que basta con lo que dejo apuntado.

Acaso no falte opinión más ó ménos autorizada que considere aventurada la que acabo de emitir, al dar la preferencia al estudio de la civilización árabe sobre el de la romana, objetando á la vez que los grandes civilizadores de la Edad-media tomaron de los romanos cuanto pudo salvarse de la barbárie que concluyó con el envejecido imperio de los Césares. Esto no es nunca una razón de inferioridad, pues si bien es cierto que los árabes estudiaron las artes y las ciencias de los romanos, como igualmente las de todos los pueblos cultos que les habian precedido, como griegos, sirios, persas, indios y egipcios, es porque la humanidad vá providencialmente arrastrada al progreso, y toda ella es como un sólo hombre que continúa la obra del perfeccionamiento humano, de una generación en otra. ¿Nó tomaron también los romanos la cultura de los griegos, quedándose en muchas de sus producciones á espaldas de sus maestros? ¿Nó vemos en Roma el sello de Atenas grabado en su literatu-

ra, en sus artes y en su filosofía? ¿Nó son más origigales los árabes, cuando, á pesar de sus asimilaciones, imprimieron á todo lo suyo un carácter especialísimo que lo destaca por entre todo lo que produjeron los demás pueblos del mundo? ¿Nó los vemos marchar, ensanchando siempre los horizontes de la inteligencia y mostrando pasmosos adelantos en todos los ramos del saber?

La civilización árabe es la civilización de la Edad-media, mientras que la de la Edad antigua corresponde de derecho primero á Egipto y después á Grecia que pueden considerarse como el resumen de la humanidad en sus épocas respectivas. Roma, por razón de su espíritu, por la pequeñez de su ideal y por el momento histórico de su vida, no pudo representar en la civilización otro papel, á más del suyo propio de gran maestra de las leyes, que el de guardadora más ó menos fiel de los progresos anteriores que, como precioso legado, recogia de los pueblos que habian doblado la cerviz al empuje de sus legiones.

Por otra parte, aun cuando la civilización de los romanos sea digna de la más alta consideración, como en justicia he afirmado diferentes veces, hay que tener presente, que en el punto concreto á que me refiero, debemos juzgar con relación á nuestra propia historia. España en el cesáreo imperio fué una provincia romana, mientras que en la dominación de los árabes fué casi desde su principio un estado independiente, y por esta sola razón, á falta de otras que pudieran aducirse, se deduce clara y lógicamente la supremacía que para nuestro pueblo presenta la ilustración y cultura de los sectários del Korán, por lo mismo que en este segundo período España daba y no recibía ejemplos de civilización.

Sí, digámoslo de una vez. La España árabe fué la continuación de las antiguas civilizaciones, la qne supo contener el empuje de la barbárie en Europa que había convertido en polvo los monumentos más suntuosos y habia borrado con los cascos de sus corceles las huellas de las ciencias y las letras, estableciendo el asqueroso y re-

pugnante feudalismo. La España árabe fué la base de aquella España cristiana y poderosa de los siglos XV, XVI y XVII, cuando un nuevo mundo brotaba de entre las olas del Océano para adornar la corona de Castilla, y la cultura española se difundía con las armas que aun despedian los reflejos de gloria que habian conquistado en las Navas, en el Salado y en las márgenes del Genil. La España árabe, en fin, es la verdadera epopeya de nuestra nacionalidad, la época más alta y más brillante de nuestra historia por el valor de sus guerreros, por el espíritu caballeroso de sus costumbres, y por haber reproducido en nuestro suelo los dias que tanta grandeza dejaron en los anales de Memphis y de Atenas.

VI

He terminado mi trabajo, sencillo y breve en la forma, pobre tal vez en el fondo, cuando. por la índole misma del asunto, dificilísimo en sí, acaso hubiera sido mejor tratarlo con la extensión debida que reducirlo á la simple exposición de los conceptos más culminantes. Pero supla la falta de acierto la buena voluntad que me ha guiado, y el trabajo de una concisión, inútil quizá, al intentar consignar por la primera vez en Fspaña un paralelo de esta índole, poniendo de relieve lo más memorable de la historia de las dos más altas civilizaciones que han cruzado por nuestro suelo, excitando á la vez el amor á la cultura de los árabes, ya que el olvido de nuestras glorias y el desprecio de nuestros propios intereses han destruido la mayor parte de los recuerdos musulmanes, como los bárbaros del Norte asolaron los grandiosos monumentos de Roma.

Contra el anarquismo (1)

I

Grande es el honor que se me dispensa al invitarme á tomar parte en esta velada, donde lucen las galas de su ingenio poetas y oradores recreando vuestra imaginación y nutriendo vuestra inteligencia con los acordes de la lira ó con los sólidos razonamientos de los que saben pensar profundamente. Yo, nota aislada en este harmonioso concierto, si de algo me regocijo, es de ver que con mi tosca palabra realzo el verdadero mérito de los demás, por el contraste que resulta: que la noche obscura y triste hace que los encantos de la aurora parezcan á nuestros ojos más agradables y bellos, por el horror que inspiran las tinieblas.

¿De qué os he de hablar al aceptar la misión que se me ha encomendado? Ah, señores: una cuestión de gran trascendencia se debate hoy por todos los pensadores y sociólogos más eminentes: una cuestión pavorosa y difícil que lleva tras sí la agitación de todos los pueblos de

---

(1) Discurso leido por el autor en la primera velada literaria del «círculo católico de obreros» de Murcia, en 20 de Marzo de 1892.

Europa, como si una revolución inmensa nos amenazara para conmover el mundo hasta en sus cimientos; y aun cuando por la pequeñez de mis facultades yo debiera ser uno para oir y aprender resignándome á permanecer en el silencio, quiero, dejando á un lado modestias inútiles, aportar también el contingente de mi pobre palabra, ya que no puedo prescindir de ser un indivíduo de la sociedad en que vivo, y la cual se pretende destruir con las doctrinas más disolventes y los hechos más escandalosos.

Permitidme, señores, esta ingerencia en terreno casi vedado para mí, siquiera por la bondad de mis intenciones; que después de todo, me asiste algún derecho para intentar entender de lo que me atañe, de lo que se roza conmigo y con todos los que me escuchan, y siempre, como soldados de un ejército, debemos hallarnos prevenidos para saber utilizar nuestras armas en el instante en que la sociedad nos reclame y nos indique un puesto para combatir.

Se trata, señores, del anarquismo: se trata del planteamiento de una doctrina que siempre se ha mirado como una utópia y que hoy viene á tomar formas concretas, formas materiales, pretendiendo pasar de la teoría á la práctica, llevando por avanzada el puñal del asesino, por luz la tea de los incendios, y por cortejo las lágrimas de la humanidad y el luto de todos los corazones. Pues bien, yo, con la pequeñez de mi inteligencia quiero hablar algo de ese negro anarquismo, de esa locura del alma pervertida, de esa insensatez que quiere entronizarse en nuestra sociedad, y al señalar el mal que nos amenaza, indicar también cuál es el remedio que nos conviene aplicar inmediatamente, si es que aun ha de llegar á tiempo la medicina para salvar al enfermo, en cuyas facciones se nota ya la palidez del cadáver, y en cuyo pecho hierve de vez en cuando el estertor de la agonía. Voy á ser muy breve, y os suplico por ello vuestra indulgente atención.

II

No hay que confundir, señores, el anarquismo con el socialismo. Cierto que son dos ideas hermanas, dos ídeas que se ligan entre sí, y que parece la una como continuación de la otra; pero el socialismo, al fin y al cabo, tiene algo de racional, y aun cuando resulte utópico y no sea posible su aplicación sin graves daños, y su estabilidad sería transitoria, dado el caso de que todos los hombres, á ser posible, se convinieran para su planteamiento, su principio fllosófico tiene alguna cosa común con la naturaleza humana.

No es ésto defender en algún modo el socialismo, sistema perjudicial é inconveniente en su realización, que proclamaria de una vez el imperio de las pasiones desbordadas sin orden ni freno, las cuales darian origen á principios todavia más avanzados, impotentes para contener á la fiera escapada de los bosques que cebaría sus garras sangrientas en el corazón de la sociedad; pero establezo esta distinción para hacer ver que el anarquismo es aun peor dentro de lo malo, y que esta idea es la que el hombre debe combatir sin tréguas en primer término, si es que el ideal que sentimos en nuestra conciencia y hácia el cual caminamos desde los primeros vagidos de nuestra razón, ha de realizarse alguna vez, y el sagrado y hermoso lema de libertad, igualdad y fraternidad ha de ser una verdad positiva, como la coronación de nuestras aspiraciones.

El socialismo es inadmisible por todos conceptos, aunque se tratara exclusivamente del socialismo puramente teórico ó filosófico, que es donde se refugian para defenderse con astúcia los que propagan tales ideas, pero lo que no tiene ni puede tener sentido racional, es el anarquismo. El anarquísmo es la destrucción de todos los derechos del hombre y la práctica de todas las locuras posibles. Destruida la autoridad y proclamado el hombre

como juez y árbitro de sí mismo, no hay por qué aducir razones que demuestren lo perjudicial del sistema.

¡Cómo! ¿Es posible un cuerpo animado sin cabeza? ¿Hay en todos los séres creados un organismo que no obedece á la unidad, á un algo superior que manda y subordina á su ley lo que le es inferior y como dependiente suyo? ¿Puede el hombre dejar de imitar á la naturaleza, en cuyas leyes vive y cuyos preceptos le marcan una senda ineludible y fatal que domina á su libre albedrío, sin que las facultades del alma puedan romper ese aro de hierro que las constriñe y sujeta? De ninguna manera. Todo lo que tienda á destruir el orden natural es un absurdo de consecuencias terribles. Poned la mano en el fuego qne ha sido formado por la naturaleza para darnos calor y luz, y sentireis un dolor agudo que os hará ver el daño que sigue á la infracción de esa ley. Quitad á la sociedad su cabeza, es decir, su principio de autoridad, y habreis suprimido el pensamiento que razona, la antorcha que alumbra, el principio que guia, el poder que enfrena y contiene el desbordamiento de la pasión. Una sociedad acéfala es una monstruosidad que sólo pueden concebir esos ilusos que quisieran ver reunidas las lágrimas de todos los hombres y bañarse en ellas, para saciar sus instintos brutales de destrucción y de muerte.

Y sin embargo, señores, de ser ésto inconcebible, existe por desgracia. Corazones inícuos sienten el placer del mal, y se afanan por predicar esas doctrinas tan inmorales cómo perniciosas, procurando cegar el entendimiento y exacerbar las pasiones para que el proselitismo se extienda y las haces sean numerosas en el terrible momento en que la lucha se realice. Todas las naciones sienten de vez en cuando sacudimientos, que son como chispazos de la hoguera que comienza á encenderse bajo su suelo y que en un momento dado puede estallar, si la resistencia que se oponga es menor que la potencia de sus llamas. En España también se han sentido esos sacudimientos. Muchas poblaciones importantes se han visto

amenazadas de muerte, y hace poco tiempo que hordas de caníbales, indignas de llamarse españolas, entraban en Jerez á saco para poner en práctica sus infernales doctrinas, y aun parece que pueblan el espacio los ayes de las desgraciadas víctimas, inmoladas al furor de unos grupos fanatizados por el error, á quienes se les habia hecho perder con ocultas maquinaciones todos sus intintos de humanidad.

En vista de hechos tan deplorables, los espíritus no pervertidos preguntan angustiados:—¿Nó hay medio alguno de encauzar el torrente? ¿Nó hay posibilidad de destruir la corrupción, estudiando el mal que nos amenaza para aplicar un remedio heróico que salve á la sociedad?—Terrible y pavoroso es el problema y ese mal tiene ya raices muy hondas, tanto que para cortarlas, sería preciso un trabajo de titanes y un perfecto acuerdo de todos los amantes del orden y de la justicia. Por mi parte, me permitiré un estúdio rápido de ese mal, y á la vez indicaré el único medio que existe, según dije anteriormente, para buscar la solución del problema.

III

Refiriéndonos exclusivamente á nuestra nación, diré que España ha agotado sus fuerzas vitales en una estéril é inútil política, durante un período de casi dos tercios del presente siglo, que ha de llevarnos al empobrecimiento cuando no á la pérdida de la honra nacional, y en la acualidad se encuentra borrada la fé que hasta los más tibios sentian en los principios y en las ideas. De la política viril se ha ido descendiendo paulatinamente á la de personalidades, y hoy, en vez de partidos robustos con tun ideal fijo, no se encuentra otra cosa que grupos y fracciones con la ambición y el egoismo por base y con una nebulosa indescifrable como consecuencia. Toda la nación es un cúmulo de banderias, en el centro de las

cuales, bullen las pasiones mal contenidas, amenazando desbordarse á cada momento. Estos males, tan graves como transcendentales, han repercutido en la sociedad. Los gobiernos, confiados y nada previsores, se han sucedido sin interrupción, y á semejanza del cuerpo humano que se siente dolorido cuando la cabeza padece, la nación española se siente enferma, porque hace muchos años que sus más altos administradores enfermaron también en la conciencia y en la razón.

No hay que culpar á éste ó al otro sistema de gobierno: no hay que acusar á la marcha vacilante ó torcida de uno ú otro partido. Todos han presentado grandes lunares: todos han sido malos relativamente. El mal no está en el accidente, en la forma: está en la esencia, en el principio, en el modo de ser de una política determinada que convierte la ciencia del gobierno, como la considera el Derecho político, en el arte de medrar los osados para fomentar el cinismo y explotar despiadadamente al pueblo que trabaja, que paga y que sufre la triste calamidad.

Apartados todos los gobiernos de los verdaderos derroteros sociales; alentados los vicios y borrado el principio de la justicia y de la ley, la lógica de los hechos ha venido á imponerse de una manera brutal pero inevitable, á la manera del fruto que se cosecha en un campo, cuando se esparcen sobre su suelo semillas que han de germinar forzosamente. En España se han sembrado vientos: ¿qué puede recojerse sino tempestades? La mala política, imitadora servil del filosofismo revolucionario de Francia, ha favorecido, indirectamente unas veces, descaradamente otras, la progagación de ideas disolventes y reprobadas por la religión. Se ha perseguido sin descanso á los ministros del Altar, ya por medio de la prensa, ya con el ridículo, ya con actos ostensibles; y cuando algún sacerdote desgraciado, débil como hombre, ha cometido acciones indignas de su ministerio, en vez de echar sobre él el caritativo manto del silencio,

como se hace, cuando se quiere, con otras personas, se ha procurado ponerle de relieve y culpar en él á toda la clase, lanzando contra ella los más crueles dictérios y las calumnias más afrentosas.

Tras el despojo de los bienes de la Iglesia, socialismo encubierto que formó una base de enriquecimiento á los que huian del trabajo para ganar el pan con el sudor de su frente, y que sirvió para fomentar la usura y que dió origen á la formación de rentistas que habian de venir á aumentar el núcleo de las antiguas clases conservadoras, se decretó una libertad tan licenciosa y mal entendida, que sólo amparaba al propagandista de ideas contrarias al catolicismo y al gritador político que resultaba tanto más patriota cuanto más voceador é irracional, como si el santo fuego del amor pátrio ardiera únicamente en el corazón de los salvajes que asesinaron en 1834 y 35 á los fráiles y quemaron y saquearon los conventos, ó en el de sus imitadores que cada vez han ido presentándose en número mayor.

Dado este paso tan significativo ¿qué podia seguirse de aquí? Las tendencias contra la Iglesia continuaron acentuándose, por espacio de muchos años, y cuando en 1869, en medio de la propagación de inmundos folletos, se levantaban voces en la Cámara negando á Dios y burlándose de los dogmas de la religión católica, parte de la nación reia ó aplaudía, otra parte permanecía indiferente, y sólo algunos espíritus viriles protestaban contra tan repugnantes insultos. El libro pornográfico alternaba á menudo con el periódico anarquista. La defensa de ideas revolucionarias invadía todas las esferas sociales, y bajo pretexto de democrácia, haciendo de esta simpática y noble tendencia un arma odiosa, se hablaba contra la autoridad de la Iglesia y contra la autoridad de la nación y contra la autoridad de la ley. La pendiente se bajaba con rapidez, y las doctrinas materialistas subían de punto, rompiéndose todos los frenos morales que contienen y sofocan las pasiones desordenadas de la sociedad. El

arte plegaba sus alas luminosas. La poesía era la cháchara procaz del escritorzuelo sin instrucción: la música, el carnaval de los sonidos; y el teatro, la taberna culta donde se gozaba entre las desvengüenzas y el disparate, como si se rechazara para siempre todo lo que es sério y todo lo que es digno.

Por otra parte, los poderes, egoistas y torpes, cuidándose siempre de prolongar su vida efímera y desoyendo las constantes y sentidas quejas del país, ponían su principal atención en rodearse de manadas serviles de adeptos para sus triunfos parlamentarios y en aumentar y multiplicar los tributos para satisfacer las necesidades que cada vez se hacían más crecientes en el Estado. ¿Qué importaba la atribulada marcha de la agricultura, de la indústria y del comercio? ¿Qué importaban los pequeños propietarios, pasto suculento para la insaciable voracidad del fisco, sobre los que ha recaido siempre el exceso de la suma que han burlado las escandalosas ocultaciones? ¿Qué importaba que el pueblo productor, ese honrado y digno pueblo que tanto vale y que tanto trabaja, fuera siempre el más desatendido, cuando no despreciado por completo? Lo primero era cobrar las irritantes contribuciones, sin abrir horizontes al fomento de la riqueza nacional; luego patrocinar al Banco para hacer emisiones tras emisiones de billetes, sin prever la depreciación de nuestra moneda, con creciente aumento, en los cambios internacionales; y después proteger desmedidamente á las compañias ferro-viarias para que se repletaran de oro las arcas avarientas é insaciables de los extrangeros.

¿Qué se sigue de aquí? El país pobre, las necesidades en aumento, las fuentes de producción reducidas, la moral pisoteada, los disgustos multiplicados, el trabajador encadenado á la miseria, la paciencia llegada al colmo, y las doctrinas disolventes levantando su terrible cabeza, secando en el alma los más dulces sentimientos y autorizando la explotación del hombre por el hombre.

IV

Basta, señores, con lo expuesto, para conocer cuál es el mal que amenaza á la nación española y cuánta sea la gravedad que encierra, á la vez que la cáusa que ha contribuido á que se fomente y se desarrolle. Ahora bien: si la lógica no es un artificio engañoso sino la guia de la razón para perfeccionar la inteligencia ¿nó admitiremos como consecuencia perfectamente racional y legítima todo lo que actualmente acontece en la sociedad, deducido de los principios admitidos y de los hechos vituperables que la historia registra? Ya lo he dicho: en España se han sembrado vientos y hay que recoger forzosa y necesariamente tempestades.

Pedir moralidad á un pueblo á quien se ha descristianizado poco á poco; pedir virtudes cuando se han consentido y estimulado vicios; pedir razonamientos cuando se han propagado locuras; pedir, en una palabra, templanzas á los que se les ha dicho un dia y otro dia que la propiedad es un robo y que no hay más allá de esta vida terrena, es marchar contra las leyes inflexibles de la lógica.

¿Qué se dirá al obrero y al colono, que trabajan incesantemente llenos de anhelo y agobiados de fatiga sin poder desechar el peso abrumador de la miseria, cuando se ven colosales fortunas improvisadas por el ágio de la Bolsa ó por otros negocios de bien escasa moralidad? ¿Qué se dirá al hombre estudioso, á quien generalmente se le hace significar ménos que al rico, en una sociedad donde constantemente se adora al becerro del oro? ¿Qué se dirá á la masa social, á quien se le ha predicado en todos sentidos el materialismo y el positivismo, negando hasta la existencia de Dios, ó concediendo, cuando más, su confusión de substancia con la naturaleza? ¿Qué se les dirá á los que se les ha hecho ver de un modo tangible que el dinero es lo que vale y que nada se consigue sin

la influencia del metal, palanca más poderosa que la de Arquímedes para mover el universo?

¿Y han de ser los procedimientos de fuerza, los procedimientos de violencia los que han de establecer el equilibrio que han roto esos que han querido aprovecharse de la debilidad de los hombres, para explotarlos en su favor y construirse con ellos un pedestal, á fin de disimular un tanto su despreciable pequeñez? De ninguna manera: la violencia sólo consigue irritar, á más de que lo violento es ilógico y absurdo, dado lo que se ha fomentado y consentido anteriormente. Eso, señores, seria lo mismo que distribuir semillas en tierra fértil y bien labrada, y pretender después que esas semillas no fructifiquen ó que dén frutos contrarios á su propia naturaleza.

De aquí ese malestar del generoso pueblo español que se deja conocer y sentir en todas las ocasiones: de aquí ese rumor que se extiende y crece como la voz de próxima tempestad, preñada de rayos y granizo: de aquí ese temor que á todos invade, porque el mónstruo se acerca con garras afiladas y dientes de acero, y no hay armas posibles ni brazos potentes para contener su empuje terrible ni sus extragos espantosos. Y sin embargo, es preciso, es necesario de toda necesidad que ese mónstruo se contenga antes de lanzarse de su guarida, si es que las clases todas pretenden volver á su estado normal y tranquilo, y si es que el bien alguna vez ha de entronizarse para reinar entre nosotros, en todo lo que sea posible, dados los impulsos de las pasiones humanas y la deficiencia de la razón.

Pero se dirá acaso: ¿á la altura en que nos encontramos, existe algún medio? Si no existiese, tendríamos derecho hasta para la blasfemia, absurdo inconcebible, y hasta podríamos entonces, llenos de ira y de dolor, volver al cielo nuestros ojos rebeldes por habernos abandonado Dios entre las oleadas de las miserias y desventuras que nos envuelven. El medio existe y nadie lo ignora: y ya que se le ha desatendido, ya que se le ha despreciado

tantas veces, preciso es que hoy se le llame en nuestro auxilio y se le abrace con fé y energía, como abraza el náufrago su tabla de salvación, al verse combatido por desencadenada tempestad que amenaza sepultarlo en las entrañas de los mares.

Ese medio no es otro que la religión de Jesucrísto, doctrina salvadora que dicta con suavidad reglas de extricta justicia, indicando la esfera de los derechos de cada cual, mostrando la extensión de los deberes de todos los hombres, y señalando al cielo donde existe la pátria inmortal en que hemos de residir eternamente después de nuestra peregrinación sobre la tierra.

En esa religión sacrosanta que declara libres á todos los hombres, que los llama hermanos, como hijos de un mismo padre, y que los considera iguales en la relación de los grados propios de su personalidad, existe el freno para contener las pasiones desordenadas, iluminando su camino con las antorchas de la caridad, de la esperanza y de la fé, y prometiendo inefables delicias á todos los que practiquen las virtudes durante los cortos instantes de su existencia en esta vida terrenal. Esa religión tan dulce y tan pura, que manda amarnos á todos mútuamente, incluso á nuestros propios enemigos, y que nos prohibe en absoluto desear á nádie el daño que para nosotros no queremos, ordena al poderoso reglas terminantes para que ejerza sobre el débil la suavidad y la protección, como padre respecto de sus hijos; y á la vez que le señala la órbita de sus deberes, establece preceptos sobre las obligaciones del necesitado, ya con relación á él mismo, ya con relación á sus superiores, á fin de que, al establecerse en toda su extensión el imperio de la justicia, se marque entre unos y otros una perfecta harmonia, y de ella nazca el equilibrio de la sociedad, como milicia que se instruye y y educa para combatir en pró de la moral y del progreso.

No hay otro medio, pues, que la religión: no hay otra solución posible para ese terrible y pavoroso problema,

Jesús nos muestra sus brazos redentores, y ¡ay del pueblo que desoiga la dulce voz de su llamamiento! ¡ay de la sociedad que cierre sus ojos á la luz que se ha encendido para iluminarla! ¡ay de la nación española si no renuncia á sus extravagancias y ridiculeces que engendran necesariamente el anarquismo, y no tiende sus manos en demanda de ese sosorro único y último y con el cual puede cortar la gangrena que casi, casi se ha apoderado de todos sus miembros!

V

Señores: cuando la sociedad española fundaba todos sus sentimientos en la fé, y el cristianismo alumbraba como un sol el ámplio horizonte donde se destacaba el oriflama santo de nuestra nacionalidad, nuestro porvenir era seguro y el pueblo marchaba realizando grandes empresas que hoy son orgullo y pasmo de la historia. Pero desde que el virus revolucionario fué infiltrándose como un veneno en las artérias de la sociedad, comenzó á resentirse nuestro carácter, se alejaron las costumbres, y el valimiento de la señora de dos mundos ha ido empequeñeciéndose de una manera rapidísima, hasta ser hoy objeto de desprecio por casi todas las naciones.

Valíamos mucho, pero ya valemos muy poco, y muy en breve España, con amargura lo digo, será un pueblo sin prestigio. Los hechos de nuestro brillante pasado; aquellas glorias tan grandes y tan sorprendentes que se fundaban en la unidad que sólo puede dar la religión; aquellas empresas tan sublimes, para cuya descripción, en concepto del más brillante de los oradores modernos, no bastarian la pluma de Isaias ni el pincel de Miguel Angel, tal vez no volverán á repetirse en el discurso de los siglos, si no tenemos energia bastante, no ya para defendernos de la hidra espantosa que nos amenaza, sino

para acometer frente á frente y ahogar la vida que bulle en sus cien cabezas horribles y aterradoras.

No basta que no demos oido á la voz de la pasión que procúra cegar nuestro entendimiento: es preciso luchar sin trégua ni descanso hasta extirpar ese germen maléfico que trata de corromper para siempre á nuestra pobre nación, ya desangrada y envilecida por los avaros del poder y de la riqueza. Los salvajes del siglo XIX, más feroces y más inhumanos que las hordas de Genserico y de Atila, braman cerca de nosotros, enarbolando la bandera del anarquismo, y no hay que permanecer indiferentes, porque nos miran para devorarnos, gozándose de antemano en su triunfo que creen tan inevitable como cierto.

A éllos, pues: sírvanos de guía el lávaro santo de la religión, y empuñando la espada de la fé, hagamos ver al mundo que aun somos dignos de llamarnos españoles, y que si preciso fuera derramar nuestra sangre en holocáusto de la verdad y en defensa de la religión católica, moriríamos con la frente alzada al cielo y con la conciencia satisfecha por haber cumplido con nuestro deber.

Parte segunda

Realidades y Cuentos

Don Juan Bambolla

I

Mi abuelo, que durante mi niñez, solia recrear mi imaginación en las noches interminables del invierno, refiriéndome cuentos sencillos, al amoroso calor de l[a] ennegrecida chimenea, dejó á un lado las alegres extravagancias de reinas encantadas, caballeros esforzados y maravillas estupendas, en el momento en que mi razón fué tomando vuelo con los años de la adolescencia.

Mas no por eso, preceptor incansable de la juventud, abandonó sus hábitos de narrador; sólo que, en vez de los cuentos que halagan á la niñez, me explicaba parábolas y proverbios importantes, siempre que eran oportunos, como si el bueno del anciano hubiera querido incrustar su experiencia en mi cerebro y hacerme conocer de un solo golpe de vista todos los accidentes de la vida humana.

Cierta tarde paseábamos por uno de los sitios más concurridos de la población, cuando cruzó por nuestro lado un joven elegantemente vestido y con todas las apariencias de un personaje de importancia.

Montaba sobre su nariz la armadura de unos quevedos

que le hacían llevar alta la cabeza, muy en consonancia con su áire de perdonavidas, y ostentaba en la mano izquierda un rico veguero, como lo demostraba la ceniza blanca y apretada que se exhibia en una tercera parte del cigarro consumido. Andaba con menos lentitud que la que se acostumbra en los paseos, y parecia recrearse en las espirales dè azulado humo que se escapaban de su boca, á la vez que su mano derecha, y de un modo que revelaba inveterada costumbre, retorcia los rubios pelos de un bigote casi insignificante con que se adornaba el labio superior.

Sonrióse mi abuelo maliciosamente, sin dejar de mirarle con el rabillo del ojo, cosa que llamó mi atención, por no haber visto jamás en el anciano una expresión de burla. y picado del deseo de la curiosidad que ya iba despertándose en mí, le pregunté. á la vez que procuraba no perder de vista al joven de los quevedos:

—Diga, abuelito: ¿conoce usted á ese señor?

—Vaya si le conozo,—contestó mi abuelo, acentuando su sonrisilla.

—¿Y quién es?

—Nádie: un D. Juan Bambolla.

—¡Cómo un D. Juan Bambolla!—dije con mayor extrañeza que antess:—¿es que un Juan Bambolla no es un nombre y un apellido, sino una cualidad?

—Casi, casi lo has acertado: figúrate que la sociedad está hoy montada de tal modo, que por todas partes no se encuentra otra cosa que doctores graduados por sí mismos: jóvenes charlatanes sin instrucción y sin talento que todo se lo quieren saber sin haber estudiado nada, y por que han aprendido unas cuantas chocarrerias en los periódicos y se han hecho un repertorio de cuatro vulgaridades ó han almacenado media docena de frases de efecto, ya los tienes en disposición de hablar y escribir sobre cualquier materia, lo mismo de ciencias que de religión como de artes y de literatura.

—Pero ese joven...

—Ese es uno de tantos, y acaso uno de los que más.

—¿Y qué antecedentes tiene usted para hablar así?

—¡Friolera! Ese señorito, con su áire de sábio y todo, ha emprendido tres carreras y en todas ha recibido solemnes calabazas. Cansado de rodar por esos mundos, sin abrir un libro, después de agotar el bolsillo de sus padres, se ha refugiado en este rincón donde ha excogido la profesión de periodista, que por cierto seria muy honrosa, si el sacerdocio de la prensa estuviera encomendado, como en algunos periódicos y sólo en determinadas secciones, á personas de mayores conocimientos.

—Vamos, ya voy comprendiendo.

—Y es el caso que, creido en que es tan competente como el que más, á la vez que escribe articulos políticos y revistas de salones y de toros, oficia también de padre maestro, ésto es de crítico, y con una formalidad pasmosa ensalza ó deprime méritos y da ó quita reputaciones, como la cosa más natural y sencilla del mundo, sin entender una pizca de lo que dice.

—Crea usted,—dije yo entonces asombrado por lo que oía,—que jamás hubiera sospechado, á no decírmelo usted, que hubiera en el mundo polillas de tal especie. ¡Aun los que saben mucho ignoran tanto!...

Sonrióse nuevamente mi abuelo, y tomando un polvo de rapé de una cajita que sacó del bolsillo, exclamó:

—Pues, hijo, todo eso es mucha verdad, y sepas y entiendas que hay personas más nécias aún que ese don Nádie ó D. Juan Bambolla.

—¿Más nécias todavía?

—Sí, las que leen sus disparates y los creen como puntos del Evangelio. Si vieras qué efectos tan deplorables suelen causar en la opinión... ¿Pues y en la política? En cada una de las quinientas fracciones en que se dividen los bandos que quieren hacer la felicidad del país, te encuentras con unos cuantos D. Juan Bambolla que son siempre los oráculos del partido. D. Fulano es

un tonto de capirote que se levanta pensando en política y no habla de otra cosa mientras está despierto. Hizo su carrera por buen mozo, y hoy lo tienes de indispensable en la fracción á que pertenece. D. Mengano es un vividor que ha encontrado una mina en el arte de politiquear, y la explota sagazmente. D. Perengano tentóse un dia el bolsillo, y se vió con mucho dinero: quiso figurar y se metió á político, y aunque ignora lo que es ortografía, tales mañas se dió con la palanca de su oro, que en la actualidad es un conspícuo de muchísima importancia. D. Zutano, que es de los que créen todavia que el sol anda y que la luna no es más grande que este paseo, es una de las personalidades más altas que se conocen: cuando tose, todos sus amigos se estremecen y se figuran poco menos que el mundo se desquicia. En fin ¿y para qué citarte más personajes de este jaez? La política los cria con más prontitud que lo que tarda en formarse un bancal de pepinos, que sólo necesitan unas cuantas horas de buena luna: la osadía los empuja, la ignorancia los alienta, las circunstancias los deciden, y cátate con una falanje de altas reputaciones que tienen en sus manos hasta los destinos de la pátria.

—Bien, abuelito; pero eso ¿qué analogia tiene con el nombre y apellido citado?

—Mucha, y para probarlo, voy á referirte un cuento, que espero habrás de fijarlo en la memoria, seguro de que en el discurso de los años tropezarás á cada momento con personas que podrán llevar perfectamente ese mote.

II

El pueblo de X. celebraba con mayor solemnidad que nunca las fiestas de su santo patrono.

Arcos de follaje adornaban las calles por donde habia de pasar la procesión, y en uno de los ángulos de la

plaza elevábase un tablado, donde los músicos de la villa maltrataban sus pulmones á fuerza de soplar sobre los pitos. En la noche de la víspera se habia quemado un castillo, en cuyas combinaciones el pirotécnico lució extraordinaria habilidad, y parecía que hasta flotaba por la atmósfera cargada de perfumes un espíritu de alegría, que penetraba en el interior de los hogares, llevando la animación y el regocijo.

Las muchachas, adornadas con esmero, exhibian en sus trenzados moños pomos de rosas y clavellinas que no conseguian apagar los colores de aquellas caras tersas y de agradables facciones, donde se destacaban ojos como luceros, capaces de iluminar hasta en medio de la noche más obscura. Era, en fin, aquéllo un derroche de diversión, como jamás se habia conocido, porque la cofradía del santo y el alcalde de la villa se habian picado, como suele decirse, para ver quién hacia más, y el pueblo, entusiasmado con tal motivo, respondia como responde la masa de gente ansiosa de divertirse, cuando le dan pasto para su entretenimiento.

Para mayor solemnidad del acto, habian traido de la capital un señor canónigo que tenia fama de gran predicador, y hasta habia predicado un sermón en la Capilla Real, en presencia nada menos que de SS. MM. y AA. y de toda la grandeza de Palacio.

Cuando llegó el instante de la función religiosa, el templo parroquial fué llenándose de fieles, hasta quedar prensados como los arenques de una bota, no cabiendo en los intersticios ni la punta de un alfiler. Estaba la corporación municipal vestida de gala en unos divanes de terciopelo junto al Altar mayor, y los cofrades del santo ostentaban colgantes de seda verde con medallas como huevos de gallina, que se destacaban sobre el negro de sus chaquetas.

Levantó el preste la voz: respondióle la orquesta del coro entremezclada con el órgano, y nubes de fragante incienso comenzaron á subir hácia las altas bóvedas,

llenando las naves con ese aroma que deleita y adormece.

Terminado el Evangélio, la arrogante figura del canónigo apareció en el púlpito. ¡Qué hermoso estaba con su muceta encarnada, con su manto negro de seda y con su roquete blanco, rizado por las monjas de su país! El puntiagudo bonete coronaba aquella figura que tanto realce daba á la función, y parecia como que de sus picos iba á volar la sabiduría para remontarse hasta los cielos.

Un silencio sepulcral siguió á las toses y murmullos con que los circunstantes desahogaron sus pechos y gargantas, y tras breves momentos de espera, el predicador hizo los signos y genuflexiones de ordenanza y dejó oir su acento sonoro y grave, comenzando el exordio que fué escuchado con profundísima atención.

Robustecíase por momentos la voz del sacerdote, y brotaban de sus lábios frases de elegantísima forma, como adornando profusión de pensamientos que revelaban no poco estúdio y que demostraban la inteligencia nada vulgar del orador. El panegírico del santo no era una repetición más de su vida milagrosa, sino que la oración resultaba una verdadera novedad, por las consideraciones y razonamientos que daban al sermón un tinte de filosofía, pero de filosofía clara y al alcance de todos los entendimientos. En una palabra: la obra estaba á la altura de la fama del orador: era un buen discurso.

Cualquiera se figurará que con tal predicador y con tan bellísimo trabajo la gente se desharia de júbilo, para cerrar luego con un prolongado y nutrido *amen* el final de la peroración; pero no señor: como á la mitad del discurso el auditorio comenzó á dar señales de impaciencia, y á poco siguió un desfile lento que convirtióse luego en una desbandada.

Creyó al principio el canónigo que en la calle habria ocurrido una pendencia, para llamar de tal manera la atención del auditorio; pero después convencióse de que era él mismo la cáusa de aquel desorden y que su ser-

món no gustaba ni pizca. Encendiósele el rostro de vivo carmín, su voz se hizo desde entonces obscura, y los pensamientos salian atropellados y sin corrección. Su atolondramiento crecía por instantes, y hubiera deseado que se hundiera el púlpito en aquel momento, para salir pronto de una situación que le sofocaba.

El motivo de aquella desbandada no podia ser más original. Debajo del púlpito y sentado en un alto sillón habia un hombre como de cincuenta años, sano y coloradote, con trazas de haber sido arriero en alguna ocasión, dejando ver su gordazo busto por encima de las cabezas del auditorio.

Llamábase D. Juan Bambolla, y era la persona más *leida* y sábia de aquellos alrededores en el espacio de diez leguas, y además el primer contribuyente de la villa. No habia caso grave que no fuera resuelto por su sabiduria: no habia duda que no le fuera consultada: no habia rencillas y pleitos que no le fueran antes sometidos para que diera á cada uno su derecho ó manifestara por lo menos su opinión. Era, en fin, el oráculo, la autoridad suprema, el que proponia alcaldes y jueces municipales, y anunciaba cuándo iba á llover, y llevaba al tanto las cosas de los gobiernos y explicaba los eclipses, y sabia lo que significaban ciertas señales del cielo y de la tierra.

Aquel hombre no habia dejado nunca de oir ningún sermón de cuantos predicaron en honra y gloria del titular, y recordaba al dedillo al P. Fulano ó al cura Mengano, y repetia frases de los predicadores H. ó Z., glosándolas con una erudición que pasmaba á cuantos le oian.

La gente que tenia puesto un ojo en el predicador y otro en D. Juan Bambolla, observaba que éste, con la cabeza un tanto inclinada hácia el suelo y en actitud de marcadísima atención, hacía de vez en cuando gestos bastante desagradables, como si lo que escuchaba fueran despropósitos ó vaciedades de charlatán. Los movimien-

tos continuaban en *crescendo*, y llegó vez en que movió su cabeza de un lado á otro con tal energia, que la gente no dudó ya de que el sermón era una sarta de disparates, puesto que así lo hacía ver el mismísimo D. Juan Bambolla que tenia *metidas en los sesos más leyendas* que aleluyas un misal, y que sabia más que todos los hombres juntos.

El sacerdote continuó embrollado y haciendo lo posible por acabar pronto, y cuando encontró una puerta de escape por donde terminar su oración, cortó por lo sano, balbuceó unas cuantas frases para final, y bajó del púlpito, todo congestionado y lleno de vergüenza.

Pero entre los oyentes habia una persona ilustrada, que era el médico, y llegándose á la sacristía, instó vivamente al predicador para que le acompañara á su casa donde tenia que hablarle con urgencia. Dejóse conducir el canónigo, ansioso de salir de aquella atmósfera que le asfixiaba; y el galeno, una vez instalado con el predicador en su despacho, le dió á beber un calmante y procuró con sus palabras que en breve le sobreviniera la tranquilidad.

Cuando ésta se consiguió, el médico le dijo:

—No me extraña nada de cuanto á usted le ha sucedido: el año pasado aconteció lo propio con el cura de *Z*, que es uno de los sacerdotes más instruidos que conozco.

—Sin embargo,—exclamó el canónigo;—yo tengo conciencia de que cuanto he dicho es perfectamente científico y moral y con buena forma literaria.

—Ahí está el mal precisamente, señor orador.

—¡Cómo el mal! No comprendo.

—Pues bien: ahora va usted á comprenderlo. ¿Ha visto usted acaso á D. Juan Bambolla?

Quedóse el canónigo con la boca abierta, extrañado de la pregunta, y el médico añadió, lanzando una carcajada:

—Ese es el intríngulis: usted no ha visto á D. Juna

Bambolla, y por consiguiente no ha recibido el *regium executur* para su sermón.

—¿Pero quién es D. Juan Bambolla?

—¿Quién es? ¡Ah!... el necesario, el sábio, el rico, el poderoso, el tribunal supremo de este país, la segunda Providencia, sin la cual nádie vive, ni piensa, ni siquiera se mueve. Hubiérale visto usted, siquiera por mero cumplimiento, y hoy estaria paseado por esas calles en andas al par del santo y aclamado como una inteligencia sobrenatural.

—Me dice usted cosas que me admiran.

—También á mí, y eso que conozco mucho á este pueblo.

—Pues entonces hágame el obsequio de explicarme la cáusa de mi fracaso.

El galeno sacó del bolsillo su petaca, ofreciendo un habano al bueno del canónigo, y arrellanados ambos en sus sillones, comenzó á referir todo cuanto en la iglesia habia visto, y le explicó lo indispensable que le era á cualquier forastero, que quisiera llevarse bien con el país, hacerse amigo de aquel prohombre, ó por lo menos besarle la correa de cuando en cuando para no captarse sus antipatías.

El mismo, á pesar de su carácter independiente, habia tenido que sucumbir más de una vez para no verse suplantado por los barberos y curanderos de la villa, que eran los que absorbian la mayor parte de la clientela.

Cuando terminó su relato, ofreció al canónigo trabajar cuanto le fuera posible para que al año siguiente lo llamaran á predicar; y el sacerdote, que ya habia formado un plan en su mente, en vista de tales explicaciones, se alegró del ofrecimiento y aceptó los servicios que el simpático galeno pudiera prestarle.

III

Consumiendo dias, semanas y meses, transcurrió un

año, y llegó el momento en que los mayordomos y el alcalde pensaron en los festejos para el santo de la villa.

El médico, que no habia olvidado su promesa, trabajó cuanto le fué posible para que volvieran á encargar el sermón al canónigo, y aunque ésto ofreció no pocas dificultades, venciéronse al último y se anunció que el panegírico estaria á cargo de tan ilustrado sacerdote.

En la víspera de la función, en medio del bullicio que reinaba por todas partes, como en el año precedente, llegó el predicador al pueblo, y una vez tomado un poco de descanso en la posada donde se habia alojado, pidió las señas de la casa de D. Juan Bambolla, y allí dió en en breve con su humanidad, preguntando por el oráculo á quien deseaba ver lo antes posible.

Hallábase el prohombre en su despacho, ajustando unas cuentas con varios labradores, y con cierto áire de protección indicó al canónigo un asiento, manifestándole que en breve le daria oidos, así que terminara la operación que no podia abandonar.

El sacerdote comprendió de una ojeada la vanidad y la ignorancia del antiguo arriero y esperó sentado en un diván por espacio de media hora. Cuando D. Juan Bambolla y el canónigo se quedaron solos, éste le manifestó, de la manera más cortés que pudo, que teniendo noticias de que en aquel pueblo existia un hombre de vastos y profundos conocimientos, una lumbrera del saber, no queria marcharse, como el año anterior, sin conocerle, y se apresuraba á visitarle para tener el gusto de hablar con quien todavia podia hacerle aprender bastante.

—¡Oh!—exclamó D. Juan, afectando en sus palabras una modestia que contrastaba con su áire pedantesco:—yo sé muy poco, algo que he leido y nada más: mis asuntos apenas me dejan tiempo para las *leyendas*.

—Vamos, señor mio,—contestó el sacerdote:—no se haga el chiquito: sabemos los puntos que usted calza, y debido á eso mismo, tengo vivos deseos de que lea usted el sermón que pienso pronunciar, para que usted

con su sabiduria me diga su autorizada opinión y me manifieste con ingenuidad, como si fuésemos amigos de largo tiempo, cuáles son las cosas que le desagradan, á fin de enmendarlas ó suprimirlas con la debida oportunidad.

—Pues mire usted,—dijo entonces D. Juan Bambolla, tomando de encima de la mesa unas mugrientas gafas y enganchándoselas despaciosamente en las orejas:—ya que usted me habla con tanta franqueza, le diré que ha hecho perfectamente, porque á mí ¿qué quiere usted? no me gustan esas flores y *retólicas* que los predicadores de ahora han dado en soltar desde el púlpito, ni esos términos finos que *paecen* vocablos de señorita: déme usted el sermón y lo leeré despacio: mientras tanto, vea usted mis libros y entreténgase en repasar alguno de ellos, que *pué* ser que le guste lo que *tien* escrito.

Y á la vez que recibia el manuscrito de manos del canónigo, señaló á éste un estante, conteniendo unos treinta volúmenes que habia al lado de la mesa del despacho.

El canónigo se levantó y fué á consultar la biblioteca de aquel sábio.

¡Qué tesoros de ciencia habia en aquel lugar! «Los Doce Pares de Francia», «Rosáura la del guante», «La Inquisición, el Rey y el Nuevo Mundo», «Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno», «Pierres y Magalona», «El Solitario del monte salvaje», «La Renegada de Valladolid», «El lunario perpétuo de Cortés», y otras obras *ejusdem furfuris*, medio gastadas por el uso que de ellas hacia su dueño, levantaban allí su cabeza como los pinchosos cardos en medio de una pradera inculta.

El canónigo cogió un libro cualquiera y fingió que leia; pero en realidad su pensamiento se dirijía al cielo para dar gracias á Dios por la copiosa variedad de bestias que habia esparcido en el mundo, entre las que se hallaba el celebérrimo é incomparable D. Juan Bimbolla, como la más hermosa, la más rara y la más temible

de cuantas pudiera ocuparse el estudio de la Historia Natural.

D. Juan Bambolla leia y leia deletreando y mascullando palabras, y al cabo de veinte minutos no habia pasado de la primera cuartilla. De pronto cerró el manuscrito afectando cierto desdén y llamó al sacerdote.

—Hombre,—le dijo;—no se me figura mal lo que acabo de leer, y por no cansar á usted haciéndole esperar mucho tiempo, no leo su sermón hasta el final; pero voy á dar á usted un consejo con la misma franqueza con que me lo ha pedido. Procure usted suprimir las flores, porque ha puesto muchas, y vea el modo de meter algunas ideas buenas de las que hay en esos libros. Sobre todo, llévese usted el *Cortés*, que es lo más grande que se ha escrito en el mundo, aunque el libro *paece* pequeño, y de ahí sacará mucho que verá lo bien que encaja en el sermón.

El canónigo no esperó más: temió soltar el trapo de la risa y llamar á aquel hombre imbécil, y aprovechándose de tan buena coyuntura, ya que conoció el buen efecto que su consulta habia causado en D. Juan Bambolla, se despidió con el pretexto de estudiar tan magnífica obra, y salió á escape. yéndose á la casa del médico para celebrar con él la nunca bastante alabada ciencia del gran cacique de la villa.

Al dia siguiente no faltó D. Juan en su asiento colocado debajo del púlpito. Tenia aspecto de benevolencia, y en vez de bajar la cabeza como para escuchar profundamente, la levantaba seguro de que iba á adquirir una nueva gloria.

Comenzó la función: cuando llegó el momento, el predicador subió al púlpito y dejó oir aquella voz sonora que le ayudaba para dar á sus pensamientos cierto brio y magestad. A las primeras palabras, D. Juam Bambolla levantó sus manos como en señal de agradable satisfacción, y la apiñada multitud que jamás cesaba de mirarle, dejó escapar un sordo murmullo. La oración

religiosa fué oida hasta el final con una atención desconocida, profunda, y con un gusto tan marcado, como no habia habido ejemplo alguno en aquella iglesia.

Bien es verdad que D. Juan Bambolla habia contribuido al éxito, haciendo aspavientos de vez en cuando, y el público que veia tan simpáticas manifestaciones, no dudó de que era una sublimidad cuanto escuchaba, y hubiera querido estar fuera del sagrado recinto para aplaudir y victorear al orador.

Inútil es decir que el canónigo, como hombre de ciencia, no hizo caso de las majaderias del Bambolla, y hasta puede decirse que las olvidó. Pronunció el sermón tal y como lo habia formado, no permitiéndose otra alteración que las ligeras variaciones de superficie que se suelen introducir en el acto de la dicción y que son hijas del gusto de cada cuál.

Cuando el predicador abandonó la sagrada cátedra, los semblantes de todos irradiaban alegria. D. Juan Bambolla, triunfante, gozoso, como alma del éxito brillante, levantóse de su asiento, y al llegar á la sacristia, se dirijió al sacerdote, diciéndole con ese áire de protección de que saben revestirse todos los que no valen nada y quieren pasar por hombres importantes:

—¡Magnífico! ¡magnífico! Puede usted creer que ha sido un gran sermón, cuando se lo dice quien no acostumbra prodigar alabanzas.

Y luego, acercándose al canónigo y bajando un poco la voz, pero emitiendo la suficiente para que todos lo oyeran, añadió:

—Veo que le han servido á usted de mucho mis libros, y me alegro por el buen éxito que le han proporcionado. Ahí he aprendido yo todo lo que sé, que me ha servido de mucho, y si usted sigue por ese camino, no habrá dentro de un año quien le moje la oreja. Hágame el favor de aceptar el Cortés como un recuerdo, y si usted desde la capital necesita que le aclare algún punto,

me lo escribe, que yo con mucho gusto estoy á su disposición, y se lo descifraré enseguida.

El médico que estaba presente guiñó un ojo con malicia; pero D. Juan Bambolla no vió aquella seña, y si la vió, diria para sus adentros:

—Ese guiño quiere decir: «¡Oh, lo que sabe este hombre!»

. . . . . .

Lector: ¿nó has tropezado en el discurso de tu vida con algún D. Juan Bambolla, poco más ó menos igual al que acabas de ver?

Caprichos de la suerte

I

Hay hombres tan ambiciosos, que jamás se ven hartos ni satisfechos, aunque la suerte derrame en ellos á manos llenas sus beneficios. Otros, por el contrario, modestos en todas sus aspiraciones, se contentan con llegar al fin de sus dias sin ser envidiados por nádie, pero sin envidiar tampoco á ningún afortunado mortal. Los primeros no tienen bastante con un monte de oro para sus necesidades y placeres: los segundos viven dichosos si llegan á obtener una dorada mediania.

Del número de éstos, era Ambrosio, labrador honrado y diligente, que dió principio á su matrimonio con una heredad de bien escasa valía y que á los pocos años la habia convertido en un paraiso, y aún habia ensanchado los lindes, comprando trozos de tierra con el producto de sus ahorros.

Tenia vários hijos, pero entre ellos sobresalia Perico, que era una cópia fiel de su padre en la estampa y en la honradez, aunque le aventajaba en conocimientos, porque el labrador Ambrosio habia procurado instruirle con

alguna mayor solidez y extensión que lo que generalmente se acostumbra entre los campesinos.

Perico demostró siempre gran afición á la agricultura, y trabajaba todo el dia con ahinco, en la esperanza de grandes cosechas que coronaran los afanes de la familia. Por las noches, en vez de dedicarse como otros mozalvetes de su edad al insulso galanteo con las záfias mozuelas del partido, que distaban mucho de parecerse á las ideales zagalas de las églogas y cuyas aficiones amorosas se desenlazan casi siempre por escenas inmorales, según costumbre inveterada en los campos, cogia obras que trataban de su oficio y alimentaba su cerebro con ideas útiles, ensanchando así el círculo de sus facultades. A lo sumo en el verano y en las horas de luna, bajo el toldo del emparrado que sombreaba la puerta de la casa, Perico rasgueaba la guitarra con mucha afinación y cantaba media docena de coplas, haciendo vibrar su agradable voz de tenor, que alguien hubiera querido para sí á fin de lucirla en las tablas de un escenario.

Por los domingos, Perico vestia con más esmero que sus convecinos, y tenia un áire ménos vulgar que ellos; por lo cuál á las muchachas se les iban los ojos tras el mancebo, que, á más de buen mozo, tenia la magestad de todo el que cuenta con un caudalito de ideas y monedas de cinco duros.

II

Pasaron años y años, y Perico llegó á cumplir los veinte y cinco de su edad. Habia adquirido formas y maneras un tanto distinguidas que realzaban grandemente su arrogante figura, y le daban una superioridad indisputable sobre sus paisanos. Era, además, la alegria de su casa, y el embeleso de sus padres.

Como Ambrosio y Perico habian trabajado siempre con buena voluntad y con inteligencia, el bolsillo pater-

no contenia algunos paquetitos de billetes y no pocos cientos de onzas, de aquellas peluconas que ya no se ven hoy, por haberse encerrado en las cuevas del Banco ó en las gabetas de los extrangeros. Ambrosio queria asegurar, hasta cierto punto, el pan de sus hijos, y se devanaba los sesos sobre la manera de emplear aquel dinero que nada le producia en el arca; y á fuerza de dar vueltas á la imaginación por aquí y por allá, tropezó con el pensamiento de comprar una finca lindante con la suya, y cuya compra le daria la ventaja de enlazar dos trozos separados de su propiedad, con lo cual todo formaria una extensión considerable y resultaria una heredad de gran valor.

Aquella finca deseada pertenecia al Excmo. Sr. Duque de Bobanes, residente en la Córte; y acaso este señor, sobrado de rentas y no necesitado de dinero, se negaria á venderla ó tal vez pediria un precio exhorbitante.

Sin embargo, consultado el caso con Perico, éste opinó que se le escribiera al Duque, explorando su ánimo, en la casi seguridad de una negativa; y aceptada la idea, el hijo de Ambrosio redactó una carta bastante bien escrita, como él sabia hacerlo, aunque le sobraban algunos *pués* y se podia tachar en ella alguna frase de construcción un tanto silvestre; pero que era clara, expresiva y llena de sencillez, como acaso no la escribiria mejor alguno de esos redactores y críticos que suelen verse en las oficinas de ciertos periódicos.

El resultado de la carta fué recibir á los pocos dias otra del Duque, en la qne decia que desde luego ponia la finca á disposición de Ambrosio, siempre que le diera cinco mil duros.

¡Veinte y cinco mil pesetas! Enseguida. Mal cuidada estaba; pero así y todo, se podian dar por ella mil duritos más á ojos cerrados, y aún eran pocos. ¿Cuánto no podría valer luego de arreglada y trabajada como se debia?

Ambrosio no perdió tiempo: otorgó un poder espe-

cial á favor de su hijo, y á los pocos dias el arrogante mozo, llevando en el bolsillo una cartera con los cinco mil de la cuenta en billetes del Banco, tomó el tren y dió con su persona en Madrid, hospedándose en una posada que por casualidad no estaba muy distante de la casa del Duque.

III

Era la primera vez que Perico pisaba las calles de la Córte, y léjos de embobarse con sus vistas ó de entregarse á diversiones de esas que á los inocentes hijos de las provincias les hacen poner en peligro el dinero y la salud, no se cuidó más que de su asunto; y al efecto, así que descansó un poco, vistió su mejor ropa para no presentar un aspecto demasiado rústico, tomó un coche de plaza y se dirigió á la morada del aristócrata.

La noche estaba algo avanzada, y el Duque no se encontraba en su domicilio; pero se le pasó recado á la Duquesa, y ésta mandó que inmediatamente fuera conducido á donde ella se encontraba.

Subió Perico por una ancha escalera de mármol que revelaba por su grandiosidad la importancia del edificio, y luego atravesó habitaciones, en cuyas blandas alfombras hundia sus pies, acostumbrados al duro suelo de los terrones. Por todas partes miraba asombrado enormes espejos que casi cubrian las paredes y retrataban de cuerpo entero su persona: cuadros cuyo mérito no sabia apreciar, pero que le parecian buenos por el efecto que le causaban sus figuras: sillas de hermosa talla y de riquísimas telas que acusaban la molicie de sus dueños: cortinas inmensas que adornaban las puertas por donde cruzaba y cuyo roce, al contacto de su no muy fina ropa, le estremecia: arañas, en fin, suspendidas de los techos, dejando escapar torrentes de luz como el sol en medio del dia. Aquello era deslumbrante, y Perico se atur-

dia, sin acertar á pasar de un punto á otro, como si su cabeza estuviera perturbada por excesos de la bebida.

Por fin, llegó á una sala grande, menos lujosa que las anteriores, y vió alrededor de una mesa cubierta por un tapete verde de lana, como una docena de señoras y caballeros que tenian puestas sus miradas en los náipes que lentamente iba dejando escapar una dama como de cuarenta años, bastante hermosa y con áire de muy marcada superioridad.

Aquella dama era la Duquesa de Bobanes, y *tallaba al monte*. Tenia en frente de sí un gran montón de oro y algunos paquetitos de billetes del Banco. Los jugadores formaban carretes de monedas y los ponian al azar, para perderlos en un instante ó retirarlos con un aumento de doble numerario. Era aquéllo una de esas timbas que algunos aristócratas suelen tener en el interior de sus palacios, donde se pierden con frecuencia muchos caudales y donde se fomentan los defectos de esa clase hoy tan degenerada y que tanto dista (salvo honrosas excepciones) de lo que fué en las épocas en que España significó algo en el mundo.

El asombro de Perico creció de pronto ante el cuadro que á su vista se desarrollaba. No comprendia tal juego allí en el interior de tan suntuosa morada, y mucho menos la presencia de señoras, cuando la misión de éstas, según tenia aprendido, es la de alegrar corazones, en vez de endurecer los suyos con las emociones fuertes que produce la pérdida ó la ganancia del dinero.

La Duquesa, sin dejar de tallar ni de seguir las peripecias del juego, recibió á Perico con amabilidad exquisita y hasta le dirijió una mirada que alguno de los circunstantes hubiera querido para sí, porque la robustez y belleza del campesino le impresionaron favorablemente. No era un sietemesino enclenque y anémico como aquellos señoritos, gastados por los vicios en la flor de su juventud, sino un buen mozo y lleno de candor, rebosando vida y despidiendo de sí algo como el aroma puro de las

sencillas flores que brotan en las incultas umbrías de la montaña: diamante sin pulir, en una palabra, pero piedra preciosa y no similar y de escasísimo valor como eran, y no otra cosa, aquellos almibarados elegantes, fátuos y llenos de pretensiones, y por añadidura siempre achacosos y desmalazados.

La Duquesa se enteró de la misión de Perico: supo que estaba provisto de poderes para representar á su padre, y que llevaba encima la cantidad de los cinco mil duros convenidos, para entregárselos al Sr. Duque en el momento de otorgar la escritura de la venta.

Notó Perico la mirada de la Duquesa, y se estremeció como si una descarga eléctrica hubiera agitado todos sus miembros; pero lleno de rubor, porque no sabia cómo responder á tal mirada, apartó su vista de aquellos ojos abrasadores y la fijó en las operaciones del juego, como el niño que se embelesa ante un objeto que le distrae. Entonces la Duquesa, al verle inclinado sobre el tapete, queriendo hacerle más franca y más despejada su situación, le dió familiarmente un golpecito en el hombro, y le dijo con dulzura encantadora:

—Eh, muchacho: una posturita: atrévete: vamos á ver si tienes suerte.

Dudó Perico un momento, porque aborrecia los juegos de azar; pero era tan excitante el acento de la hermosa dama, que involuntariamente llevó la mano al bolsillo, y puso al lado de una carta una moneda de cinco pesetas.

Todos los circunstantes lanzaron al punto una carcajada, burlándose de lo mezquino de la postura, y no faltó quien aventurara una frase epigramática, cosa muy común entre la gente de lo que ha dado en llamarse buena sociedad. La Duquesa misma, sin poder contenerse, á pesar de lo simpático que le habia sido el joven á quien hubiera querido hablar de otra manera, exclamó marcando las palabras con cierto retintín:

—¿Son así las jugadas que se acostumbran en el campo?

Ante aquella ironía, la sangre de Perico le afluyó toda al cerebro, como suele agolparse de pronto al cráter la lava de un volcán. Una nube de fuego le cruzó por los ojos, y sacando la cartera que llevaba en el interior de su larga chaqueta, la puso sobre la moneda de plata y dijo:

—Tiene usted razón: me olvidaba del sitio donde estoy. Aquí hay cinco mil duros.

IV

¿Qué pasó entonces por el espíritu de Perico? Como si la maza de un titán hubiera descargado de pronto un golpe terrible sobre su cráneo, así quedó el mancebo ante el atrevimiento que le habia inspirado su misma desesperación. ¿Qué iba á ser de él, de sus cariñosos padres, si salia una carta contraria á la suya? ¿Volveria á su casa para llevar el dolor y la ignominia, ó se ausentaría para siempre de aquel amado hogar, corrido ahora de vergüenza y de confusión?

¡En qué mala hora habia pisado aquella casa maldita. donde acababa de comprometer la tranquilidad de unos honrados trabajadores y el fruto de un sudor de veinte y cinco años, sudor que representaba un rio de gotas por cada moneda acumulada con esfuerzos y privaciones! ¡Qué sociedad tan indigna la que autoriza y consiente diversiones inmorales y perniciosas como la del juego, llamando pundonor á la vanidad y recreo á los vicios que la vagancia fomenta, precipitando á todas las clases en el vértigo de una locura infinita y burlándose de las virtudes y hasta de la sencillez de los corazones!

Todos estos pensamientos acudian en tropel á la imaginación del pobre campesino, y los nervios le vibraban como las cuerdas de un harpa que se estremece por la

pulsación del ejecutante, y parecia que la habitación daba vueltas, girando al rededor de aquel tapete, como las hojas caidas de los árboles cuando las agitan las oleadas de los vientos del otoño.

Los náipes, mientras tanto, iban cayendo con lentitud sobre la mesa. Las respiraciones contenidas indicaban las ánsias de los jugadores, y era tal el silencio que reinaba en la habitación, que hasta se habria sentido el aleteo de una mosca, si en aquel momento hubiera cruzado por entre los circunstantes. Por último, un murmullo prolongado estalló súbitamente y apareció una carta sobre la verde cubierta.

¡Era el náipe de Perico!

La Duquesa, sin contraer un solo músculo de su semblante, como persona acostumbrada á pérdidas y ganancias de consideración, cogió la cartera, y mostrando en su boca la más amable de las sonrisas, entregó á Perico la respetable cantidad, diciéndole:

—Buena mano has tenido, muchacho: tóma tu cartera, que la finca ya está pagada.

Una alegre reacción se operó en el ánimo del campesino que no acertaba á darse cuenta de lo que le sucedia, y hasta sintió deseos vehementes de llorar, teniendo que apoyarse contra la mesa para no venir al suelo.

¡Qué cambio tan rápido en todo su sér!

¿Era aquéllo sueño ó realidad? Palpaba la cartera, y apenas daba crédito á lo que sus dedos contenian, por ser demasiado fuerte la emoción. Hasta hubiera querido que la Duquesa le repitiera lo de haber quedado pagada la finca, porque le parecia imposible tanta felicidad en un momento. Pero aquéllo fué un instante nada más, y repuesto con la misma rapidez con que se habia emocionado, escondió en el bolsillo los cinco mil duros que tan á pique habian estado de causarle su desgracia.

Quiso entonces retirarse; pero la amable Duquesa que deseaba conversar con él un rato, pretextando que tenia que arreglar las condiciones de la escritura, autorizada

para ello por su marido de quien tenia recibidas omnímodas facultades, rogó al mancebo que esperara en una habitación contígua, á donde una camarera lo condujo al mandato de la señora.

V

Penetró Perico en un gabinete lujosísimo, donde el gusto y el refinamiento de la molicie pugnaban por sobresalir, formando un camarín digno de la hermosa dueña que pasaba en tan suntuosa habitación la mayor parte de las horas del dia y de la noche. Una luz, medio velada por espeso transparente, iluminaba apenas el recinto y parecia convidar al reposo. El rústico mancebo se dejó caer en una de las elegantes y cómodas butacas, sintiéndose atraido por un sopor invencible que le sujetaba con ligaduras tan fuertes como dulces.

Cuando terminó la partida, que fué en breve, los jugadores se retiraron y la Duquesa se dirigió á la habitación donde estaba Perico.

La historia de donde he sacado esta relación se pierde al llegar aquí y no refiere una palabra de lo que hablaron en el gabinete la Duquesa y el arrogante campesino; pero más adelante y después de unas hojas carcomidas y manchadas, añade que ya alboreaba el dia, cuando Perico salió del lujoso camarín con la cara aun más alegre que cuando habia entrado, si bien un tantico ojeroso, debido, sin duda, á que con una conversación de más de dos horas, tras tantas como hacia que no habia dormido desde que salió de la casa paterna, no podia conservar aquellos colores que ostentaba cuando se hallaba en su estado normal, teniendo distribuido el tiempo para trabajar y para el descanso. Lo cierto es que allí no quedó ninguna capa como la que el hijo de Jacob dejó en manos de la mujer de Putifar.

Al dia siguiente volvió Perico; y allí le esperaba el

Sr. Duque con un notario. Tenia el aristócrata unas facciones muy semejantes á su título y representaba sesenta años, pero muy endebles, como acontece á las personas que han vivido mucho en poco tiempo. ¿Qué de particular, pues, tenia que su consorte llevara bancas fuertes y que tratara á puerta cerrada de las condiciones de una venta?

El notario leyó la escritura, y en ella se contenia que el Excmo. Sr. Duque de Bobanes vendia á Ambrosio de Tal la finca que se describia, por valor de veinte y cinco mil pesetas, cuya cantidad confesaba haber recibido el dia anterior de manos de Pedro X, apoderado de su padre.

Perico no aguardó más tiempo. Hizo como que no entendia un recado que la camarera le dió con mucho misterio, en nombre de su señora, para que volvieran á verse á fin de tratar con ésta del modo de cultivar bien y económicamente la finca, y se retiró á la posada, de donde salió para tomar el tren cuando el notario le llevó la cópia de la tan deseada escritura.

¡Qué alegria para el hijo de Ambrosio, cuando la locomotora lanzó su silbato al viento, y los pesados coches comenzaron á mover sus ruedas sobre la via!

Un estremecimiento nervioso agitaba todo su sér, y, como un ébrio que pierde la conciencia de sus actos, daba vueltas en su departamento ó se asomaba sin cesar á la ventanilla, donde las oleadas del fresco vientecillo oreaban su frente sudorosa y calmaban un tanto la violencia de su excitación.

La verdad es que la série de los sucesos tan extraños que no se borraban de su imaginación y el buen resultado de su viaje, tenian forzosamente que influir en aquella naturaleza no acostumbrada á fuertes emociones, y luego adivinaba el contento de su familia que le hacia regocijarse de antemano, como si ya viera y oyera los gestos y las palabras de sus felices padres.

Pasaban los palos del telégrafo como sombras fugiti-

vas, y las estaciones se sucedian unas á otras. Mas para la ansiedad de Perico, el tren andaba muy lento, y hubiera querido convertirse en águila por atravesar de un vuelo el espacio que faltaba para llegar á su tierra. Pero como todo tiene su fin en el mundo, lo tuvo también el viaje, y Perico llegó sano y salvo, siendo recibido como el lector puede figurarse.

Cuando Ambrosio se enteró de la escena del juego, se quedó como el que vé visiones. No culpó á su hijo por el arrebato que le hizo aventurar á una carta aquella respetable suma adquirida con tanto sudor; pero le disgustó la temeridad con que habia obrado. El honor era lo primero, y bien Dios se habia dignado recompensar el ultraje hecho por la vanidad y el vicio á la honradez de un trabajador; pero habia que distinguir siempre entre el verdadero honor y el amor propio exagerado.

Al acabar de referir Perico los pormenores del viaje, hasta donde su prudencia le aconsejaba, Ambrosio tomó la cartera y exclamó:

—Bien: estoy satisfecho de tu conducta, y estos cinco mil duros te pertenecen; pero yo te los guardo y te los entregaré como dote el dia en que al pié de los Altares ligues tu suerte con la de una mujer honrada y digna de tus merecimientos.

De los escarmentados...

¡Qué ufano y qué contento se mostraba Enrique con sus aficiones de cazador!.

Cuando calzaba las rojizas botas de tres suelas y ceñía á las piernas las poláinas y se echaba á las costillas el morral lleno de víveres y municiones, y la escopeta al hombro, y seguido de sus perros se internaba en aquella sierra agreste y erizada de matorrales, no habia un hombre más feliz en veinte leguas á la redonda.

¿Pues y cuándo referia sus aventuras ó describia las peripecias de una caza difícil ó de interés? Entonces era tan verboso, que hasta tenia frases y rasgos de verdadera elocuencia. A veces se olvidaba de sí mismo en las narraciones, y se entusiasmaba y se crecia como un actor dramático, y su voz tomaba el timbre de la declamación más campanuda.

¡Qué placer tan grande cuando una liebre saltaba de entre los piés, y los perros seguian su rastro, trepando por aquellas peñas inaccesibles, husmeando hendiduras, olfateando rastrojos, y siempre adelante, tomando la vuelta al fugitivo animal, y acorralándole por todas partes, hasta clavar en él sus dientes y traerlo á las plantas del cazador!

Pero el placer de los placeres, el *summun* de todas las

delicias, era la caza de la perdiz. Verdad que algunas veces se desesperaba en su puesto, porque las aves no acudian al reclamo. Sin embargo, cuando la cosa venia bien desde un principio, aquéllo era gloria.

Habia para ello que ser muy madrugador, porque la pereza y la caza no marchan nunca; pero ¿qué recompensa no era para el que se levantaba temprano ver la salida de la aurora desde lo alto de un montecillo, recreándose con el agradable olor de los romeros y florecillas silvestres que parecen saludar con sus aromas la llegada del dia? Y luego aquella faja blanquecina que iluminaba el oriente, tornándose poco á poco en cortina de púrpura, y después la aparición de aquel globo inmenso encarnado, sin luces apenas, que dejaba ver toda su belleza y magestad sin ofender la pupila, y posteriormente la elevación de aquel coloso del espacio despojándose de la neblina que lo velaba, vertiendo rayos que comenzaban dorando las salientes de las peñas y concluian por extenderse como un manto infinito por todo el horizonte.

Y entonces cantaban las avecillas, saltando por entre las ramas de los árboles, y el rocío se cuajaba en las hojas de los arbustos y de las flores, semejando una granizada de diamantes, en cuyas facetas se quebraban los vibradores rayos del sol, para presentar á la vista y de una manera maravillosa todos los colores del iris. Y... vamos aquéllo era poesía, no esos versos cursis de los poetas que van encadenados á los consonantes como los bueyes á las carretas, para arrastrarlas por el sendero que quiere tomar el que las conduce.

Tras este espectáculo tan grandioso, seguia la operación de la caza.

Se excogia un punto á propósito para estar á la sombra y no ser visto por el animal en cuya busca se iba: acto contínuo se colocaba el reclamo en una pequeña altura y se quitaba la funda de la jáula. Y el hermoso encarcelado, que se veia libre de sombras y que se recreaba en aquel fresco y en el acre olor del tomillo, comenzaba á

cantar, ensanchando sus pulmones y llamando á sus compañeros que corrian por los matorrales ó que alzaban vuelos cortitos, aproximán-dose lentamente á la aprisionada perdiz.

Y allí era de ver cómo se requerian y cómo se desafiaban y cómo se encendian de celos, á la manera de los caballeros de la Edad-media, cuando defendian el nombre de sus empresas ó el honor de sus damas. Y las perdices libres, avanzaban poco á poco, recelosas pero valientes, formando grupitos por acá y por allá que de un modo insensible iban enlazando hasta apiñarse cerca de la jáula. Y entonces se tendía con mucho cuidado el cañón de la escopeta, se procuraba, á ser posible, apuntar al sesgo para coger mayor número de víctimas, y cuando se estaba seguro de que el tiro abriria bien y que la punteria era certera,... ¡pum!... una rociada de perdigones caia de pronto sobre las incáutas avecillas, dejando á veces una docena tendidas sobre la verde alfombra, como despojo de la batalla más pácifica que puede verse en el mundo.

Pues vamos á la comida. Cogidas las perdices una á una y enganchadas en el cinturón que luego el vencedor habia de ceñirse, se abria el morral y aparecia el pan blanco como la nieve, el rico salchichón y el apretado queso, y entre bocado y bocado y traguito va y traguito viene de la enfundada cantimplora, llena del añejo, se pasaba un rato bueno, y luego no faltaba por allí un claro manantial en cuyas aguas se templaba la sed y se entonaba el estómago repleto.

El que quiera mayores delicias, que las busque.

Tal se expresaba Enrique, al defender sus aficiones ó al hacer propaganda en los cafés y tertulias, siempre que á cuento venia lo de la caza, aunque necesitaba poco para sacar la conversación y estar charlando por lo menos tres horas.

En vano los amigos le aconsejaban que moderara sus aficiones, porque los extremos son viciosos y en un buen

medio consiste la virtud; pero el cazador se reia con lástima de tales consejeros, y decia que si conocieran lo que es la caza, de otro modo hablarian.

Su esposa llegó á confabularse con algunos poco devotos á las excursiones de escopeta y perro, y de común acuerdo le adulteraban las municiones y le ponian toda clase de obstáculos; pero ¡cá! las rabietas que tomaba no le hacian desistir de sus propósitos, antes bien lo enardecian, y sus aficiones iban cada vez en aumento. Hubo, por último, que dejarlo á sus anchas y que cazara cuanto quisiera, aunque fuese de lamentar el abandono de sus obligaciones y el despilfarro de dinero que no recompensaba el resultado de sus faenas.

Cierto dia, ó mejor dicho, cierta noche, porque ni por asomo se veian los claros del crepúsculo, Enrique dejó el cómodo lecho, con harto sentimiento de su esposa, y vistió sus arreos con el esmero del que se acicala para asistir á una boda. Iba á cazar perdices, y no se perdonaria no ver en lo alto del monte la salida de la aurora.

Salió de su casa, y con la escopeta al hombro y el reclamo en la mano, llegó á poco á la cumbre de un montículo, desde cuyo punto se veia, con el primer albor, una buena extensión de terreno. No pareciéndole bien el sitio, internóse en el corazón de la sierra y al fin tomó posiciones definitivas frente á un vallecito cuajado de arbustos silvestres y de flores olorosas.

El sol, velado por espesas brumas, apenas dejaba escapar débiles resplandores, y allá en los lejanos picachos, girones de vapor, fijos á las negruzcas rocas, semejaban flotantes plumeros cuyas puntas se desvanecian, como esfuminadas, hasta perderse en el manto plomizo del horizonte. A poco, un viento frio y húmedo comenzó á arrastrarse lentamente por las faldas de las lomas, y luego, tras algunas violentas ráfagas que levantaban en remolinos el polvo de los senderos, arreció de pronto, convirtiéndose en formidable huracán.

No agradaban á Enrique aquellas muestras de enemistad con que le recibia la montaña, y en espera de que pasaran pronto los exabruptos de la naturaleza, se cobijó bajo el follajé de una pomposa encina que se destacaba arrogante á unos cien metros de distancia.

Efectivamente, el viento, después de haber demostrado su bravura durante algunos minutos, fué aplacándose hasta quedar en una brisa moderada; pero los girones de vapor se habian dilatado hasta convertirse en una sábana inmensa que hacia invisible el valle, y apenas si se distinguia, como á un tiro de escopeta, un fondo parduzco que acusaba la masa formidable de las rocas donde en aquel momento se cuajaba la nube.

Viendo que la cosa se ponia demasiado séria, Enrique pensó entonces en volverse á su hogar, seguro de que por aquel dia no habria ni aun asomo de perdices, y ya iba á ceñirse el cinturón y á eoger su escopeta, cuando de pronto una luz de una intensidad desconocida pareció desgarrar de un extremo á otro aquella cortina de vapores, y un trueno prolongado y aterrador retumbó en las concavidades de la montaña.

El cazador se quedó sobrecogido y anonadado, sin atreverse á tocar el arma. No habia duda: estaba casi en el corazón de una nube, y lo que era peor, no se veia á dos dedos de distancia, porque la obscuridad iba espesando, y era la primera vez que él habia entrado en aquella parte de la sierra.

Otro relámpago y un segundo trueno, más grandes aún, siguieron á los pocos instantes, y como si aquella voz tremenda fuese el mandato para que estallase la tempestad, comenzaron á caer gruesas gotas que menudeaban por segundos, y al fin una copiosa llúvia se generalizó por todas partes, arrojando torrentes de agua, como si se hubieran abierto las cataratas del cielo.

Seguian los relámpagos acompañados de su correspondiente fragor, y el agua caía con estrépito contra las rocas, poniendo cada vez más espanto en el corazón de

Enrique; y por si aún fuesen pocos aquellos elementos conjurados en tan vasta soledad, el viento arreció de nuevo volviendo á levantar sus alas y desplegándolas con toda su fuerza, como si quisiera sacar la montaña de sus cimientos y lanzarla á los abismos insondables del espacio.

Enrique, calado hasta los huesos y con un frio que le hacia dar diente con diente, se abrazó al tronco de la corpulenta encina para no ser arrebatado por el vendabal que rugia desesperado, como deben de rugir los réprobos en las cavernas de los ángeles rebeldes. La razón parecia haberle abandonado, porque ya obraba sólo por instinto, y ni pensaba en lo que le sucedia ni siquiera intentó dirijir una súplica al cielo, y eso que era buen cristiano y no tenia más vicio que la caza. Pero la grandeza de la tempestad le abrumaba, y el terror que le infundía el espantoso torbellino de agua y viento le habia quitado casi, casi la sensibilidad.

Crujia la encina por los embates del huracán y sus gruesas ramas se retorcian violentamente, exhalando sonidos que parecian lamentos de un alma llena de dolor, y á cada sacudida, los ojos de Enrique se saltaban de las órbitas y parecia que su corazón era atravesado por un puñal de hielo. Al fin, una oleada incontrastable, uno de esos empujes tremendos producido como por una legión de titanes bajada del mismo seno de las nubes, descuajó aquel tronco robustecido por los siglos, y como arista que el céfiro hace flotar sobre sus alas, el mónstruo feroz dobló con sus garras de hierro el pomposo ramaje del coloso vegetal, tronchó sus raices hundidas en las entrañas de la sierra, y lo arrojó con fuerza portentosa, precipitándolo de tumbo en tumbo hasta una sima que abria su boca espantable entre una roca tajada y un declive pedregoso por donde caia el agua de la llúvia para engrosar el cáuce de un torrente.

Lanzó Enrique un grito desgarrador, y preso entre el ramaje de la encina que lo enredó en sus vertiginosos

movimientos, quedó allí completamente desmayado.

Cuando volvió en si, no acertó á darse cuenta de lo que le sucedia. ¿Dónde estaba? ¿Qué significaba aquel lecho de ramaje que lo tenia suspendido, sin dejarle que se moviera con facilidad?

Por fin el frio que le producian las mojadas ropas, le hizo volver á la razón y explicarse la realidad de su situación desesperada. Más ¿cómo salir de aquella red y de aquel abismo, si la encina habia quedado sujeta entre dos masas de rocas, y sentia debajo de sí correr el agua del torrente, mientras que el cielo se veia allá á bastante altura, y no acertaba á moverse, temiendo perder el equilibrio y quedar enterrado en el fondo de la cueva?

Entonces recordó sus sentimientos religiosos y llamó á Dios con toda la verdad de su alma. Dió gritos y más gritos que procuraba repetir de tiempo en tiempo, y lanzaba gemidos de dolor, estremeciéndose cada vez que alguna rama crujía al revolverse entre aquel laberinto que aprisionaba su cuerpo.

Ya la luz del dia se habia amortiguado, y Enrique seguia preso en el ramaje, gritando enronquecido y casi sin aliento. Pero cuando iba ya desalentándose, oyó no muy lejos voces que respondian á las suyas, y por el talud opuesto á la roca tajada vió á dos pastores que se arrastraban con grandes dificultades y que descendian provistos de una cuerda.

Reanimóse Enrique ante aquella aparición. Los pastores se acercaron hasta el borde del precipicio, lanzando la cuerda, y el prisionero, desgarrando sus ropas y hasta sus carnes, pudo agarrarse al cable salvador, con el ánsia del náufrago que se vé en alta mar juguete de las olas, y tras rudos esfuerzos llegó al sitio donde se encontraban los pastores, viéndose al fin, de esta manera, libre de una muerte segura.

Cuando entró en la choza de sus salvadores, se creyó víctima de un sueño. Sus fuerzas le habian abandonado, porque á la excitación de los nérvios producida por la

inminencia del peligro, sobrevino el decaimiento, y la naturaleza se declaraba vencida, pareciendo que la flebre se encargaba de coronar aquella triste aventura.

Los pastores envolvieron en mantas sus miembros ateridos, y le daban á beber con lentitud algunos tragos de aguardiente que á poco le hicieron entrar en una saludable reacción. Mientras tanto una hoguera secaba la mojada ropa, y aquel calor contribuia á entonar la sangre del perseguidor de las perdices, el cual, por la vez primera de su vida, se atrevió á lanzar una maldición á la caza.

Para no ser pesado en una narración, que nada ofreceria de particular después de lo que va referido, diré que al dia siguiente, montado en un carrito, llegó Enrique á su casa, donde su esposa le esperaba impaciente, alarmada por una ausencia á que jamás la habia acostumbrado su marido. Al verle todo destrozado y sin los arreos de la caza, adivinó algo de lo sucedido, y prorrumpió en lágrimas abrasadoras, porque al fin se habian realizado sus predicciones cuando aconsejaba á Enrique la restricción del afán desmedido que sentia por las aventuras de perro y escopeta.

El resultado de todo es fácil de prever. Enrique dió un adios eterno á la caza. Aquella lección le habia enseñado más que los consejos de la buena amistad, y regaló el material que le habia servido para distraerse en tantas ocasiones, pidiendo al cielo de todo corazón que alejara para siempre de su cabeza las ideas más triviales, que pudieran hacerle pensar por un momento en que habia conejos y perdices en el mundo.

Del dicho al hecho

Que los hombres son como Dios los hizo, no hay para qué ponerlo en duda; y aunque ésto, mirado en cierto sentido, parezca una verdad de Pero Grullo, y visto de otro modo aparente envolver una idea de fatalismo, á mi manera de ver las cosas, ni hay en esa frase ninguna perogrullada ni creo que los que la hicieron correr por todos los idiomas, trataron de disminuir, un solo instante, la libertad de nuestro espíritu.

Pero es muy cierto y muy verdadero que hay dentro de nosotros un no sé qué que con frecuencia manda en nuestra voluntad; y así como todos los hombres, siendo completamente iguales, se exteriorizan de diferentes maneras, sin que se den á sí mismos cuenta de ello, así también gran parte de nuestras acciones, con todo el peso que se les quiera echar de voluntad, de razón ó de conciencia, salen desrazonadas, involuntarias é inconscientes, porque algo superior á nosotros las funde en moldes que están lejos del alcance de nuestra mano.

Digo ésto, para explicacrme más de cuatro cosas que no tienen explicación posible, si en todos los actos ha de jugar el libre albedrío; aunque afirmo, como resultado de mis superficiales estúdios, que el hombre es libre, y aquí tiene el lector una prueba: escribo porque quiero, sin quc nádie me impulse á escribir.

Pero volvamos á nuestro asunto, ó sea á lo de que los hombres son como Dios los hizo. Suceden en este mundo cosas tan originales, que parecerian inverosímiles si no las viera uno mismo.

Ejemplo al canto. Una almibarada señorita se halla bajo la terrible presión de una grave enfermedad: los médicos han agotado su ciencia, y la paciente está á punto de recibir los auxilios espirituales. Ante tan grave estado, la familia llora y se desespera: todos apartan los ojos de la tierra y los elevan al cielo, porque allí, en aquella región infinita está el que todo lo sabe y todo lo puede. La enferma une sus ardientes ruegos á los de la familia, y al demandar la vida y la salud, ofrece en recompensa vestir durante un año un hábito de tal ó cual Virgen, y oir un puñado de misas amen de rezar trescientas partes de Rosario.

Por cáusas desconocidas ó porque Dios lo dispone así, vuelve á la paciente la anhelada salud, y cuando ya se encuentra en disposición de alternar con los amigos y conocidos, cátate aquí la cuestión principal de la promesa: el hábito.

Pero no se vaya á creer que el hábito es un sayal de burda estameña, como lo usaban las órdenes religiosas: el hábito ha de ser una confección elegante, una prenda de buen vestir, que sólo tenga del ofrecimiento lo que se refiere al color, ó cuanto más un escudito de plata ó un alfiler sobredorado, con los atributos de la sagrada imagen en cuyo honor se hizo la promesa, ó alguna correa ó cordón que indique que aquello es por ofrecimiento.

Por lo demás, muchos lazos, muchos pliegues, muchos arrumacos con arreglo al figurín de la moda, como si se tratara de un traje de paseo. Es decir, una cosa que ni es hábito ni nada, y que está muy distante de ser lo que se ofreció en aquellos momentos de apuro.

¡Oh! del dicho al hecho...

Otro ejemplo: Dos nóvios se casan enamoradísimos: u luna de miel es una série de delicias: cada dia se re-

nuevan las promesas de amor, y la casa parece un edén donde no hay más que felicidad.

Pero cuando ya la pasión va templando su fiebre abrasadora, las cosas comienzan á cambiar de forma y de color. El marido bosteza á ratos, y procura buscar fuera de la casa los halagos que le hagan más llevadero el hastío. A veces, y cuando aun cree cualquiera que está blando todavia el pan de la boda, la infidelidad le tienta con fuerzas demasiado potentes; y si el pobre marido no sabe resistir y llega á sucumbir por desgracia,... adiós promesas, juramentos y delirios de la luna de miel.

La esposa tiende, desde que transcurren unas cuantas semanas al dia siguiente de su casamiento, á imponer su voluntad como dueño absoluto. Es condición de todas las hijas de Eva. Si el marido resiste y defiende sus derechos, surgen en el magín de ella ideas contrarias á la paz del matrimonio, y principia en sus adentros á calificar de brutal á su consorte, y concluye por dirigirle frases no muy conformes con los sentimientos dulces que deben anidar en el corazón de la mujer. Y gracias si la esposa no usa de represálias, tratándose de un marido infiel, y adorna la frente del cónyuje con la corona del sufrimiento, que en ese caso, ya no quedan ni los vestigios de las promesas del eterno amor que se juraron.

Vamos... que del dicho al hecho ..

Otros ejemplos: No hay beata, de esas que tan á menudo confiesan sus culpas, que no olvide sus propósitos de la enmienda á los pocos momentos de abandonar el confesonario.

No hay jugador endurecido que lleve á efecto sus promesas de no ver ni tocar un náipe, después de haber sufrido un descalabro de esos que cáusan la desolación de una familia.

No hay estudiante haragán que realice sus deseos de aplicación, aun teniendo presente su disgusto por la cosecha de calabazas que tuvo que cargar sobre sus propias costillas.

No hay nóvio en la ausencia, que por lo menos no olvide de vez en cuando la imagen de su adorada, ante una cara bonita y provocadora.

No hay sastre que entregue los trajes en el mismo dia en que los prometió, ni comerciante que no mienta, ni zapatero que cumpla su palabra, y aunque suelen haber excepciones rarísimas en casos y personas, ya sabemos que la excepción confirma la regla general.

Y es que del dicho al hecho.,.

Pero donde se nota más la distancia que hay entre lo que se ofrece v lo que se cumple, es en la politica.

La política es el lago inmenso donde se zambullen todos los zánganos de la sociedad: es la capa que cubre todas inmoralidades y todos los defectos de la vida; y aunque alguien, queriendo elevar las cosas á las altas esferas de la filosofía, ha dicho que la política es la ciencia de gobernar á las naciones, me parece que tal y como en España se practica, le cuadraria mejor la definición que yo dí en plena clase cuando mi profesor de Derecho político me preguntó por esa señora: es el arte de engañar, explotar y comerse á los pueblos.

Y si nó, repasemos la historia desde Fernando VII hasta nuestros dias, y veamos si la política no ha traido muchos más daños que bienes, y si la mayor parte de los políticos han cumplido sus promesas.

Desde el primer ministro de la Corona hasta el último cacique de un villórrio, todos iguales. Lo primero que han aprendido es á ofrecer: después han hecho lo que han querido, y... vamos viviendo. No hay jefe supremo de un partido, cuando está en la oposición, que no trate de deslumbrar con un programa pompóso para cuando sea poder. Aquéllo es Jáuja. ¡Cuánta felicidad por todas partes! ¡cuántas libertades, bien entendidas, por supuesto! ¡cuánta moralidad en la administración! ¡cuántos recursos para rebajar esa plaga de contribuciones (que ellos mismos pusieron) y que chupan hasta la sangre! ¡cuánta protección á la agricultura, á la industria y al

comercio! ¡cuánta música celestial, en fin, eternamente oida y eternamente renovada, para alcanzar el hermoso turrón del presupuesto y empuñar el látigo que ha de descargarse sobre las espaldas de la nación!

¿Y luego?... Vamos... luego, cualquier cosa. Libertades licenciosas ó libertades cercenadas, inmoralidad la misma, contribuciones *en crescendo*, empréstitos ruinosos, protección á los judios dueños de las vias férreas, halagos al Banco, y en cuanto á la agricultura que la parta un rayo, y á la industria y al comercio que se los lleve Pateta.

Y no recordemos actos puramente políticos, como aquella predicación de la República federal para ametrallarla después ni hagamos alto en otra porción de cosas del mismo jaez, porque seria el cuento de nunca acabar, y ya sabemos que, desacreditada la política, no gusta hoy nada más que á los tontos y á los ambiciosos.

Resultado de todo; que del dicho al hecho... hay muchas leguas de mal camino.

Aquí podria terminar esta série de ligeras consideraciones, si no reservara para el último puesto un ejemplo vivo, como que se trata de una persona de carne y hueso, que se nutre y respira, y que, como cada *quisque*, pagará su tributo, cuando Dios lo disponga, á la mortal naturaleza.

Es un vecino mio, como de cincuenta años, alto y seco como una espada, amarillo y con unos ojos que parecen más grandes de lo que son, gracias á los cristales de aumento de unas gafas que siempre lleva montadas en la protuberancia de su nariz.

Hace muchos años lo conocí en un café, donde ambos tomábamos á diario una taza de moka y caracolillo, junto á una mesita de mármol, al rededor de la cual se citaban otros amigos, ansiosos de charlar un rato y entretener así las primeras horas de la tarde.

Casi siempre llevaba la voz cantante mi vecino: tenia pujos de orador, y como leia periódicos y folletos y era

muy aficionado á discusiones, habia conseguido poseer á falta de conocimientos sólidos y de caudal en metálico, un caudal no pequeño de lugares comunes y frases y giros que sabia barajar con algún ingénio, con todo lo cual se las gobernaba muy bien y solia á menudo tener embobados á sus oyentes.

Rara vez hablaba de otra cosa que de politica, y era tan avanzado, que desplegaba ideas rayanas en el socialismo, y aceptaba la forma de la federación, como punto más factible para seguir después al bello *dessideratum* de la igualdad social absoluta.

Inútil es decir que era anticatólico, y á más de eso clerófobo de los más intencionados, pues la soga va siempre tras el caldero y no se comprenden unos pensamientos sin el complemento de los otros. Por añadidura era intransigente con todas las ideas políticas y religiosas, desplegando un fanatismo que podia confundirse con la hidrofóbia, y demostraba un corazón de tigre siempre que se trataba de los burgueses.

Cuando se ocupaba del pueblo desamparado; cuando fijaba sus consideraciones en los obreros, aquéllo era el *acabóse* de la justicia y de la razón. ¡Cuántos lamentos se le escapaban! ¡cuantas ternezas se le venian á la boca! Era un pequeño Jeremias, llorando sobre la suerte de los trabajadores. ¡Oh, si él hubiera tenido dinero! ¡cuántas necesidades habria remediado! ¡cuántas familias indigentes se hubieran visto socorridas por su bolsillo! Pero era pobre, y tenia que sucumbir, sin poder demostrar los sentimientos de su corazón.

Se le llenaban los ojos de agua cada vez que leia en los periódicos que la familia tal, habitante en la calle de... y compuesta de un matrimonio con tantos hijos, se hallaba en la mayor miseria, por estar postrado el padre á cáusa de una grave entermedad, por lo que se imploraba la caridad del público. Entonces tronaba contra los ricos, contra la sociedad empedernida que dejaba morir de hambre á séres desvalidos, y decia que en vez de acu-

dir á una peticíón de socorros, se debia proceder á la expropiación de bienes de los primeros capitalistas, para llevar allí nó el consuelo sino la justicia, nó la dádi- generosa ó la limosna que envilece, sino la propiedad que de derecho correspondia á aquellos séres infortunados y que se la habia rebatado la sociedad.

Y acabada la perorata, mi exaltado vecino cogia la taza de café y se la sorbia de un trago, sepultándola entre pecho y espalda como si tal cosa. Después encendia un puro.

Por aquella época marché á Madrid á continuar mis estúdios, y á mi regreso ví con asombro que mi vecinito habia cambiado la modesta tertulia del café por la distinguida del Casino. Entonces no faltó quien me enterara de una cosa que jamás me hubiera atrevido á creer: mi vecino era conservador y odiaba á la democracia.

¿Cuál era la cáusa que habia hecho adoptar al exaltado republicano semi socialista una actitud tan radicalmente opuesta á la que manifestó públicamente por tanto tiempo?

El dinero, el pícaro dinero.

Un tío viudo y sin hijos que tenia en América, cansado de la vida, se fué al otro mundo, dejando á su sobrino unos ochenta mil duritos, limpios de polvo y paja, que cayeron, como el maná, en la gabeta hambienta del pobre, convirtiéndole de pronto en un señor capaz de codearse con los condes y marqueses que arrastraban coche por esas calles de Dios.

¿Cómo con tan bonito caudal, suficiente y más que suficiente para un solterón, sin otras obligaciones que las de su persona y las de algunos retoños extraviados, restos de sus pasadas ligerezas é inmoralidades, habia de sentarse al lado del humilde obrero, rozando el gabán con la blusa, igualándose en todo con la escória que hiede, cuando el oro, el hermoso metal que constituye hoy una palanca superior á la de Arquímedes, despide aromas aun más fragantes que las de las mismas flores?

Habia que seguir el ejemplo de los descamisados del año treinta y cinco, que, así que se redondearon con los bienes de la Iglesia, concluyeron de gritar desaforados y se ampararon del pabellón de las clases conservadoras, para formar un partido que contrabalanceara el empuje de las desarrapadas turbas que seguian las desplegadas banderas de la libertad.

Pero lo más chocante es, que mi vecino, al cambiar de ideas políticas, habia modificado también sus ideas religiosas. No se hizo católico del todo, sino á medias, que es mucho peor que no serlo por completo, y seguia odiando á los curas y hablando mal de la confesión, y dudaba de algunos dogmas, por no poder explicárselos á su modo; pero iba á misa y oia algun sermón, no desaprovechando las ocasiones que se le presentaban para decir con mucho énfasis y ahuecando la voz que el Evangelio es un gran libro, digno del mayor respeto y admiración, y que para ser bueno, es preciso que el hombre sea moral en todos sus actos.

¡Vaya una ensalada capuchina que armaba mi vecino!

Para concluir diré, que cuando las manifestaciones de Mayo, en cuyo mes señalan los obreros su fiesta civil, mi vecino, aquel antiguo demócrata de tendencias socialistas, dedicaba á las noticias una sonrisa de compasión; y si alguien se atrevia á defender á las masas populares, él contestaba con soberana indignación diciendo que aquéllo se debia deshacer á cañonazo limpio, porque el pueblo es un tigre que despedazaria á todos los hombres si le soltaran el bozal.

¿Y en cuanto á obras de caridad? preguntará el lector, deseoso de saber si las lleva á cabo ahora que ya dispone de dinero.

Me consta que no ha hecho ninguna: se niega á toda clase de peticiones que se le hacen, pretextando mil excusas y subterfugios, y no socorre ninguna necesidad privada, por grande y dolorosa que sea. Unicamente uando se trata de una suscripción pública que pone en

evidencia ciertos nombres, entonces suele dar unas cuantas pesetas, por vanidad, y hasta se mueve y se agita para que vean los antiguos y los nuevos amigos que su corazón está lleno de sentimientos nobilísimos.

Conque ya ves, lector de mi alma, si yo tengo razón al asegurar que entre los propósitos de obrar y la realidad de ciertos actos suele haber una distancia inmensa, suficiente á veces para que los deseos no se cumplan, ó por lo menos para que resulten desvirtuados en su totalidad ó en una gran parte.

Por eso, la experiencia de los años, que ha encerrado en frases breves grandes conceptos de muy práctica filosofía, ha dicho con muchísimo acierto y sobrada oportunidad, antes de que yo imaginara siquiera que habia de poner la pluma sobre el papel, que «del dicho al hecho, hay mucho trecho.»

Fortuna te dé Dios

I

Hay quien dice y asegura con mucha formalidad, que el hombre con buena salud que es desgraciado, no debe á nádie sus desgracias, sino á sí propio.

En ésto, distingo, como dicen los escolásticos. Si el hombre ha recibido de la naturaleza tesoros de esos que no se compran ni se venden, y no los utiliza ó los dispersa, concedo: si hace todo cuanto está en la esfera de sus facultades, y á pesar de ello nada consigue para remediar su desventura, niego.

Lo cierto y positivo es que así como la Tierra tiene una inclinación de no sé cuántos grados y anda torcida con relación á la órbita que describe al rededor del centro solar, de la misma manera todo anda torcido en el mundo. De aquí, que cuando se trata de la desgracia ó de la suerte, responde la sociedad entera con una máxima que la experiencia ha acreditado como una verdad más grande que un templo: «Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber nada te vale.»

En apoyo de este proverbio, hable la mitologia, esa religión figurada que era hija del ardiente deseo que tienen los hombres de personificar hasta las ideas. Pintaban á la diosa de la suerte con los ojos vendados y repartiendo los bienes al mover de una rueda que hacia girar á su capricho y sin rumbo marcado.

Y si nó, dígaseme: ¿por qué siendo todos los hombres iguales por el espíritu y por la materia, unos nacen feos y otros hermosos, unos pobres y otros ricos, unos tontos y otros con talento? Pues esa misma desigualdad relativa indica que nádie se escapa á la diosa de la rueda, y que todos los nacidos caen en el mundo de pié, de cabeza ó de costado, según lo despide el aro giratorio de la Fortuna.

Esto hacia que el pobre Paulino se desesperara durante un año y otro, corriendo tras la inconstante diosa, y trabajando más que un negro bozal en los abrasados campos de la Florida.

Porque habré de decir que Paulino era hombre de muy regulares prendas así fisicas, como metafísicas y aun morales. Se crió en buena cuna, y mientras sus padres vivieron, nada tuvo que padecer, salvo el sarampión cuando niño y unas calenturitas palúdicas á la entrada de la pubertad, pues los buenos de sus progenitores vivian con bastante desahogo y disfrutaban de unas rentitas muy sanas, con las cuales atendian al bienestar de sus vástagos, de los que el mayor era Paulino.

Como manifestaba buenas disposiciones para emprender una carrera que lo *hiciera hombre* el dia de mañana, sus padres lo enviaron al Instituto provincial, y el aplicado joven recolectó para la toma del grado de Bachiller una buena cosecha de *notables* y *sobresalientes* que demostraban lo bien que habia aprovechado el tiempo como igualmente el dinero que habia salido de la paterna gabeta.

Una vez adquirida esta base, hubo consejo de familia

y hasta entró en él, como consiliario, el cura de la parroquia, para ver qué carrerra habia de elegirse para el muchacho, seguros todos de que habria de terminarla con lucimiento. Se pensó primero en la de Medicina; pero á la madre no le gustaba que el hijo tuviera que andar entre granos, nervios y diarreas, y á Paulino tampoco le agradaba una profesión para la que se necesita, en primer término, vocación y un estómago fuerte.

Sin embargo, el padre, como hombre práctico, opinaba que era la más socorrida y la mejor pagada, recordando, entre otros casos que citó, el que le sucedió á un su amigo que recibió una gratificación de dos mil duros en centines isabelinos, sólo por consolar con su presencia á un enfermo que no tenia curación posible. Además, allí estaban los periódicos, y el mismo interesado con maña sabria escribir sueltos en los que se diera todo el bombo que necesitara para charolar su nombre, ponderando el caso y la cosa, y diciendo que debido á su ciencia y á su eficacia se habia salvado D. Fulano ó habia hecho una operación milagrosa con don Mengano, etc., etc.

Pero no hubo remedio: se desechó la carrera de Medicina y lo mismo sucedió con las de Farmacia, Letras, Ciencias y Filosofía, por su poca *salida*. Entonces se pensó en la de Leyes. Era la más brillante y de mayores aplicaciones. Muchos abogados habia; pero en fin, todavia quedaba sitio para más del doble.

Con efecto, Paulino tomó el tren y marchóse á Madrid, trayendo á su casa, en los dos primeros años, seis *sobresalientes* como seis estrellas, lo que hizo que sus conterráneos se fijaran en él y que muchos lo pusieran en los cuernos de la luna. Pero al dar comienzo al tercer año de la facultad, recibió Paulino el primer golpe de la desgracia. Sus cariñosos padres fueron atacados de no sé qué mal, y murieron á los pocos dias, uno en pos del otro.

¡Qué situación para Paulino! Tenia veinte y dos años,

y se quedaba solo en el mundo, pues sus hermanos eran demasiado niños y no podian sustituir en nada á sus cariñosos progenitores. Habia necesidad de repartir entre seis los bienes que en una sola mano habíanles bastado para vivir con cierta holgura, pero que, hechos girones, apenas si serian suficientes para cubrir todas las atenciones. A más de ésto, habia que someter á la aprobación judicial las adjudicaciones, con nombramientos de tutores, curadores y otras zarandajas.

La curia que olió que habia *guita* ¡Maria Santísima! metió la uña y la mano y hasta el brazo, y luego la Hacienda chupó de lo lindo, y el contador particional *heredó* una parte no pequeña. En fin ¡la mar! Resultado de todo: los bienes quedaron muy mermados, y Paulino, cuando pudo, cargó con sus reliquias bajo la autoridad de un curador que ni se curaba de nada ni servia para casos de tal naturaleza.

Por aquel entonces no pudo continuar Paulino sus estúdios, y perdió un año, porque nádie queria adelantarle un céntimo mientras las cosas no quedaran arregladas. Pero después no faltó quien le prestara algunos cuartos al doce y al catorce por ciento con gravamen sobre los bienes, porque hay quien sabe valerse de las ocasiones. Paulino no desperdició el tiempo: reanudó sus estúdios y terminó en breve su carrera, adquiriendo un título con el cual se creyó un hombre completo y capaz de todo.

Inmediatamente púsose bajo la dirección de un buen abogado y comenzó á estudiar la práctica del foro, y cuando ya adquirió seguridad, abrió su despacho, lleno de ilusiones. Pero ¡oh desengaño! pocos, durante tres años, le encargaron una demanda de importancia escasísima, y en cambio le llovian asuntos de pobres y calentamientos de cabeza, sin fruto ni provecho, que desechaban con desdén los letrados de más fama.

Mientras tanto, sus recursos iban á menos: tenia que pagar un rédito inmenso por las fincas hipotecadas, y

gastar para sus necesidades y para presentarse con decoro ante el mundo. Paulino consultó varias noches con su cabecera, y resolvió, al último, marchar á la Córte y presentarse en unas oposiciones que se habian anunciado para Registros de la propiedad.

Como no tenia quien le diera recomendaciones para la gente *gorda* de Madrid, aunque hizo unos brillantes ejercicios que le fueron aprobados, no obtuvo plaza, viéndose postergado á otros que valian menos que él. En cambio volvió á su tierra con aumento de familia, pues el pícaro amor, que lo mismo acomete á los pobres que á los ricos, le habia lanzado sus flechas desde los ojos de una huerfanita, preciosa muchacha de diez y ocho años, más buena que el pan y con algunos recursos para vivir, pues sus padres le habian dejado una rentita de dos mil pesetas, con cuya cantidad nádie se muere de hambre.

Una vez casado Paulino, arregló con la renta de su mujer el estado de sus bienes: vendió la mayor parte de ellos para pagar á los acreedores, y reservó solamente parte de una magnífica finca de campo, para permitirse algunos descansos veraniegos y hacer menos monótona y amarga la vida.

Pero muy en breve se disminuyeron también las rentas de su consorte. El bufete de Paulino siguió dando escasísimas unidades por toda cantidad, y otras nuevas oposiciones en Madrid para la carrera judicial, aprobadas por lo buenas, pero sin plaza por no tener Paulino un padrino de empuje, habian rebajado tanto los recursos de aquella desventurada familia, que el pobre marido creyó volverse loco de dolor.

Para colmo de desdichas, su mujer lo habia hecho ya padre de tres hijos, y como apenas se disponia en la casa de poco más de mil pesetas de renta para toda clase de gastos, la miseria asomaba allí sus afiladas garras, y el bueno de Paulino adquirió de pronto un carácter huraño

y brusco, como si las entrañas se le abrasaran por el fuego de un cáncer devorador.

Entonces dióse á buscar recursos por aquí y por allí, pero nada obtenia. Sus amigos políticos le respondian con buenas palabras pero con malas obras, y ni una maldita credencial pudo conseguir. Sin embargo no se desanimó por eso ni perdió toda clase de esperanzas. Trabajó cuanto pudo durante un año, tomando la política como una profesión, y hasta colaboró en un periódlco, publicando artículos notables que los parciales leian con fruición y los adversarios con miedo. Pero el resultado fué el mismo: no le chocó á D. X ni á D. Z., amigos de adulación y de incienso, y Paulino fué desahuciado de nuevo cuando volvió á solicitar un apoyo ó un destino.

En vista de tantos desastres, Paulino levantó anclas, es decir, vendió sus muebles, su despacho y hasta sus libros, y marchóse al campo para dedicarse á la agricultura, y ver si de este modo lograba espantar parte de la miseria que le acometia despiadadamente.

II

Un año hacia que Paulino vivia en los restos de aquella hermosa granja que habia sido en otro tiempo el encanto de sus padres. Su salud se habia repuesto un tanto, y sus hijos jugueteaban alegres entre las arboledas umbrosas de aquellos accidentados parajes. Habia dado un adiós al mundo del que sólo recogiera desengaños, y se habia entregado en alma y cuerpo al trabajo que honra, y con el cual, ayudado á la vez de Dios, se resignaba á pasar el resto de sus dias, dirigiendo las operaciones agrícolas y hasta practicando algunas de las que estaban más en consonancia con sus fuerzas materiales, no ejercitadas por los largos años de estúdio.

De este modo logró ciertos recursos pequeños que unió á la escasa renta que le habia quedado de su mujer,

y como por otra parte no tenia exigencias sociales que satisfacer ni los medios de vida eran allí tan costosos como en la población, era menor la estrechez que sufria y sus angústias habian disminuido en una mitad.

Pero seguia devanándose los sesos, pensando contínuamente en mayores y mejores medios de vida, con arreglo á sus aptitudes y á su educación, estando siempre alerta como vigía que tiene grandes deberes que cumplir y sagrados derechos que defender. Le espantaba el porvenir que aguardaba á sus hijos, tan agenos entonces á las falsedades de la sociedad, y miraba con tristeza á su esposa, á la que también habia herido involuntariamente, al atentar á su rentita, herencia de otros padres cariñosos, que jamás hubieran imaginado ver á su querida hija tan maltratada por la suerte.

Un dia del mes de Julio, Paulino, rendido de fatiga. y de calor, retiróse á descansar á una habitación situada en lo más interior de su modesta casita. Tendió en el duro suelo un colchón, y á poco de reclinar en la almoada su cabeza, quedóse profundamente dormido.

Soñó... como sueña siempre el que tiene el espíritu lleno de ansiedad, y soñó lo mismo que contínuamente le aguijoneaba cuando estaba despierto. Creyó, en el marasmo de esas nieblas que embargan nuestras facultades cuando estamos bajo el influjo de una pesadilla, que se hallaba en un departamento mezquino, igual al que ocupaba entonces, tendido también sobre el mismo enlosado, y que éste poco á poco se hundia, pero sin estrépito, como si fuera una masa movible sostenida por muelles ocultos.

Después aparecia un antro lóbrego y húmedo, en el que permaneció largo rato sin ver ni oir nada absolutamente, hasta que al fin, una ténue claridad, brotando del fondo de la cueva, iba por grados aumentando su brillante foco, hasta semejar una luz vivísima como de pequeño sol escondido en las entrañas de la tierra. En el

centro del foco, unas manchas negras giraban caprichosamente hasta formar un círculo, una rueda completa y propia, como las de los carros de la labranza, y la imaginación descubría en el aro de la superficie unas letras que á veces, al combinarse en el vertiginoso movimiento, componian la palabra FELICIDAD.

Paulino sentía que se le inflamaba el cerebro y el corazón, y tales fueron las sacudidas nerviosas que recibió en todos sus miembros, que despertóse al fin. Pero en vez de luz, sólo vió tinieblas que le rodeaban. La colcha de su lecho estaba allí, aunque revuelta, y las almoadas un poco caidas, pero sosteniendo su cabeza. Lo que sí le llamó la atención grandemente fué un olor acre y húmedo, como de sótano sin ventilación, que le hirió repentinamente el olfato.

Palpó su cuerpo y lo encontró sin dolor, aunque notó que unos escombros lo cubrian por algunos puntos. Quiso extender los brazos, y tropezó con una masa de tierra. No habia duda, se habia hundido; pero ¿cómo? Se habia hundido en realidad, como en el hermoso sueño que acababa de tener; mas ya que, gracias al cielo, no habia sufrido lesión alguna ni quebranto en su humanidad, no habia por qué alarmar á su esposa llamándola á gritos, sino que él procuraría salir como Dios le diera á entender.

Incorporóse entonces, haciendo grandes esfuerzos, por la premiosidad de la cueva que le impedia moverse con libertad: pero al apoyar su mano derecha contra el suelo, notó que un cuerpo duro y frio se encajaba allí, lo cual excitó poderosamente su curiosidad.

Sin detenerse un instante, saltó á la habitaeión, de la cual sólo habia descendido como cosa de un metro, y acto contínuo abrió la ventana que daba al campo. Un rayo de luz, tan vivo como los que habia visto entre sueños, penetró alumbrando la hendidura que el derrumbamiento habia producido. Con efecto, allí en el fondo y como á la derecha del mismo, un cuerpo re-

dondo, negruzco y de gran tamaño dejaba verse casi en una mitad.

Paulino recordó la rueda y la palabra que se destacaba en su aro, y, con el corazón palpitante, cogió una palanqueta que habia en un ángulo de la habitaeión, y comenzó á socavar la tierra que habia al rededor del extraño cuerpo, Poco después apareció éste, descubierto del todo, mostrando ser una especie de olla de hierro de gran tamaño, y al verla Paulino, sintió tal estremecimiento, que hubiera venido al suelo á no haberse apoyado en la pareded.

Cuando se repuso un tanto, bajó al fondo de la cueva y trató de mover aquella enorme bola de metal; pero fué inútil: la masa negruzca ofrecia la resistencia de un bloque inmenso, y era imposible sacarla de aquel sitio con sus solas fuerzas. Entonces se limitó á investigar su fondo. Tomó un cuchillo, y después de buscar hendiduras por aquí y allí, logró al fin hacer saltar la cubierta, y el contenido se presentó de pronto, radiante y magnífico como el pequeño sol que habia visto brotar de las entrañas de la tierra.

Era aquello un mar de onzas de oro, un tanto ennegrecidas y manchadas algunas por la humedad, pero onzas hermosas, con su busto y su escudo, con sus letras visibles, con todos los atractivos, en una palabra, que tienen esas raras monedas, símbolo de la antigua riqueza de España.

¡Demonio de Fortuna, y qué cosas tan estupendas reserva á los míseros mortales, cuando ella quiere lucirse!

Y para que no se crea que todo es invención de la fantasia, y que no hay por qué recurrir al *Deus ex machina*, diré que aquellas onzas no habian brotado allí por la varilla mágica de ningún encantador, sino que habian sido enterradas por el abuelo de Paulino, en que se vió perseguido, cuando las revueltas de los años 20 y 23, en que realistas y liberales se destrozaban por ver quien hacia más feliz á la nación, sembrando la ci-

zaña de la política, que habia de ser con el tiempo el verdugo de la pátria.

Recordó entonces Paulino haber oido referir á su padre algo de aquella ocultación, aunque siempre ignoró el sitio, por haber muerto el abuelo repentinamente, á consecuencia de una apoplegia fulminante.

La cáusa del hundimiento se explica fácilmente, teniendo en cuenta que aquel suelo estaba surcado de largas minas hechas por los conejos, animales que no se cansan de ahondar para hacer sus madrigueras. Las aguas de las llúvias, filtrándose por tales surcos habian socavado lentamente la parte firme, y cuando el peso se hizo superior á la resistencia, cedió á cualquier movimiento de Paulino el suelo de la habitación, para bien y gloria de aquel pobre que tanto necesitaba de la buena suerte.

Ocioso parece decir que la alegria de Paulino y de su esposa fué inmensa; pero sí añadiré que, como buenos cristianos, lo primero que hicieron fué celebrar una solemne función en honra de la Virgen, en la ermita de aquel partido, y después mandar á decir cien misas en sufragio de las almas de sus padres y abuelos. También Paulino, como hombre de conciencia, separó una buena cantidad para comprar unas finquitas en cabeza de sus cinco hermanos, pues moralmente tenian derecho á la participación de aquel tesoro.

III

Con unas cinco mil onzas de oro contante y sonante que quedaron para Paulino ¿quién le tosía ya? ¿Seguiria suplicando á los empedernidos señorones de la política ó se entregaria á disfrutar toda clase de placeres de que habia carecido durante tanto tiempo?

Nada de eso: como no era ambicioso y tenia un gran fondo de bondad, trató únicamente de asegurar su por-

venir y el de sus hijos, y reponer la hijuela de su esposa. Recuperó el total de la granja, pagándola á mejor precio que la habia vendido, porque entonces no era soga de ahorcado lo que se compraba, y se retiró á la población para vivir con las mayores comodidades posibles, procurando crearse pocas necesidades, teniendo presente que el valor del dinero es relativo y que no es más rico el que tiene más sino el que necesita menos.

Mas á pesar de su modestia y del deseo de vivir retirado, no pudo sustraerse al influjo que le daba su nueva posición. Habia corrido la voz del hallazgo de un tesoro, y de lengua en lengua la noticia habia salido tan desfigurada, que se daba por cierto haber tropezado con un arcón lleno de oro y diamantes que se evaluaria en unos tres millones de pesetas. Calcúlese en esta tierra, donde tanto culto se tributa al becerro de oro, si la cosa no seria para ver en Paulino un semi-dios ó un poquito menos.

Personas que dos años antes lo miraban por encima del hombro, levantaban sus sombreros para saludarle. Alguien que le habia hablado con desdén cuando oia la relación de sus apuros, le estrechaba la mano ahora cariñosamente y le sonreia al dirigirle la palabra. Hasta no faltaron políticos de diferentes bandos que lo visitaron, animándole para que volviera á la vida pública, y brindándole con altos puestos de esos que sólo se dan á las personas de distinción. Pero Paulino contestaba con evasivas, sin negar y sin conceder nada, dejando venir las cosas para coacluir de conocer á los hombres y la falsedad de que se revisten.

Como era amigo de trabajar y sólo pensaba en el bienestar de sus hijos, para que no se vieran algún dia tan perseguidos por la desgracia, abrió por tercera vez su bufete de abogado.

¡Qué bombo tan estupendo le dieron los periódicos al publicar la noticia! ¡Cuánto de notable jurisconsulto! ¡cuánto de distinguido hombre público y de insigne

abogado! Hasta no faltó quien recordara que Paulino habia escrito artículos en cierta ocasión, y le llamó eminente literato é ilustrado publicista. En fin, que aquella vez, por lo de á las tres va la vencida, el bufete cuajó, y allí era de ver cómo acudian clientes y más clientes con negocios y consultas, dajándole muy buenos pesos duros que le acabaron de redondear.

Siguió Paulino con sus deseos de no figurar en nada; pero no así su mujer que, aunque muy bondadosa, recordaba con amargura los desáires de que habia sido objeto por parte de otras señoras, cuando la suerte le tenia vuelta la espalda, y aguijoneada un tanto por la vanidad, tan disculpable en el sexo femenino y más disculpable aún en aquellos momentos especiales, logró con sus ruegos y halagos que el marido saliera de sus casillas, abandonando su retraimiento y decidiéndose por fin á abordar la politica. Queria que figurara por figurar ella, humillada tantas veces, por ser, por valer, no por el oro sino por ella misma, como esposa de un hombre que en pocos meses se habia hecho verdaderamente notable.

Accedió Paulino á aquellos deseos, justificados hasta cierto punto, porque aborrecia de todo corazón á la política, que era ya un merendero de vividores y que no le habia traido nada más que desengaños crueles, y tomó plaza, no de soldado raso, sino de general de división, en su antiguo partido, á lo que le daba derecho su nueva y envidiable posición.

Excogió éste y no otro, no sólo por toser fuerte delante de algunos soberbios que antes lo habian desdeñado sin rebozo alguno, sino por no dar motivo para que alguien tratara de molestarle sacando á relucir su antigua casaca.

A las primeras de cambio, ésto es, en las primeras elecciones, Paulino fué á parar á la presidencia de la Diputación provincial, y luego quedó entre cortinas como uno de los directores del tinglado público. Más adelante lo eligieron Diputado á Córtes, y aunque el hombre

no perdió de vista su bufete, por habérsele convertido en una buena finca, se alegró de tan distinguido nombramiento como representante de la nación, por hacerse en Madrid de relaciones de importancia que queria cultivar para fines ulteriores.

Ya dije que habia procurado crearse pocas necesidades, no por tacañeria sino por un prudente cálculo que tenia su justificación. Pues bien: con la base de sus cinco mil onzas, con los ahorros de sus rentas que habia ido siempre y de una manera incesante acumulando al capital, y con lo que el despacho le produjo, á los seis años tenia en efectivo unos cinco milloncejos de reales que el vulgo hacia subir á una cantidad fabulosa, figurando en la población como uno de los capitalistas más acaudalados.

Entonces se permitió ciertos desahogos y algún lujo especialmente en lo que se referia á su mujer y á sus hijos, porque juzgó que ya iban teniendo razón de ser tales expansiones. El peligro de empobrecer habia quedado reducido á lo posible nada más pero no á lo probable, y la vida se desarrollaba sonriente ante sus ojos, trayéndole satisfacciones inmensas, tan grandes á veces como las amarguras que habia devorado desde la terminación de su carrera hasta la feliz caida en el hoyo de su casa de campo.

Para colmo de honores y de halagos de la suerte, un dia se vió sorprendido con la noticia de haber sido agraciado por S. M. con la Gran Cruz de la Real y distinguida orden de Isabel la Católica, libre de gastos, y aquella noche los amigos políticos obsequiaron con una serenata al que desde entonces habia de llamarse el Excelentísimo Sr. D. Paulino Fonseca.

¿Creerá tal vez el lector que Paulino perdería su modestia y se desvaneceria por esos halagos de la Fortuna? Pues nó señor: en cuanto vió una ocasión favorable, se retiró á la vida privada, porque conoció que ya no podia ser más de lo que era, y que tal vez habria de gastarse

CONSEJERIA DE EDUCAC BIBLIOTECA RE MU

de un dia á otro, si persistía en la política activa porque nada hay estable en la vida, y queria conservar íntegra su influencia y su importancia. Cerró también el bufete, porque ya no necesitaba de tal apoyo, y se dedicó por completo á la ilustración de sus hijos, á quienes queria hacer morales en primer término, sin descuidar tampoco á sus hermanos á los que igualmente habia protegido durante su nombramiento.

Hoy sigue más respetado que nunca. Sus virtudes son proverbiales, y aunque hace las cosas sin aparato y sin llamar la atención, socorre muchas necesidades privadas, teniendo en su casa una lista de pobres, los cuales bendicen sin cesar la mano generosa de Paulino.

Cnando algún joven de talento, pero de escasos recursos, necesita un apoyo de dinero ó de influencias, no es el Excmo. Sr. D. Paulino Fonseca el último en favorecerle. Allí están dispuestas sus cartas sin finjimiento y escritas con todo el interés que el caso requiere para los personajes de la Córte, ó su donativo para facilitar el desarrollo de una aptitud que merezca ser atendida por algún concepto. Recuerda entonces sus pasadas angústias, y aquellos dolores que desgarraron su corazón, y cree que Dios le ha dado los bienes que disfruta para enjugar las lágrimas de sus semejantes ó para que nádie se vea falto de protección, como él se habia visto en medio de las turbulencias de la vida.

¡Qué conducta tan merecedora de aplausos, y qué ejemplo tan digno de ser imitado por tantas personas que derrochan sus tesoros en frivolidades y vagatelas, sin cuidarse de las angústias y miserias del prójimo, tanto más sensibles en ocasiones cuánto más ocultas ó más disimuladas!

Pero ahora voy yo á cuentas.

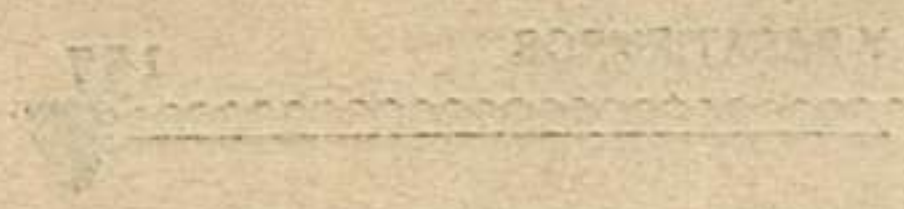
Por lo que he referido, que es muy cierto, se vé, caro leetor, que Paulino, teniendo los mismos grados de talento é ilustración al principio que al final de su carrera, ó lo que es lo mismo, siendo igual su persona, en con-

diciones naturales, antes y después de su encumbramiento, nada valió ni significó hasta que tuvo bien repleto de dinero su bolsillo, esto es, hasta que á la suerte le pareció bien sacarlo á flote, debiendo á la caprichosa rueda de la diosa vendada todo el bien que disfrutó y que sigue disfrutando.

Consecuencia lógica, que podemos deducir de las premisas sentadas anteriormente:

Luego nádie es culpable de ciertas desgracias con que se ve acometido.

Luego es una verdad, de evidencia reconocida, aquel refrán que dice: «Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber nada te vale.»



El Padre Bodegas

Llamábase así, porque tal era el apellido paterno que se unió á su nombre de pila, y en verdad que habia una perfecta concordancia entre el apelativo y la persona.

Rara vez sucede ésto. La naturaleza suele burlarse á menudo de los hombres, y cuando ve que han de llevar un apellido que denote cualidad, parece que se complace en formar una antítesis, con lo que ella goza también cual si fuera de carne y hueso como los mortales.

Yo conozco á un Rúbio que puede confundirse con los hijos de la Núbia, á un Récio que es más endeble que una arista, á un Cuadrado que es más redondo que bola de billar, á un Redonde que tiene á cada momento unas agudezas que pasman, á un Moreno más blanco que la misma nieve, á un Marqués que pide limosna, á un Pequeño que parece un elefante, y así por el estilo podria ir citando una letania de indivíduos que no concuerdan con el distintivo de familia, que es como generalmente se dan á conocer en la sociedad.

Pero el P. Bodegas era un verdadero tonel por su figura, y una bodega por el tinto que trasegaba. Conocia prácticamense todos los vinos famosos, y era tal su autoridod en la materia, que hasta se le consultaba en los casos graves, y eso que no poseia ni una cepa de viña ni habia tratado nunca con los grandes cosecheros.

Era fraile de San Gerónimo, en la época aquella en que habia un convento á cada paso, cuando no existia familia alguna que no tuviera en las comunidades religiosas un profeso, un lego ó un novicio por lo menos.

Como entonces la gente no tenia periódicos que leer ni se ocupaba de eso de elegir Diputados á Córtes, ni sabia si habian de venir, andando el tiempo, partidos políticos que partirian como han partido á España por el eje, el pasto de que se alimentaba la imaginación era bien frugal, y se reducia, aparte de lo que pasaba en la casa del vecino, á averiguar las vidas y milagros de los fráiles y á referir casos y cosas de aquellos varones orondos y mofletudos que se *rapaban* una vida envidiabilísima.

¿Qué de particular tendría, pues, que también supiera el vulgo quién era el P. Bodegas y lo que pensaba y lo que hacía, si tampoco el reverendo se cuidaba de esconder sus aficiones, sino que por el contrario hacía alarde de ellas y se sorbia los azumbres de mosto lo mismo que si fueran pequeños tragos de agua?

Pero lo grande del caso es que el P. Bodegas era un teologazo de punta, razón por la cual cuando el prior le amonestaba por su excesivo afán á las bebidas alcohólicas, lo hacía con cierta suavidad, lo que no hubiera acontecido con cualquier otro Padre de aquellos que creian á puño cerrado en brujas y duendes y que el sol y la luna se habian formado exclusivamente para alumbrar á la tierra. Cuando el P. Bodegas recibia alguna suave reprensión, siempre tenia á mano algún axioma latino ó griego para defenderse, y si no encontraba texto alguno lo improvisaba, y atribuia á Moisés y á cualquier Profeta ó Apóstol una sarta de disparates que dejaban al prior admirado por aquel pozo de ciencia.

Item más: el P. Bodegas predicaba con una elocuencia pasmosa y contaba unos *sucesos* que maravillaban: bien es verdad que cuando habia empinado el codo más de lo conveniente, se le iba el *santo* al cielo, y entonces no

tenia piés ni cabeza lo que salia de aquel cerebro volcánico, trastornado por los vapores que le subian desde el estómago al cerebro en completa fermentación.

Ultimamente, cuando el buen P. Bodegas, á fuerza de romper tantos púlpitos habia llegado á adquirir cierta familiaridad con los santos y demasiada confianza con los fieles, nunca dejaba de contar algún chascarrillo desde lo alto de la cátedra, por lo que sus sermones iban degenerando en sainetes. Claro, la gente iba á oirle, no por aprender sino por gozar, y se llenaban los templos por el espectáculo gratuito que allí se proporcionaba á los que no tenian otro sitio mejor donde pasar á gusto el tiempo.

Ya el prior dejó de ser suave en sus amonestaciones y le reprendia con alguna entereza, y hasta llegó á amenazar al P. Bodegas con recogerle las licencias de predicar y quejarse al Obispo para que á la vez le retirara las de decir misa. Esta amenaza, proferida con cierta solemnidad, impuso un tanto al P. Bodegas y juró enmendarse en lo sucesivo, ésto es, en lo que se referia á la parte de predicar, que en cuanto á la de beber, *nequacuam*, primero lo harian pedazos que dejar de sorberse una botella de un tirón ó de paladear allá en su celda unas cuantas copitas de aquel añejo amontillado, que era capaz de resucitar un muerto, como él decia, ó de alegrar el corazón más triste.

Pero ya era tarde para conseguir los resultados que se propuso. No contaba chascarrillos en el púlpito ni se abandonaba para que salieran incoherencias de su boca; pero tampoco conseguia mover los ánimos ni hacer derramar lágrimas como en la primera época de su predicación. Hasta habia apelado á lo de sacar el Cristo que tanto hacia temblar á las gentes, pues sabido es que cuando los de abajo veian el crucifijo en las manos del predicador, caian de rodillas y se golpeaban el pecho y prorrumpian en lamentaciones.

Nada, nada, todo inútil: los fieles fingian ver tras aque-

Has palabras vehementes, tras aquel sentimiento desbordado, una botella colosal de encarnado líquido que se empinaba hasta la boca del reverendo, derramándose luego en caños de espuma, y no se afectaba por el tono compungido ni por la elocuencia del orador. El crédito del P. Bodegas se habia perdido para siempre, y aun cuando todos reconocian en él mucho talento y exceso de ciencia teológica, decian en su interior lo mismo que ahora cuando alguien usa de palabras que no concuerdan con su conducta: «Eres turco y no te creo.»

Esto acabó de excitar el amor propio del P. Bodegas, que puso formal empeño en recuperar su fama y hacer llorar á la gente.

Un año llevaba de predicar con buenas formas sin haber conseguido sus deseos, cuando se le ocurrió proponer al prior unos ejercicios espirituales, de noche, en una iglesia situada en el extremo de la ciudad y donde existia la hermosa imagen de un Cristo á la que se atribuian milagros muy portentosos. Aceptó el prior la idea, y cuando la cuaresma mediaba, dióse comienzo á los ejercicios, después de haberlos anunciado con toda la posible ostentación.

Llegó la primera noche. El templo, espacioso y de elegante construcción, se hallaba adornado con negras colgaduras que cubrian sus paredes: sobre el altar Mayor, también cubierto por enlutada cortina, se alzaba un crucifijo de primorosa talla, alumbrada por seis cirios amarillentos, únicas luces que iluminaban el recinto, pareciendo éste el seno de una tumba, como si una impenetrable sombra lo envolviera.

Cuando las campanas cesaron en su convocatoria, el templo ya estaba embutido de fieles, ansiosos de oir la santa palabra. Comenzaron las ceremonias y rezos, y á poco un fraile, cuyas facciones no podian distinguirse por la obcuridad, ocupó la sagrada cátedra y dejó oir su voz sonora y vibrante. Era el P. Bodegas. La gente sufrió un desencanto, y aunque lo escuchaba con profunda

atención, no se oyó un lamento ni un suspiro, ni aun entre el batallón de beatas que ocupaba el centro de la nave principal.

Esto disgustó al P. Bodegas; pero no perdió sus esperanzas ni sus brios, sino que á la noche siguiente espetó un sermonazo de primera, y pintó un cuadro del infierno que en otra ocasión hubiera puesto los cabellos de punta, si bien desgraciadamente entonces no produjo ningún efecto.

Tal desastre no podia avenirse en manera alguna con el orgullo del reverendo que se habia propuesto recuperar su gloria ó morir en la demanda, y que hasta habria sido capaz de renunciar á la mejor y más grande de sus aficiones, si de tal modo le hubiera sido fácil conseguir un triunfo.

—Nada;—dijo bajando su cabeza y paseando por su celda, cuando hubo terminado su segundo sermón;—definitivamente he perdido mi fama; pero he de recuperarla mañana noche, ó no pruebo un trago más en lo que me resta de vida.

Y fatigado y sudoroso, sentóse frente á su mesa de estúdio, con el codo en el récio tablero de nogal y la frente apoyada en la palma de la mano. Así permaneció algunos minutos, y al cabo de ellos, levantóse con el rostro radiante de alegria.

—Eureka,—dijo dándose una palmada en la frente:—no ha hecho efecto el aparato de la iglesia: pués bien, mañana noche temblará esa gente descreida.

Con efecto, al dia siguiente llamó á un monaguillo que tenia fama de listo, y provisto de un enorme bulto, subieron ambos al tejado de la iglesia, sin ser vistos de nádie, cuando ya empezaba á obscurecer. Allí hablaron en voz tan baja que ni aun el áire pudo enterarse de lo que dijeron; pero algo importante seria, cuando el Padre Bodegas bajó solo, y allá arriba se quedó el monaguillo con terminantes y bien aprendidas instrucciones.

Llegado el momento, el P. Bodegas exhibióse en el púlpito como en las noches precedentes.

¡Qué elocuencia desplegó desde las primeras frases! Parecia su palabra un contínuo gemido, un lamento del alma dolorida, y se quejaba del endurecimiento de los corazones humanos que no se conmueven ante la justicia de Dios, cuando el Autor del universo, como dueño absoluto de sus obras, puede destruirlas en un momento, si así le place. También se quejaba de la frialdad de los fieles que asistian á aquellos ejercicios, y decia que los halagos del mundo los tenian dominados hasta el punto de no haberles permitido, por pura vanidad, hacer ninguna demostración que indicara su arrepentimiento.

Cuando llegó á esta parte del discurso, los apóstrofes se le atropellaban en los lábios, y entonces, alzando la cabeza, con los brazos en cruz y con voz descomunal que parecia arrancar pedazos de sus pulmones, exclamó:

—Señor, Señor, mostrad vuestro gran poder, si es que os dignais escuchar á esta pobre criatura que repite, como un eco, vuestra divina palabra. Señor, Señor, mostrad un rayo de vuestra cólera celestial á estas gentes que oyen con indiferencia lo que en vuestro santo nombre les predico. Señor, Señor, de la misma manera que redujísteis á ceniza las ciudades de Pentápolis por desoir vuestros mandatos, haced que en este instante descienda de esas bóvedas en llúvia de fuego la ira de vuestro corazón.

Aún no habian expirado en el espacio estas palabras, cuando unas extrañas luces se dejaron ver en lo alto de la nave central, y comenzaron á descender remolinos de llamas abrasadoras que difundieron el terror hasta en los ángulos más distantes.

Un alarido inmenso resonó en la iglesia, y las llamas descendian cada vez más espesas y más grandes, si bien se consumian antes de tocar en el suelo. Pero este detalle no era observado por ningún circunstante, pues todos los que en la iglesia se encontraban, creyendo que Dios

en persona se habia encaramado sobre las tejas del edificio, para disparar desde allí dardos abrasadores, lloraban y gemian y exhalaban gritos de dolor, mientras el P. Bodegas, despachándose á su placer y dominando el tumulto como el trueno domina el ruido de la tempestad, exclamaba incesantemente:

—Señor, Señor, arrojad fuego del cielo.

Como el lector habrá supuesto, el pícaro monaguillo, desde lo alto del tejado, iba encendiendo estopitas que introducia por unos agujeros, que apenas eran visibles desde abajo en pleno dia y que entonces no podian ser vistos en manera alguna á cáusa de la obscuridad; y cada vez que el P. Bodegas repetia su iracunda solicitud, el travieso muchacho metia por cada abertura un girón del extraño combustible, poniendo indecible espanto en las desprevenidas gentes, que no esperaban ver tan de cerca el castigo de su descreimiento.

Las beatas se atropellaban unas con otras, suplicando y pidiendo piedad, y los hombres, cediendo al instinto de conservación, cuando vieron que la llúvia de fuego se prolongaba demasiado, comenzaron en tropel á abandonar el templo, destrozándose al atravesar la premiosa puerta, por salir pronto, y lanzando palabras que tenian tanto de súplicas como de maldiciones.

El cuadro era horroroso, y acaso la prolongación de tal escena habria terminado de un modo dramático, si en una de las peticiones que con tanto pulmón hacia el reverendo, no hubiera sonado como un agudo clarín la voz del monaguillo, diciendo con la boca asomada á uno de los agujeros:

—No pida su merced más, que se me ha acabado la estopa.

La transición no pudo ser más rápida y brusca. La gente se rehizo instantáneamente al sonido de aquel acento; pero el P. Bodegas ya habia tomado la delantera, y rápido como una exhalación, á pesar de su obesidad tremenda, abandonó el púlpito, aprovechándose del tumul-

to y de la obscuridad, y se dió á correr en dirección de su convento, convencido ya del todo de que, cuando se pierde la fama por culpa de uno mismo, es imposible volver á tenerla, porque una cosa no nace dos veces ni los rios retroceden en su curso.

El prior se enteró de lo ocurrido y dió parte al prelado. En vista de tan grave escándalo, el jefe de la diócesi llamó al P. Bodegas, y después de una reprensión sumamente ágria, le impuso un castigo tan severo, que el ilustre bebedor se vió acometido al poco tiempo de una hipocondría, y en breve dió con su cuerpo en el sepulcro, con sentimiento de los cosecheros de vino y casi con alegria del convento de San Gerónimo.

Una historia vulgar

Algunos de esos optimistas bonachones, que todo lo ven de color de rosa porque su modo de ser les hace refractários á toda suerte de amarguras, se imaginan y afirman que estamos en el mejor de los mundos posibles.. Y vaya usted á probarles lo contrario, cuando no sabemos una palabra de lo de tejas arriba, y si alguien ha tenido el atrevimiento de remontarse en un globo, ha sacado en claro mucho menos que lo que el negro del sermón.

La verdad es que casi no les falta razón á los que de tal modo piensan.

Todos los habitantes de este medianillo planeta tienden á pasar la vida de la mejor manera que esté á su alcance, y si logran unos cuantos años de buen vivir, se regodean con la astilla que han conseguido sacar, y se sienten, hasta cierto punto, felices. «Adelante» dice una voz en lo interior de nuestro sér, y nádie se encuentra con voluntad para retroceder y pararse.

No hay persona que no quiera sobresalir por algún concepto. El dinero, el talento, la ilustración, todo alienta y empuja para distinguirse. La soberbia, el orgullo y la vanidad son aguijones que se entremezclan á las anteriores cáusas, y con tales y tantos motivos de excitación, allá van las personas encaramándose unas sobret otras como los gusanos de un queso de Rochefort, despe-

dazándose á veces por alcanzar los primeros puestos, y luchando sin cesar para hacerse visibles en el mundo.

Lo mejor de todo es que cuando alguien alcanza la meta de sus deseos, se hincha como un pavo real, y no hay quien lo resista.

Y si ese alguien no fué nada antes, es decir, si ese alguien fué un pelafustán, un sér invisible por su insignificancia, y la casualidad lo eleva y lo pone, como suele decirse, en candelero, entonces boca abajo todo el mundo, que ya no hay otra cosa que ver que la tal personilla disfrazada de grande.

Conozco á dos señoras que pasaron los primeros años de su vida en medio de las más angustiosas estrecheces, y hoy, elevadas por la casualidad y rodeadas de ciertas comodidades y recursos, están verdaderamente insufribles.

La mayor se llama Carlota, y es fea como una noche de truenos. Es alta y seca, como un retablo gótico donde todo se convierte en puntas. Gasta zapato descotado porque tiene ilusiones acerca de su pié, y cuando con cierto estúdio descubre el arranque de la pierna así como por descuido, asoma por el perfil de la falda una canilla con dos enormes nudos, cual si fuesen nueces colocadas á derecha é izquierda en la base de aquellos sententáculos de su humanidad. Tiene cuarenta años, y es soltera, sin esperanza de marido.

La otra hermana lleva el nombre de Pepita, y es una buena moza en toda la extensión de la palabra. Sus ojos, su boca, su garganta, su color, su talle, sus contornos, su estatura, todo es de primera. Hasta la voz es vibrante y dulce, y sus miradas, arrebatadoras. Tiene veinte y cinco años y es casada, pero no con un joven de buenas prendas sino con un vejestorio que hace más ridícula su persona, ocultando sus canas bajo el engrudo de un cosmético.

Sin embargo, el viejo es rico, muy rico, millonario, que no de otro modo podria comprenderse la unión de

un sátiro carcamal con una ninfa de tal belleza; y debido á eso precisamente la pobre Pepita subió de un brinco más de treinta peldaños de la escala social, y su hermana Carlota, por ende, agarrada á la falda de la favorecida, ascendió también, encontrando cómodas butacas en vez de desvencijadas sillas de anea, camas de muelles en lugar de los duros jergones, y vestidos de seda y camisas de hilo para olvidar las burdas sayas que habia usado en el comienzo de su vida.

Desde que la suerte cambió para las dos hermanas, ni el sultán de Turquia gastó más humos delante de sus vasallos.

Lo primero que hicieron fué modificar su lenguaje, y para ello ni procuraron adquirir conocimientos útiles ni se fijaron en la propiedad de las palabras ni en la construcción de las frases. Bastóles un caudal de voces que rebuscaban con ahinco en las novelas que contínuamente leian, y cuando los términos eran más enrevesados y menos usuales, procuraban grabarlos con mayor fidelidad en la memoria, aunque no conocieran bien su significación. Al mismo tiempo parecióles que la pronunciación meridional, propia de su acento, no era nada fina, por apagar ciertas articulaciones, especialmente las *eses* de las sílabas inversas ó del final de los vocablos, porque el clima de las zonas del mediodia debita un tanto el organismo, y diéronse á emitir con tanta fuerza las *eses* en cuestión, que en ocasiones parecian silbidos de lechuza ó chirridos de hierro sobre la superficie de un cristal.

Habian pasado en Madrid una temporada, durante la luna de miel del viejo verde, y ¡oh *Madriz*! *Madriz*, *usstez* no sabe, *Madriz ess* donde se vive á *gussto* y con *comodidaz*. Aquella Puerta del Sol de *Madriz*, aquella calle de Alcalá de *Madriz*, aquel Retiro de *Madriz*, aquel teatro Real de *Madriz*, aquella *Casstellana* de *Madriz*, *vamoss*, *Madriz ess Esspaña* en todo, por todo y sobre todo. En *provinciass*, sólo *vulgaridadess*, y no sé cómo podian vivir en aquel rincón tan pequeño y tan

apartado del gran movimiento social. Bien *ess verdaz* que la *saluz* de Tadeo (así se llamaba el marido) no *lass* permitia vivir en *Madriz*: de lo contrario, en *Madriz* se habrian perdido y en *Madriz lass* hubieran encontrado.

Tal solian expresarse aquellas hembras, cada vez que la ocasión se les presentaba; y no eran sólo el *usstez* y el *Madriz* lo que tenian siempre en la boca, sino que cuando tropezaba con alguna amiga aficionada á hablar «en fino», allí era era de ver cómo las dos hermanitas sacaban las del costal y trataban de lucirse.

Recuerdo que se hallaban tomando los baños en *Turris-vetusta*, que es una villa muy bonita y muy frecuentada durante el verano. Uno de los balnearios tenia un ámplio salón central, donde doscientas personas charlaban y se entretenian durante largas horas, acariciadas por las brisas del mar que refrescaban el abrasado ambiente. Carlota y Pepita habian formado igualmente su círculo con personas que también habian *esstado en Madriz*, y que únicamente *Madriz* era lo que les parecia hermoso y digno de ser habitado.

Cierta mañana, el mar, sereno y tranquilo, parecia una sábana inmensa de acero resplandeciente, y apenas las olas se movian junto á la arenosa playa donde estaba situado el balneario. El calor era fuerte: los bañistas esperaban con ánsia el turno que les correspondia para zambullirse en el agua y mitigar sus ardores, y la gente se aglomeraba en el salón en busca de una ráfaga fresca que brotara del encalmado charco, pocas veces tan reposado y tan enemigo de dar gusto.

—Mire *usstez* como *esstá* el mar *essta* mañana,—decia á Carlota una de las aficionadas á hablar «en fino»: nunca le he *vissto* con tanta calma.

—¡Oh, sí! *esstá esstóico*,—contestó la aludida, contoneándose por la novedad del término que encajó.

—¡Piramidad!,—añadió Pepita, que no quiso ser menos que Carlota en eso de usar vocablos de padre y muy señor mio.

La amiga miró á las dos hermanas con áire de asombro y como diciendo para sus adentros:

—Esta vez me la han dado ustedes; pero yo tomaré el desquite en otra ocasión, soltando alguna palabra que deje á esas bien chiquitas.

Si se le hubiera ocurrido lo que á cierta dama, que al ver la torre de la Catedral de Sevilla, dijo que lo mejor de la Giralda es que era *portátil*, de seguro que lo habria espetado allí, para quedar triunfante en aquel pugilato de palabras de relumbrón, con las que la lengua salia disfrazada como trapero en carnaval. Pero no sucedió así, y continuó dando motivo para que las otras siguieran hablando de *Madriz*.

También recuerdo que una tarde de la misma temporaca de baños paseaban las dos hermanas con otras amigas suyas por las calles de la villa. Sin rumbo fijo y cruzando de acá para allá, acertaron á pasar por uno de los extremos donde la gente pobre habita en miserables casuchos. Aquella vista repugnó á la encopetada Carlota, y dijo, volviendo á otro lado la cabeza como el que siente náuseas:

—*Jesuss, Jesuss*: no sé que *gussto habremoss* tenido en venir por aquí: *marchémonoss* pronto, que *éssto* huele á sémola y de la *bassta*.

—*Verdaz*,—añadió Pepita, siempre dispuesta á completar los pensamientos de su aristocrática hermana: no sé cómo *ess* posible habitar *esstass pocilgass*: ¡uf!

Entonces se me vino á la memoria un caso que referiré por lo breve, en la seguridad de no interrumpir el hilo de mi cuento.

Era todavia la época en que la gente campesina de las provincias de Levante andaban en pierna desnuda, y los hombres vestian anchos zaragüelles que no pasaban de la rodilla. Un pobre muchacho, que no tenia otro auxilio que el de Dios y el de su abuelo, vióse de la noche á la mañana solo en el mundo, por haberse ido al otro el anciano que le ayudaba en la vida. A pesar de las lágri-

mas que derramó el mancebo, quiso pasar revista á la herencia que le dejaba el difunto, y buscando por aquí y por allí, encontró un par de calcetas que le llenaron de alegria, porque jamás habia usado tales prendas.

Al dia siguiente, y cuando el cuerpo de su abuelo reposaba bajo la pesada tierra del Campo-santo, púsose mi hombre las calcetas que ató con unos cintajos negros, cogió el trozo de manta deshilachada que acostumbraba usar, y muy tempranito se situó en el puente que hay á la entrada de la aldea, en el cual puente solian también hacer pinos algunos madrugadores y jornaleros.

Cruzaban de un lado á otro los trabajadores, y algunos lucian sus morenas pantorrillas sin nada que las cubriera. El mancebo entonces, apretando el embozo de la manta contra su cuello, exclamaba con acento de la compasión más profunda:

—Pues, señor, no sé cómo esa gente puede ir sin calcetas: digo, y con el frio que hace.

Ya se vé, Pepita y Carlota no recordaban sus malos tiempos, aquellos dias en que tampoco llevaban calcetas, como el muchacho campesino; y como la suerte las habia elevado de un empujón, les repugnaba todo lo que no fuera boato, y no veian la felicidad más que en el ruido del oro y en los deleites de suculentas comidas y delicados manjares con que satisfacian su paladar. En una palabra, gastaban medias y de seda fina, y no comprendian cómo se puede vivir sin esas elegantes y preservativas fundas.

La vanidad, el pícaro deseo de sobresalir, hace que la gente que llega á asceuder un solo grado en la social esfera, se crea de mejor estirpe que los demás mortales que se quedan rezagados, y un lazo, una señal cualquiera que distinga al que sube, es motivo más que suficiente para desvanecerle y engreirle, levantando su cabeza erquida como sólo podría levantarla, por derecho propio, la superioridad de la virtud.

Siguieron las dos hermanas de la misma manera, du-

rante la temporada de haños, y al año siguiente, cuando las volví á encontrar en la misma playa, habian acentuado su encopetamiento y sü *finura*. Los términos raros les salian á borbotones cuando charlaban, y por añadidura todo lo adornaban con diminutivos, jugando el «ito» y el «ita» á cada paso, sin perdonar ocasiones donde lucir su especial fraseologia.

Para acabar de conocer á esas originales mujeres, referiré una conversación que les oí, porque, á fin de que el lector lo sepa, yo, encantado con las maneras peregrinas de aquellas dos hermanas y con las de sus amigas, procuraba no perderlas de vista ni de oido para gozar á mi manera, que cada uno en este mundo tiene su modo de divertirse, y yo me divierto con lo que tal vez á otro le sea indiferente por completo ó le sirva acaso de motivo para aburrirse.

Eran las once de una mañana del mes de Agosto. El vistoso y ámplio salón del balneario de *Turris-vetusta* llenábase poco á poco de gente, y junto á la barandilla de uno de los costados, se hallaban sentadas dos señoras de mediana edad, elegantemente vestidas y de no mal parecido, uno de ellas residente en la capital de la provincia y la otra avecindada en Madrid desde algunos años atrás. Ambas eran parroquianas constantes de aquel establecimiento. Hablaban de cosas indiferentes, cuando de pronto se les acercaron Carlota y Pepita que habian llegado á la villa pocas horas antes, atraidas por la costumbre de veranear y divertirse más bien que por el deseo de refrescarse.

¡Qué alegria al verse unas y otras! ¡Qué de besos y abrazos llenos de la más viva efusión!

—¿*Usstedess* por aqui?—decia la de la capital de la provincia.

—¿Y que tal?—preguntó la de la Córte.

—Un poco *cansaditass*,—contestó Carlota, paseando arrogantemente su mirada por el salón.

—Y eso que el viajito *ess* muy cortito,—añadió la hermosa Pepita.

—Yo *esstaba dessmayada*,—dijo Carlota:—he sentido cierto *dessvanecimiento*, superficial nada *máss*; un poquito de pesadez hácia el encéfalo, una *esspecie* de *laxitux* nerviosa y de *marassmo* fugitivo que *dessparecio* en cuanto llegué á la fonda.

—¿Pero nó han comido *usstedess* nada?—preguntó con ánsia la cuasi madrileña.

—Casi nada,—respondió Pepita:—una rodajita muy chiquitita de un salchichoncito que anoche *disspuse* para el camino; pero en la fonda he tomado el *dessquite*, y aqui *esstoy* para bañarme y *dissfrutar* de *esste* ambiente tónico y deliciosísimo.

—*Puess* llegan *usstedess* á tiempo,—exclamó la de la capital de la provineia:—*essta* mañana hace un *fressco* sumamente agradable.

—Y como la *atmóssfera*,—añadió Carlota,—*esstá* tan saturada de *eflúvioss* de yodo, se debe de pasar un ratito aquí como en ninguna parte.

—¿Y cómo ha dejado *usstez Madriz*?—diJo Pepita, encarándose con la vecinita de la Córte.

—Muy bien: aquello *esstá* bastante animado.

—¿Animadito, eh?... ¡qué *ganass* tengo de volver á *Madriz*! Si *Dioss* quiere, no ha de pasar de *esste* invierno, aunque mi marido no me acompañe, sin que yo vea de nuevo la hermosa capital de la nación. ¡Qué *gussto*! *Aquellass calless cuajaditass* de gente, aquel vértigo producido por *loss incontrasstabless empujess* de *lass avalanchass humanass... vamoss*, aquéllo *ess* vivir, no *esstar* como aquí *consumiditass* de *hasstío*, sin ver *máss* que *pequeñitass diversioness* de vez en cuando. ¡*Madriz, Madriz* de mi vida! Con un hotelito en la *Casstellana* de *Madriz*, y *ess* bien poquito, seria ya completamente dichosa.

De este modo, amable lector de mi alma, siguió la conversación (y declaro bajo mi honrada palabra, que

es rigurosamente histórica) prodigando insulceses que les hacian pasar el tiempo de una manera muy grata, aunque con tanta «ese» vibrante y tantas palabras huecas encajadas de cualquier modo y tanta terminación en *ito*, no carecia de atractivo para los que, como yo, tienen el gusto de estudiar costumbres y de ver cuántas variedades toman las necedades que engendra la vanidad.

En la actualidad Carlota y Pepita residen en Madrid. Han conseguido que el viejo verde les permita pasar en la Córte el tiempo que quieran; y aunque él ha tenido que contratar un médico que lo visite á diario y vigile por una salud que sólo marcha bien en los climas templados, se resigna con el husto de su esposa y se siente feliz y dichoso porque ella lo está.

Si un accidente imprevisto; si una desgracia cualquiera hiciese descender de su altura á las dos hermanas ¿qué seria de ellas? Sensible en extremo habria de serles verse como en el comienzo de su vida, no sólo por venir á parar en lo que ahora tanto desprecian sin querer recordar las estrecheces de sus primeros años, sino por no poder lucir en salones, ni pasear por la *Casstellana* de *Madriz*, ni darse charol entre las personillas que se quedaron en escalera más baja.

¿Lo dirian entonces todo en «ito» y rebuscarian en las novelas los vocablos menos usuales, para mentir una ilustración que sólo puede pasar como tal entre hobos de igual calaña?

Ese es un problema que no me atrevo á resolver; pero entonces sí que se les podria aplicar de lleno aquel refrán que á tantos otros les cuadra perfectamente:

«Vanidad y pobreza, todo en una pieza.»

A prueba de bomba (1)

I

Arturo estaba enamorado perdidamente de Matilde, tipo maravilloso que reunia, al esplendor de la juventud, una hermosura y una gracia sin igual.

El mancebo no le iba en zaga en prendas personales. Era elegante, buen mozo y rico; pero engreido por su repleto bolsillo y su arrogante figura, hizo de las diversiones y de las conquistas mujeriles una especie de profesión, dentro de la cual vivia como el pez en el agua, y gastaba su caudal, juntamente con el del tiempo, en apurar, hasta la última gota, la copa de todos los placeres.

Pero es el caso que á Matilde no le agradaban las pretensiones de aquel Tenorio, porque su honradez estaba

---

(1) Este cuento sólo me pertenece en cuanto á la forma y á una parte de su argumento, y como no me gusta adornarme con galas agenas, lo hago constar así.

Algo de lo que aquí refiero, lo oí una sola vez hace muchos años, por lo que presumo que no debe de ser muy conocido; y como el asunto es ingenioso, me ha parecido bien ampliarlo en su fondo y confeccionarlo de alguna manera, aunque sea con el pobre ropaje de mi modo de escribir.

aún á mayor altura que su belleza, y respondia siempre con desdenes á las insinuaciones del enamorado.

En vano el elegante calavera agotó los recursos de su ingénio y puso en juego los terribles resortes de sus caudales, para conseguir rendir la altivez de aquella beldad que le desdeñaba á cada paso.

Cartas amorosas, suspiros ardientes, regalos suntuosos, confidencias hábiles, nada bastaba para sus fines; y las dificultades excitaban sus deseos, y cada obstáculo era un incentivo á sus pasiones, que hasta entonces sólo habian tenido por campo las fáciles conquistas que le hicieron formar una opinión algo errónea de sí mismo.

La no esperada resistencia de Matilde interesó sumamente su amor propio, y una vez puestos en juego su orgullo y su vanidad, rápidamente se vió arrastrado hasta el abismo de la desesperación, que es el punto final de todas las impotencias.

Una noche en que las ideas le atenaceaban el cerebro y le encendian la sangre, convencido de que jamás lograria la posesión del objeto de sus ánsias, se consideró débil para soportar una desgracia de tal naturaleza, y aborreció la vida que se le hacia ya insoportable. O Matilde ó el suicidio. No siendo posible la primera, habia que recurrir al segundo como una necesidad imperiosísima.

Con efecto, encerróse en su habitación, y arrellanándose en una cómoda butaca, encendió un habano para imitar á los ingleses que no pierden su sangre fria ni aun en ese trance tan sério; y cuando después de fumarlo arrojó con desdén la punta, sacó un rewolver, amartilló el gatillo y puso el helado cañón en una de sus sienes ardorosas.

Más hé aquí que de pronto, una fuerza desconocida le oprime la mano y le separa rápidamente el arma. Volvió Arturo la cabeza, y encontróse frente á un hombre como de cuarenta años, de arrogante figura y vestido con una elegancia irreprochable.

No acertaba Arturo á darse cuenta de lo que le sucedia. Habia cerrado la puerta de la habitación con dos vueltas de llave, y no teniendo la estancia otra entrada que la de un balcón que permanecia con sus maderas en el mismo estado que cuando corrió sus cerrojos, no podia adivinar por dónde entrara aquel visitante que parecia haber surjido de la alfombra que cubria el pavimento, y que le quitaba la ocasión de alejarse resueltamente de una vida tan pesada como inútil para él. El visitante penetró el pensamiento de Arturo y exclamó:

—Perdona, amigo, si me opongo á tus planes.

—¿Pero quién es usted, caballero,—dijo Arturo con destemplado acento,—que se llama mi amigo y me tutea y entra en mi estancia de una manera que no me la puedo explicar?

Sonrióse el desconocido, y contestó:

—Vamos... te explicaré en breves palabras quién soy y lo que quiero, pues veo que tienes sobrada razón al interrogarme. Pero ante todo, es preciso que cambies de lenguaje y me tutees como á buen camarada. Soy Lucifer, que me presento á tí tal y conforme suelo exhibirme con frecuencia en la sociedad de este mundo, y me hago ver sin esos aditamentos ridículos de cuernos de carnero, alas de vampiro y cola de buey con que los mortales me pintan para asustar á las viejas y á los niños Tengo aún muchos restos de mi antigua bondad, y no quiero causar repugnancia con mi presencia.

—Bien; pero ¿por qué te opones á mi resolución?

—Porque como sé que al quitarte la vida ha de ir tu alma en el acto á mis dominios, quiero preguntarte antes del atentado si has meditado detenidamente lo que son ó pueden ser las penas del Infierno.

—¿Para qué? No necesito pensar en ellas,—contestó el interpelado:—por muy grandes que fueren, nunca llegarán á las que sufro con el desdén de Matilde, y por lo tanto prefiero las que tú me des á las que ahora llevo en el alma,

—Entonces, si estás resuelto, podemos hacer un contrato.

—¿Cuál? hábla pronto.

—Yo puedo proporcionarte la posesión de Matilde, á cambio de la seguridad de tu alma que será para mí en el momento en que satisfagas tu pasión.

—Acepto, acepto,—dijo Arturo con toda la ansiedad de sus deseos no reprimidos.

—Sin embargo, es preciso la garantia de una prueba.

—¿Te basta con mi firma?

—Eso es poco: me has ofendido al decirme que las penas que yo pueda darte son inferiores á las que tú sufres, y para hacerte ver lo contrario, es preciso que las conozcas antes de decidirte, y después de extender y firmar el convenio.

—¿Y cómo podré satisfacer tu exigencia?

—De una manera muy sencilla. Permíteme que te suplique que me acompañes al mismo Infierno por algunas horas, durante las cuales presenciarás los tormentos que sufren los condenados: después elegirás libremente.

Arturo sonrióse con desdén al escuchar tales palabras, y enderezando su cuerpo sobre la butaca, exclamó:

—Sea como quieras: extiende el contrato cuando gustes, y después de firmarlo, estoy completamente á tu disposición.

Trazó entonces Lucifer algunos signos en el áire, y acto seguido aparecieron, como por ensalmo, dos personajes súcios, feos y asquerosos con unas uñas parecidas á las del tigre. Eran un escribano para dnr fé, oficio que habia ejercido en el mundo, y un agente ejecutivo de Hacienda, que habia demostrado en su vida terrenal tener entrañas de hiena y un hambre inmensa de producir daños.

Lucifer les habló en una jerga desconocida para Arturo, y al momento el escribano tomó un pliego de papel que habia encima de una mesa y una pluma que mojaba en las inmundicias de que estaba lleno el corazón

del agente ejecutivo, y se puso á extender el contrato con todas las formalidades de su antígua costumbre.

Acabada la operación, acercó el papel á donde Arturo se encontraba, y éste leyó con calma glacial, sin demostrar la más pequeña emoción; y cuando se hubo enterado minuciosamente, dirijióse á la mesa y con mano segura y pulso firme, trazó la firma y rúbrica que usaba en todos sus escritos.

Después volvióse á Lucifer y dijo:

—Estoy á tus órdenes.

—En marcha, pués,—exclamó el rey de las tinieblas.

Acabó de sonar su acento, y un trueno inmenso retumbó en el espacio, y una niebla espesa, despidiendo olor á azufre, se extendió por la sala, produciendo una completa obscuridad.

II

Cuando Arturo quiso explicarse lo que le sucedia, se encontró en lo más profundo de los abismos infernales.

Era aquéllo un espacio inmenso, cuyos límites se perdian más allá del alcance de la vista humana, y por todas partes unas llamas gigantescas despedian luz semejante á la del relámpago, percibiéndose un olor fuerte y nauseabundo, con todo lo cual el vasto recinto resultaba tan horroroso como sorprendente.

Desfilaban ante los ojos del calavera infinidad de condenados, retorciéndose entre las vivas llamas, y al mismo tiempo que llevaban retratados en sus semblantes el dolor más intenso y la desesperación más profunda, sus bocas arrojaban horribles blasfemias.

Por aquí y por allá, mónstruos de una fealdad no soñada prodigaban á los réprobos los tormentos más atroces. La imaginación humana se hubiera estremecido al observar lo que en la tierra es para ella inconcebible.

A pesar de todo, Arturo, fija su mente en Matilde,

sonreia con desdén, mirando el cuadro desgarrador que se ofrecia ante sus ojos.

—Si ésto es el infierno,—dijo volviéndose hácia el rey de las tinieblas—ya ves cómo lo contemplo con serenidad. Puedes desde ahora cumplir tu palabra de poner á Matilde á mi disposición, y soy tuyo.

No agradó á Lucifer aquella fortaleza de espíritu, cuando le constaba que hasta entonces no habia existido ningún mortal que no temblara ante la idea sola de lo que eran las penas reservadas á los réprobos, y contestó un tanto malhumorado:

—Aún hay más de lo que ves.

Inmediatamente hizo una seña al escribano de actuaciones y al agente ejecutivo que acudieron presurosos, y les dijo con todo el imperio de su soberanía:

—Llevad á este señor al centro de mis reinos, y hacedle que observe lo que allí se encuentra.

Rápido como una exhalación eléctrica, Arturo fué transportado á otro sitio más distante, donde las penas eran muchos mayores y donde sólo el monarca del Averno no temblaba cuando pasaba revista á sus numerosos ejércitos; pero al cabo de media hora fué devuelto á Lucifer, porque el calavera se reia, como poco antes, de aquellos tormentos indescriptibles.

Dió Lucifer una patada que hizo estremecerse todo el ámbito de sus mansiones, y dirigiéndose al escriba y al fariseo, gritó con acento destemplado:

—Conducidlo á la sala azul.

Inmediatamente y con una rapidez vertiginosa, los edecanes transportaron al calavera al nuevo sitio que indicaba su rey y señor.

Era la sala azul una habitación de medianas proporciones, pero resaltando como una notabilidad el color que le daba tal nombre, pues allí todo era azul, el pavimento, el techo, las paredes y el moviliario.

Arturo formuló en sus adentros un monólogo que retrataba el desprecio que sentía hácia aquellas ridículas

pruebas, y dejándose caer en un diván, comenzó á fumar un veguero que por casualidad le quedaba en el bolsillo.

Acto seguido, se abrió la puerta y penetró un hombre de cara estúpida, el cual se aproximó á su oido y le dijo unas cuantas palabras insubstanciales. Arturo lo miró estupefacto; pero el desconocido, sin parar mientes en ello y como si quisiera aprovechar una ocasión inesperada, continuó un buen rato su charla sin despegarse de la oreja de aquella pobre víctima.

Movia Arturo la cabeza aturdido, y á poco se levantó del diván con el pretexto de asomarse á una ventana, pero en realidad para huir de su interlocutor; más el nécio, siguiendo los pasos del calavera, insistió en sus frases que parecian golpes de martillo descargados eternamente sobre un yunque.

Comenzó Arturo á pasear por la habitación, sin ocultar la impaciencia de que estaba poseido; pero aquella mosca tenaz le perseguia con su monótono é incesante zumbido; y ya el calavera habia apurado su veguero y sentádose cien veces y recorrido otras cien el ámbito de la sala, y todavia el nécio continuaba con su pegajosa y nauseabunda conversación, que le fluia de sus lábios como á borbotones.

Arturo se impacientaba de veras.

De pronto sintió una sacudida nerviosa y estremecióse de piés á cabeza. Comprendió que aquel era el eterno castigo que le estaría reservado si llegaba á habitar en definitiva el Infierno, y pensó en dirigirse hácia la puerta para huir, á pesar de que le era imposible salir de tales mansiones sin la expresa voluntad de quien lo habia introducido.

Aun duraba la vibración de sus nervios y continuaba la charla de aquel sér estúpido, cuando se formó ante su vista una nube espesa que presentaba todos los cambiantes del iris, despidiendo un aroma tan embriagador que llenaba el ambiente con su fragancia. Poco á poco el

centro de aquella nube iba tomando formas distintas como las decoraciones de un escenario, y momentos después presentóse allá en su fondo un cuadro que maravillaba.

Era Matilde.

Acababa de salir del baño y estaba reclinada blandamente sobre cogines de Persia. Sus castas y bellísimas formas, modeladas sin duda por los mismos ángeles del cielo, mostrábanse en parte desnudas y en parte veladas por finísimos cendales tan resplandecientes como la luz. Sus largos cabellos, negros como la noche, caian en destrenzados bucles sobre sus hombros y seno de alabastro. Su boca entreabierta, parecida á la flor del granado, dejaba escapar suspiros abrasadores exhalados desde el fondo de su corazón; y sus rasgados ojos, medio adormecidos por la laxitud que el baño produce, despedian trémulos fulgores como el astro del dia cuando toca en las puertas del ocaso.

Veíanse, á espaldas de Matilde, extensos jardines llenos de árboles frondosos entre innumerables y variados macizos de flores hermosísimas, formando bosquecillos de unos tonos y de una belleza incomparables; y á la vez que cristalinos surtidores de agua saltaban al espacio en menudos hilos y formaban al caer sobre las verdes hojas una llúvia de finísimos diamantes, amatistas y esmeraldas, mil pájaros de raro y vistoso plumaje tendian su vuelo por entre las ramas y dejaban oir trinos de una dulzura jamás soñada en la tierra, contribuyendo á la harmonia de aquel cuadro encantador.

Sin embargo, Arturo contemplaba con indiferencia el espectáculo.

El monótono zumbido del insecto con forma humana que seguia aferrado á sus oidos, le tenia tan aturdido y en grado tal de excitación nerviosa, que no le era posible fijar su atención en otro punto, para recrearse, siquiera momentáneamente, en la maravillosa visión que se descubria en el fondo de la perfumada nube.

—¿Qué es eso? ¿Por qué vacilas?—gritó de pronto Lucifer, apareciendo en el centro de la habitacióu y poniendo en el hombro del calavera su mano, como en señal de plena confianza.—¿Nó ansiabas á Matilde con todas las veras de tu corazón? Tuya es. Yo cumplo fielmente mis promesas.

Volvió Arturo la cabeza, y dejó rodar una lágrima por toda contestación.

¡Parecia como que en aquel llanto iban envueltas todas las perdidas ilusiones de su existencia!

—No pierdas tiempo,—añadió el rey de las tinieblas: —la ocasión es propicia, y no la obtendrás nuevamente si ahora dejas que se escape de tus manos. ¡Mira cuán hermosa!... He infiltrado en su corazón un amor inmenso hácia tí, y te espera con ansiedad infinita Tu alma por la felicidad que te presento.

Pero Arturo, erizados los cabellos, con los ojos fuera de las órbitas y dando descomunales gritos que parecian salir del fondo de sus entrañas, exclamó:

—Nó y mil veces nó: el contrato es nulo. Sácame pronto de tus mansiones. Llévame á la vida de donde me has sacado para que conozca tus dominios, y renuncio á Matilde por toda una eternidad.

—¿Por qué?—preguntó Lucifer, manifestando en su boca la más irónica é infernal de las sonrisas.

—Porque aunque he visto con indiferencia todos los horrorosos tormentos que me has hecho presenciar, jamás podia imaginarme que sobre todas las penas habidas y por haber, estaba la de tener que sufrir eternamente, mal de mi grado, la conversación de un nécio.

Una carcajada sangrienta resonó al instante por aquellos ámbitos, y Arturo cayó sin sentido contra uno de los divanes de la estancia.

Cuando volvió en sí, encontróse en la misma habitación donde pocas horas antes habia querido poner fin á sus dias.

Aptitudes y aficiones

Cuando un chiquillo viene al mundo, vaya usted á saber cómo y por dónde terminará la carrera de su vida, ni cuáles han de ser sus aptitudes especiales, para buscárselas bien y á gusto en este valle de miserias.

Yo creo que eso de estudiar concienzudamente la disposición con que nace cada cual es obra de romanos, y que á veces la afición de un momento engaña y hace torcer el rumbo que deberia seguirse para llegar al fin que un indivíduo se propone. También creo que el que acierta con camino por donde ha de marchar, es porque el instinto se lo dice y no la razón, pues si á la inteligencia se le encomienda todo, es muy posible que la mayor parte de los hombres marchen extraviados, y que para un golpe que den en el clavo, darán ciento en la herradura.

Dice un padre:

—¡Oh! mi hijo... ¡qué afición tan grande tiene al comercio!

Y sin encomendarse en Dios ni en Santa Maria, porque crée descubrir eu el chico aficiones de cormerciante, le hace estudiar la partida doble y lo mete á factor en un establecimiento, y,.. luego sale un hortera adocenado que, por no saber de la cosa, quiebra á los cuatro dias, quedándose sin un real en el bolsillo.

Otro padre entusiasmado ve en su retoño algo que parece inclinarlo á la Medicina, y cátate estudiado el

asunto sin más observaciones, y allá va el hijo á la Universidad, para volver á los pocos años matando á todo vicho viviente que tenga la desgracia de caer bajo el peso de sus recetas.

Tampoco falta un buen papá que, porque ha visto hacer á su pequeño un pito de una hoja de calabaza, ya se le figura un Mozart en capullo, y lo envia al Conservatorio á la primera ocasión, para que salga apedreando al sentido común con sus composiciones, si es que no queda en un mal rascador de violín.

Pero lo más particular es que todos los padres ven aptitudes en cualquier cosa, y siempre caminando hácia lo más alto de la escala social, y se improvisan abogados, ingenieros, militares y sacerdotes, que mucho mejor servicio harian á Dios, á sí mismos y á la sociedad, si se hubieran dedicado a la honrosa profesión de sastre ó zapatero ó guiaran una carreta para transportar productos vegetales.

Es probable que si hubiera carreras de Duques y Marqueses, matricularian los padres muy á gusto á sus hijos, creyendo descubrir en ellos felices disposiciones para graduarse en tan hermosa facultad; bien que para esa carrera se equivocarian muy pocos, por nacer la mayor parte de los hombres inclinados á holgar y mandar, viendo en el trabajo una cosa que tiene pocos atractivos.

Cuando se trata de las bellas Artes, ahí sí que se descubren aptitudes á docenas. Ya se vé, como para eso se necesitan pocos gastos materiales, pues á veces basta con los de papel, pluma y tintero, y como todos tenemos más ó menos desarrollado el sentimiento de la Belleza, la sociedad se inunda de una plaga de artistas, y por todas partes se descuelgan poetas, pintores y músicos, amen de otros que manejan el buril, y de un dilúvio de holgazanes que salen á la escena á degollar las grandes obras ó á desarrollar esa colección de barbaridades que han dado en llamarse zarzuelas en un acto, para martirio de las Musas y hasta de la moral.

Conozco á muchos artistas, de esos que creen que han acertado sus inclinaciones, y sin embargo no pueden hacerlo peor. Uno de ellos, el que puede mandar en jefe por derecho indisputable, es D. Anastasio, propietario de poco holgadas rentas, pero que vive muy á gusto con la paleta y el pincel, embadurnando lienzos y tablas, y exhibiendo con frecuencia cuadros de diferentes dimensiones en los escaparates de los comercios.

—¿Qué le parece á usted mi última obra?—me decia una tarde en que me tropezó cerca de una tienda donde habia encajado, para admiración del público, un lienzo casi mural, lleno de figuritas que parecian conejos y palomas.

—¡Oh! admirable,—le contesté:—sobre todo ese riachuelo encarnado que coloca usted en segundo término, como si fuera una corriente de vinagre.

—Es que he querido copiar en él el reflejo de la aurora. ¿Nó se ha fijado usted en la faja de púrpura que asoma tras las crestas de aquellos lejanos montes y que indica la llegada del dia? Ya se ve, como el agua por sí misma es incolora, tiene que tomar los tintes de la luz que adquiere el cielo, según la posición del sol, y al nacer el dia no hay aguas azules, ni verdes, ni blancas, sino rosadas que es el color que imprime el oriente, única parte iluminada del horizonte.

—Perfectamente, D. Anastasio: veo que está usted muy fuerte en efectos pictóricos. (Iba á decirle de botánica.)

—Pues ahora voy á causar á usted una agradable sorpresa.

—Usted dirá, D. Anastasio.

—Voy á enseñarle otra obra que tengo casi terminada y que nádie ha visto todavia.

—¿Y nó podíamos dejar esa sorpresa para mejor ocasión?—dije yo temblando, porque presentia una lata de padre y muy señor mio.

—De ninguna manera: la hora es á propósito, y es

preciso aprovechar la posición en que el sol se encuentra, para apreciar bien todos los detalles.

—Sin embargo, D. Anastasio...

—Nada, no hay excusa.

Y diciendo y haciendo, me cogió del brazo, y *vellis nollis* echó á andar y me zampó en su estúdio, ó lo que fuera, colocándome frente á un caballete donde habia una figura que, por el asunto, conocí que era un Cristo crucificado.

—Ahí, ahí tiene usted mi obra maestra,—dijo parándose con las piernas abiertas y los brazos cruzados, mirando de hito en hito aquel lienzo que exaltaba la imaginación de mi bondadoso amigo.

Mi primer impulso fué soltar una carcajada; pero tuve necesidad de pellizcarme fuertemente para contener el acceso de risa que me acometió, porque no me hubiera perdonado á mí mismo cualquier muestra de burla que hiriera la susceptibilidad de aquel buen señor.

El crucifijo no podia ser más original. Presentaba su cara de frente, sin la menor inclinación á cualquiera de los lados, y la nariz ¡cosa admirable! estaba colocada de perfil. Los brazos eran sumamente cortos, y el pecho y el vientre semejaban un colchón lleno de costurones. El color era casi blanco y con muy poca sombra, y las mejillas resultaban dos manchas de fuerte bermellón. Por último, las rocas que figuraban el Calvario, parecian cajoncitos de color de chocolate, y sobre ellas se alzaban infinidad de palmeras enanas que aparentaban una altura como de la mitad de la cruz. El cuadro, como se ve, no pòdia ser mejor en toda la extensión de la palabra.

—Y diga usted, D. Anastasio,—exclamé por hablar alguna cosa:—¿dónde ha aprendido usted todo ésto que me enseña?

—Hombre, hombre: le diré á usted: estas cosas verdaderamente no se aprenden: el estúdio hace algo; pero si uno no nace con verdadera aptitud para la pintura, es

imposible hacer nada bueno por mucha voluntad que se tenga.

—De modo que usted, al estudiarse, ha conocido que servia para pintor.

—Ni más ni menos: figúrese usted que desde niño me tiraban las cosas de imaginación, por lo que mi padre estaba en sus trece de que yo habia de aprovechar para artista.

—¡Ah! ¿con que todo ésto viene desde niño?

—Casi, casi puede decirse que desde entonces. Iba á la escuela, cuando ya se reveló en mí el sentimiento del arte. Subia á la torre y repicaba las campanas con más anhelo que los otros muchachos, porque me agradaba la combinación de los sonidos que entonces no comprendia. Aquello le hizo sospechar á mi padre si yo aprovecharia para músico. Más adelante jugaba al toro con otros chicos de mi edad y nádie me aventajaba en clavar banderillas ni en trastear el capote. También sospechó mi padre si yo podria salir, con el tiempo, un torero aventajado.

—¡Vaya!—interrumpí entonces sin poder contenerme: —como que es tal el culto que hoy se rinde al arte de los cuernos, que nada de particular tendria que lo colocaran alguna vez en la escala de las Bellas Artes.

—Pero mi buen progenitor,—prosiguió D. Anastasio, —no quiso exponerme á las peripecias de las corridas de toros, y se empeñó en hacerme cura. ¡Cura yo! Tres veces me dieron calabazas en el primero de latín, y de ahí no pasé. Nada; como que yo no aprovechaba más que para las obras de imaginación, para el arte.

—Sí, ya se veia bien.

—Pues, señor, que cuando ya tuve diez y ocho años me hice poeta. ¡Y qué versos publicaba! Pero un dia me harté de los renglones cortos y largos, porque ví que todo el mundo se habia metido á versificar, y le cobré horror á la poesia. ¿Lo querrá usted creer? Le cobré horror, cuando con ella se habian templado todas las

amarguras de mi alma, y en las cuerdas de la lira habia dejado más de una vez pedazos de mi corazón.

—¡Diablo! Y luego dicen que el corazón es un órgano, que en teniendo la lesión más pequeña, ya no aprovecha para la vida.

—Hablo metafóricamente.

—¡Vamos! metafóricamente: comprendido.

—Pues como iba diciendo, melancólico y triste por aquel desdén que á mi pesar hacia á la más noble de las artes tónicas, acerté un dia á entrar en el estúdio de un pintor que era amigo mio. !Qué revelación desde aquel momento! Vi otro cielo, otro mundo, otra vida. Ví que dentro de mi sér habia un no sé qué que no me explicaba, y no me atrevia á separarme de aquellos cuadros, atraido por la mágia del color, como el acero por la fuerza del imán.

—¿Y entonces conoció usted su verdadera aptitud?

—Eso es, entonces la conocí. Me marché á casa: dentro del cerebro se me revolvian un caballete y una paleta. Cuando dormia, soñaba con cuadros: cuando comia, tomaba el cubierto como se agarran los pinceles: cuando paseaba, la vista de los árboles y de todos los objetos de la naturaleza me impresionaba de una manera diferente que antes: en una palabra: conocí que habia nacido para la pintura, y desde entonces me tiene usted dedicado al arte de Velazquez y Murillo.

—Y ha acertado usted. Si todos se estudiaran como usted se ha estudiado...

—Menos males habria en la sociedad, porque entonces el trabajo, lejos de ser una carga para la vida, seria una contínua satisfacción para el espíritu. Pero ¡qué quiere usted! todos desean carreras brillantes, sin consultar sus propias inclinaciones, y ahí está la equivocación precisamente.

—Pues que lo tomen á usted por modelo.

Y al decir esto, cogí el sombrero que habia dejado en una percha, y dando mi enhorabuena á D. Anastasio

por el acierto que tuvo al dedicarse á la pintura para hacer cuadros como el de aquel Cristo, que reproducia dentro y fuera del arte la verdadera crucifixión del Redentor del mundo, salí á la calle con intención de no volver á tal gabinete artístico ni de hablar más con don Anastasio, por no caer en la tentación de estudiarme y ver si también aprovechaba para pintor.

Fuíme derecho al café para tomar un refresco que rebajara un tanto la excitación nerviosa que me habia producido el relato de mi amigo y su nunca bastante ponderada obra, y ¿á dónde dirán ustedes que me condujo mi mala estrella? Nada menos que á una mesa contigua á la que ocupaban dos papás que también hablaban de las felices disposiciones de sus hijos.

Ponderaba el uno las grandes aptitudes de su primogénito para la milicia. Según él, todo el dia se lo pasaba leyendo historias de guerras y hablando de grandes empresas militares. Le entusiasmaba Alejandro, le arrebataba César, y le admiraba Napoleón. Ya, cuando niño, habia roto muchas cajas de soldados de papel, alineándolos en batalla, unos enfrente de otros y arrojando piedrecitas con otros chicos de su edad, que defendian uno de los bandos en que se hallaba dividida la tropa. Vamos, que era una esperanza. En la actualidad lo preparaba para ingresar en la Academia de Toledo, y no queria morirse sin verlo hecho, por lo menos, un señor comandante.

El otro papá decia que estaba contento con las cualidades que habia descubierto su muchacho, y que eran las mismas que él se habia figurado siempre. Es verdad que le costó mucho trabajo hacerlo Bachiller, porque era tan desaplicado, que no queria estudiar. Y es que su mucho génio no le permitia tener sujeciones de ninguna clase; pero demostraba un talentazo de primer orden y una imaginación brillantísima, como le decian hasta sus mismos profesores encantados de aquella poderosa inteligencia. Habia marchado el año anterior á Madrid, re-

comendado por un político importante, y estaba en la redacción de un periódico de gran circulación, encargado nada menos que de la crítica de ciencias, artes y literatura. ¡Qué artículos escribia! ¡Qué sal ática y qué conocimientos tan profundos! Tenia asustados á los publicistas de más nombre, y todos le adulaban, porque de las alabanzas ó censuras del muchacho, se levantaba ó se destruia una reputación.

Cuando oí, sin querer, este nuevo y substancioso relato, que me pareció aun más original que el del pintor y que vino á confirmar la idea que yo he tenido siempre acerca de la ilustración de algunos críticos, cogí el vaso de refresco que aun no habia consumido en una mitad, y fué tal la rapidez con que quise apurarlo para huir de aquel sitio, que me lo colé de un trago, y por poco si me ahoga el áire que no pudo escapar y que quedó comprimido entre el estómago y la garganta.

Inmediatamente llamé al camarero, tomé las vueltas que me dió de un duro, sin reparar en que me endosó dos pesetas falsas, y salí á escape á la calle, como alma que lleva el diablo, maldiciendo de mi negra suerte que me habia hecho pasar una tarde de infierno, no oyendo hablar de otra cosa que de aptitudes y aficiones.

El amor y el interés

I

Como la sociedad ha llegado á metalizarse hasta el punto de que la pública consideración se fija con mayor interés en la persona que posee mucho dinero, nada de particular tiene, por esta cáusa, que gran parte de los que habitan en este valle de miserias se lancen en busca de esas piezas redonditas, que tan necesarias se han hecho para la estimación de un indivíduo determinado.

Cierto que en algunas ocasiones el talento y la virtud sobrenadan por encima de ese oleaje de cieno, y entonces la importancia del rico decrece y hasta se anula; pero como eso no es más que raras veces y cuando las cosas vienen así porque no pueden venir de otra manera, resulta que en la mayor parte de los casos que acontecen en la vida, el dinero es un rey absoluto que manda sin ley, con ley y contra ley, y... ¡desdichado del que se atreva á desobedecer sus órdenes incontrastables!

Ejemplo vivo: Rostchild, el judío más judío de todos los judíos del mundo, y otra porción de judíos que miden el oro á espuertas, tienen siempre en la punta de la

pluma la felicidad ó la desgracia de las naciones. Las empresas ferro-viarias, los bancos, las grandes explotaciones mineras, todo lo que se mueve y se agita en grande escala con y por el dinero, pertenece en totalidad ó en parte á la descreida raza de Jacob, que ha sabido acumular, durante vários siglos, riquezas inmensas, para mandar luego en jefe é imponer su voluntad á las testas coronadas y á sus gobiernos.

Pero sin necesidad de subir hasta esos tronos judáicos que resplandecen como el sol en medio del dia, basta con que nos fijemos en lo que sucede hasta en la aldea más humilde, y se verá que el «tanto vales cuanto tienes» es una verdad de tomo y lomo: y debido precisamente á ese *quid* tan importante, no hay personilla que no ambicione tener para ser y valer, en lo cual entiendo que hasta cierto punto hace perfectamente.

Y no es en los hombres solo donde la pasión por el dinero se despierta y se desarrolla: también las mujeres los imitan en lo posible, y algunas hasta dan quince y raya al usurero más descorazonado de la tierra.

No con una ambición tan desmedida, pero sí con interés nada laudable, paseaba Robertina su hermosura por esos mundos de Dios, en busca de una proporción de *primo cartello*, como creia merecer por su airoso talle, por sus ojos como soles y por una porción de detalles físicos que le daban una belleza verdaderamente notable.

Parecia imposible, que rayando apenas en los veinte años, edad de ilusiones como las que ofrece la primavera de la vida, tuviera pensamientos tan interesados; pero sus padres, aleccionados por la experiencia y sabiendo que lo que vale y se aprecia es el sonido que lanza un bolsillo repleto de oro, introducian en el cerebro de la muchacha pensamientos de puro positivismo, secando de una manera lenta pero segura los dulces sentimientos de su corazón.

Tras muchos desdenes y soberbias calabazas que ha-

bia repartido Robertina por espacio de algunos años á sus adoradores, en las diferentes ciudades que visitó para exhibir su belleza y su elegancia, aceptó las relaciones de amor que le propuso un mancebo de bella figura y de maneras bastante distinguidas.

Llamábase Leonardo, y aparentaba ser rico, siguiendo la social corriente de querer aparecer todo el mundo cual si estuviera nadando en la opulencia; pero en realidad sólo disponia de una mediana posición, aunque tenia la ventaja de haber terminado sus estúdios con bastante lucimiento, y quizá el porvenir le abriria sus puertas para satisfacer sus anhelos, porque era honrado, activo y trabajador, y además cultivaba relaciones de importancia que le facilitarian los medios de realizar sus aspiraciones.

Pero los padres de la nóvia indagaron al poco tiempo que las apariencias de Leonardo no corrian parejas con la efectividad de su posición; y sin tener en cuenta las probabilidades que reunia el joven para brillar y valer más adelante, y sin querer fijarse en el amor que habia desarrollado en su alma una profunda y delicadísima pasión por Robertina, aconsejaron á la hija que lo despidiera, como lo hizo friamente, en cuanto se presentó una ocasión que favorecia sus intentos.

A rey muerto, rey puesto, dice el refrán, y efectivamente la vacante quedó cubierta á los pocos dias, sin acordarse la hermosa de su primer nóvio, es decir, de aquel Leonardo á quien habia consagrado las primicias de sus virginales pensamientos, y á quien habia alentado, haciéndole soñar eon la posesión de una belleza tan codiciada.

El sustituto en amores no tenia profesión ninguna; pero sus padres cobraban trimestralmente unos cupones de la Déuda, bastante crecidos, y poseian además muy buenas fincas, formándoles una renta mayor que la de un ministro de la Corona.

Aquéllo tenia pase. No era mucho que digamos para

las ambiciones de los papás y de la niña; pero si Robertina se casaba con tal nóvio, no iria mal: ya podia comer en mesa opípara y lucir buenos trajes y arrastrar coche y abonarse al teatro, como cualquiera de las más encopetadas damas de la alta sociedad. En fin, que la proposición, después de examinada y discutida por el cónclave, quedó admitida, aunque los interesados padres de la nóvia aparentaron cierta neutralidad para quedar á sus anchas de directores de escena.

Cerca de un año llevaban aquellas relaciones, cuando una noche, al salir del teatro, Robertina observó que un desconocido la seguia como si fuese su sombra. No sé por qué la bella joven se figuró que aquel nuevo personaje habia de ser la media naranja que buscaba con tanta ansiedad. Habia en su persona algo que trascendia á opulencia, algo inexplicable, pero extraordinario y sugestivo, y le dirigió, como sin intención ninguna, una mirada de esas que queman y hacen despertarse el amor en un momento.

A la noche siguiente el desconocido repitió la operación, siendo también correspondido con otra mirada, y ésto alentó tanto al mancebo, que buscó relaciones por acá y por allá para ser presentado á la familia de tan singular mujer, como lo consiguió á los pocos dias, valiéndose de un pariente de la muchacha.

El personaje en cuestión era el hijo único de un acaudalado banquero de Sevilla y viajaba por gusto, gastando como un príncipe y ostentando toda la fastuosidad que le permitia la brillante posición de sus padres. Vió la hermosura de Robertina; observó sus maneras finas y elegantes, y cátate al fogoso andaluz enamorado de repente y abrasado después por aquellas miradas que la preciosa joven le habia dirijido á la salida del teatro.

El nóvio no sospechó de las intenciones del sevillano, pero le agradó poco la presencia de un intruso que le robaba algunos momentos de pláticas amorosas, cosa que le irritaba dia por dia, aunque nada dijo ni manifes-

tó, por no exponerse á quedar en un lamentable ridículo.

El hijo del banquero veia las relaciones, y á pesar de su audacia, no se atrevia á dar paso alguno; pero tantas y tales fueron las simpatias que le demostraban todos, especialmente los directores de aquella comedia risible, que decidió, por fin, declararse con la habilidad propia del caso que supo manejar maravillosamente, y recibió un «sí» condicional, en espera de una favorable ocasión para poner al nóvio de patitas en la calle.

La ocasión presentóse pronto, aunque algo forzada, con alegria del pretendiente y con regocijo mal disimulado de aquellos papás tan amantes de la hija. En su consecuencia, el nóvio segundo fué despedido con cajas destempladas, y huyó á ocultar su despecho lejos de una casa donde habia dejado para siempre todas las ilusiones de su vida.

II

¡Qué contento reinaba entre la familia de la afortunada joven!

La variación de nóvio reclamaba imperiosamente otra variante en las formas y en las costumbres de la niña y sus papás.

Se montó la casa á la alta escuela, aumentando el personal de la servidumbre Se trajeron magníficos muebles para reemplazar á los que habia, que no eran despreciables. Se compraron caballos de lujo para el cochecito que también recibió su correspondiente reforma. El mediano piano de la niña fué sustituido por un Erard de gran coste; y si ha de decirse todo, hasta la mamá trató de modificarse, comprando uu diccionario de la Academia para aprender voces no oidas que, en su sentir, habian de dar realce á su conversación y á sus maneras delicadas.

Inútil es decir que hubo bailes y fiestas caseras á las que acudieron personas de cierto viso.

Tal habia sido la revolución que en poco tiempo causó el hijo del banquero de Sevilla, esto es, el hijo de uno de los reyes que hoy gobiernan la sociedad á su capricho, y natural era que lo que tanto vale y significa en el mundo, llevara allí el influjo de su importancia y magnificencia y fuera á la vez correspondido de la manera que se merecia.

¡Qué bien habian pensado los padres de Robertina en observar aquella conducta tan racional y tan conforme con las modernas ideas de positivismo! Ahora era cuando la felicidad, ansiada durante tantos años, asomaba allí su cabeza resplandeciente: ahora era cuando la bella Robertina iba á emplear bien el tiempo, y á recibir el tributo propio de sus méritos personales, no entregando su corazón á pipiolos de tres al cuarto, sino á un personaje digno, al heredero de una gran fortuna, como que el banquero sevillano, según indubitados informes, tenia reconocidos en bienes raices más de seis millones de pesetas.

¡Y luego el dinero de la banca! ¡Y el papel del Estado! Vamos... aquello era el *non plus ultra* de la suerte, representada por un gallardo mancebo de veinte y siete años, que sabia lo que era mundo y que sólo buscaba un corazón capaz de comprenderle y amarle.

Verdaderamente el sevillano se enamoró de Robertina; pero en aquella pasión habia algo más de materia que de espíritu, no sólo por las cualidades morales del galán, sino porque la belleza de la nóvia era de las que ofuscan los sentidos y rara vez penetran en las interioridades del alma.

Por esa razón, el amante número tres, dejándose llevar de sus impulsos, se encendia en aquellas miradas de fuego, y se exaltaba en la contemplación de aquel talle cimbreador, de aquellas formas de riqueza escultural y

de aquella boca que aparentaba ser más dulce que la miel de los panales.

Seis meses apenas habian transcurrido desde el comienzo de tales relaciones, y la confianza que el sevillano habia adquirido en la casa de su futura era la que tiene el verdadero dueño. El papá ya no tomaba parte en las direcciones escenográficas, porque el tinglado quedó en manos de la suegra *in fieri* que se pintaba sola para ello; y como la mamá tenia puestos en el nóvio sus cinco sentidos y permitia, para estrechar las mallas de sus redes, todo lo que al hijo del gran banquero le viniera en gana, la nóvia se sintió dominada por el ascendiente del conquistador, el cual, en rigor de la frase, tenia más de calavera que de hombre de formalidad.

Así, de atrevimiento en atrevimiento por parte del andaluz, de tolerancia en tolerancia por parte de la mamá y de concesión en concesión por parte de Robertina, el nóvio encontró un dia satisfechos sus apetitos.

Como la materia habia subyugado al espíritu y los sentimientos de verdadero amor jamás se habian despertado en aquellas almas adormecidas desde sus primeros años, ya se trale del nóvio por su larga carrera de placeres sensuales, ya de la nóvia por sus desatentadas ambiciones y el frio positivismo que habian inculcado en su corazón, lo cierto es que cuando el andaluz apuró el aroma de aquella hermosa flor que crecia lozana sin tratar de preservarse de los rigores del vendabal, vió desgarrarse ante su vista el velo de sus ilusiones, y sintió el hielo de la indiferencia que penetraba hasta en las fibras más ocultas de su pecho.

Robertina habia pasado de los veinte y tres años, y á esa edad la ley no hace responsables á los hombres de las locuras de las mujeres, á menos que medie violencia; y como Robertina sólo podia tener en su favor la disculpa de su propia debilidad, el andaluz estaba libre ante la ley de los hombres, aunque nó ante la de Dios, y su conciencia endurecida por los vicios, no le remor-

dia ni le golpeaba, llamándole persona indigna y mal caballero. En fin, el sevillano, para terminar aquella comedia ridícula que habia de transformarse en drama sangriento, engreido con su triunfo, abandonó de pronto la población, quedando la burlada Robertina llena de vergüenza y de sentimiento.

Entonces fué el derramar lágrimas de aquella madre metalizada y vanidosa: entonces fué el bramar de furor del padre, que procuró seguir la pista del descreido nóvio, para saciar en él su venganza. Pero la suerte habia comenzado á volver la espalda á la familia de Robertina, y el primer golpe fué recibir la terrible noticia de haber muerto el padre en un duelo que tuvo con el sevillano allá en la misma tierra del burlador. El segundo golpe fué el tener que levantar tiendas de la población y retirarse á una casa de campo, donde Robertina pasó algunos meses con el pretexto de atender á su delicada salud, pero en realidad para ocultar el fruto de aquello amores desgraciados, ya que le era preciso cubrir á todo trance su deshonra.

Así, de golpe en golpe y de desengaño en desengaño; teniendo que vender bienes para solventar las déudas ocasionadas por el lujo y por la falta de ingresos que acarreó la pérdida del padre, los años transcurrian tristes, ajándose la belleza de Robertina y consumiéndose las fuerzas de la madre que habia llegado pesarosa y casi sin alientos á las puertas de la ancianidad.

III

Vivian la madre y la hija en una estrechez angustiosa, porque la escasa renta que les habia quedado de sus antíguos bienes apenas les bastaba para cubrir las más apremiantes necesidades de la vida. Los amigos les habian cerrado sus puertas, porque la pobreza cáusa siempre repugnancia, y algunos se burlaban de Robertina

sin compasión á sus desgracias, por más que la conducta de la joven era irreprochable y habia hecho cuanto le fué posible por rehabilitarse ante la opinión.

No le faltaron proposiciones de algunos hombres inmorales que pretendian valerse de las adversas circunstancias para recrearse en los restos de aquella extraordinaria hermosura; pero Robertina rechazó con decoro y dignidad los ofrecimientos, y resignada con su dura suerte, ofrecia á Dios sus penas, en descargo de su pasada conducta que la habia conducido á tan triste situación.

Y pasaban dias y dias: la reducida renta se amenguaba por las ventas contínuas, y los recursos de aquellas pobres mujeres disminuyeron hasta el punto de que los escasos alimentos con que procuraban ir sosteniendo su salud, no bastaron para la de la madre, y la anciana tuvo que buscar en el lecho el apoyo que le negaban sus miembros debilitados.

¡Qué castigadas habian quedado por sus pasadas veleidades! ¡Cómo se ve la mano de la divina Providencia, repartiendo su justicia, para ejemplo de los que niegan su intervención en la marcha de los sucesos humanos!

Robertina entonces pisoteó los restos de su antiguo orgullo. El dolor de su madre desgarraba su sensible corazón, y queriendo hacer por ella cuanto le dictaban los deberes de buena hija, salió á buscar recursos, decida á apurar todos los medios que fuesen compatibles con su decoro, hasta encontrar lo que deseaba. No tenia ni el más ligero reproche para la principal autora de su desgracia. Era su madre ¡su madre! y aquel nombre sagrado llenaba todo su espíritu, como llena el sol con su luz la inmensidad del espacio, y lo importante para ella era conservar aquella vida preciosa que pudiera escaparse por el abandono y el desamparo.

Acudió primero á diferentes establecimientos de costura á solicitar trabajo; pero ninguno pudieron darle, por la sencilla razón de haber más gente que la que se necesitaba para lo poco que habia que hacer. Después acudió

á un pariente, y con lágrimas y ruegos pudo obtener una mezquina cantidad, que la pobre Robertina empleó al momento para llevar algún alivio á la desventurada enferma.

Sin embargo, aquel mísero recurso, que parecia la última esperanza, le hizo ver la inmensa profundidad del abismo que la desgracia habia abierto ante sus pies, y su cabeza se aturdia, como si alrededor de ella girasen en espantoso vértigo todos los males de la tierra, y un frio como de muerte le helaba la sangre y le oprimia cruelmente las entrañas. ¿Qué iba á ser de ella? ¿Qué de su desgraciada madre, postrada y sin fuerzas ya para luchar en los rudos embates de la existencia?

Pero la Misericordia divina que se muestra cuando el corazón ha expiado sus culpas, apurando hasta las heces el cáliz de la adversidad, no podia faltar en aquellos momentos en que el dolor habia llegado hasta sus últimos límites; y cuando Robertina volvió á su casa é hizo rechinar en el cerrojo la llave y abrió la puerta, un sobre cerrado, contenido entre las tablas y el quicio, cayó al suelo delante de ella. Robertina abriólo al momento con mano febril, y vió que contenia un billete de cien pesetas y un papelito, cuya letra no le era desconocida, aunque no adivinaba quién podia ser la persona que lo habia escrito. En aquel anónimo se le rogaba que aceptara la pequeña suma para proporcionar alimentos á su madre. La joven bendijo á Dios por aquel consuelo, y durante algunos dias, con ayuda de las cien pesetas, satisfizo las necesidades de la anciana y las suyas propias.

Aquella cantidad, insignificante hasta cierto punto, parecióle á Robertina un caudal inmenso. ¡Ella acostumbrada á derrochar una fortuna, contentábase ahora con lo que en otro tiempo despreciaba por insignificante!

Una mañana, al disponerse á salir á la calle para la compra del dia, otro sobre, colocado de la misma manera que el anterior y conteniendo igual cantidad y análogo papelito, cayó á los pies de Robertina, en el momento

de abrir la puerta. No habia duda, alguien velaba por ella ¿pero quién? Era preciso averiguarlo para agradecérselo directamente y satisfacer á la vez una curiosidad que nunca abandona á la mujer ni aun en los trances más amargos de la vida.

Con efecto, cuando calculó que habian transcurrido los dias suficientes, guiándose por el espacio de tiempo que medió de un billete á otro, Robertina, desde que obscurecia hasta que la portera cerraba la puerta de la calle, entornaba la de su cuarto y se ponia en acecho, conteniendo hasta la respiración para oir bien y vigilar con eficacia. A las cuatro ó cinco noches de adoptar esta medida, sintió unos pasos lentos que se aproximaban á la puerta de su habitación. No podia dudar: era el protector invisible, y Robertina, sin poder contener los latidos de su corazón, que parecia querer estallar dentro del pecho, puso la mano en el pasador de la movible madera.

Un hombre, cubierto su rostro por el embozo de una capa, se paró ante la puerta de la habitación. Dobló un sobre por la mitad y lo hendió por entre el umbral y la tabla, de modo que no pudiera ser sustraido por la parte de afuera. Pero antes de volverse para retirarse, abrió Robertina la puerta con gran rapidez, y el desconocido no pudo alejarse.

Robertina cayó de rodillas y besó el borde de la capa de aquel hombre, y con voz ahogada por los sollozos le rogó que se descubriera y dijese su nombre; pero un gemido fué la única contestación que recibió, y el desconocido resbaló sobre sus mismos pies, sirviéndole la pared de punto de apoyo para no caer desplomado al suelo.

Al momento Robertina trajo la luz que estaba en la habitación de la enferma, y acercándola al rostro de aquel caballero, habiendo separado el embozo de la capa, reconoció... ¡á su nóvio primero!... aquel Leonardo á quien con su amor le habia abierto las puertas del paraiso, para dejarle entrever sus inefables delicias y ce-

rrárselas de repente, sumiéndolo sin piedad en el más profundo desconsuelo.

¡Qué noble y qué digna su conducta, devolviendo el bien á cambio del daño que en otro tiempo habia recibido!

Un temblor convulsivo se apoderó de los miembros de Robertina; pero haciendo un esfuerzo supremo, rápida como una exhalación, corrió en busca de agua fresca con la que roció el rostro de su antiguo amante hasta hacerle volver en sí. Después le ayudó á erguirse, y le rogó encarecidamente que entrara en la habitación, que él purificaria con su presencia, consiguiendo al fin que tomara asiento en un vetusto pero limpio sofá que cubria uno de los lados de la pequeña sala-recibidor.

Cuando el generoso Leonardo serenóse en lo posible y Robertina se sintió menos emocionado ¡qué explicaciones más sentidas mediaron entre los dos! El ex-nóvio conocia todos los detalles de la vida de aquella mujer, hasta las funestas consecuencias de su noviazgo cou el andaluz, pero no la acriminaba ni la despreciaba como otros, sino que la perdonaba y la compadecia, por haber sido culpa de sus padres el haberle hecho tener ideas impropias del sexo femenino, y más impropias aún de una joven que no debe abandonar tan de repente las blancas vestiduras de la inocencia.

De todos modos, no habia podido arrancarse del pecho su antiguo amor, sino que le habia acompañado siempre, consolándole en su soledad. El pasado debia cubrirse con un velo para olvidar toda suerte de ingratitudes; y conociendo que el dolor regenera y purifica, como el fuego, cuando en el seno del crisol hierven deshechos los metales, veia el corazón de Robertina limpio de toda mancha, y le ofrecia su mano de esposo, en vista de la conducta noble que ella después de su desgracia habia seguido, y de las pruebas tan sinceras de arrepentimiento que habia dado.

¡Qué rayo de luz para Robertina! Iluminóse de repen-

te su alma: reconoció el hondo precipicio que habia á sus pies, y vió que en lo alto de un cielo aparecido súbitamente en medio de las tinieblas y horrores que la rodeaban, el ángel de la esperanza le sonreia, para poner término á su dolor y á la miseria que minaba la existencia de su desventurada madre.

El cáliz de amargura que habia apurado hasta las heces, transformábase de repente en áurea copa rebosante de mieles, despidiendo aromas embriagadores que esparcian purísimos eflúvios como para bañar en ellos su desgarrado corazón y apagar sus dolorosos latidos; y las palabras de Leonardo penetraban hasta el fondo de su espíritu, haciendo repercutir las vibraciones en lo más hondo de su sér, como el eco de una voz celestial que se exhalaba en una inacabable y deliciosa melodía.

Un rio de lágrimas brotó de sus ojos y su ajada belleza pareció tomar repentinamente aquellos rasgos que hacian tan extraordinaria su hermosura, como si una hada benéfica hubiera tocado aquel rostro con su varilla mágica, haciéndole manifestarse casi en la plenitud de todos sus encantos. Y es que el amor rejuvenece y abrillanta, y el corazón de Robertina sintió en aquel momento por primera vez las verdaderas emociones de esa pasión santa y dulce, hasta entonces dormida en el fondo de su pecho.

Leonardo la miraba embebecido, esperando con anhelo una contestación de la que dependia su felicidad, y Robertina, entre gemidos de gratitud, cogió la mano de su antiguo nóvio, y besándola con efusión, sólo pudo contestar con voz entrecortada y apenas inteligible:

—Tuya para siempre.

Acto contínuo pasaron á la habitación inmediata y se acercaron al lecho de la enferma. Cuando la anciana abrió los ojos y vió aquel cuadro de amor verdadero y puro, sacó de entre las sábanas su descarnada mano, y cogiendo las de la enamorada pareja, dijo con voz solemne:

—Dios ha permitido concederme este momento de alegria en medio del remordimiento que me devora. Deseo que los últimos instantes de mi vida los hagais menos amargos con vuestra felicidad, y que el lazo sagrado del matrimonio os una para siempre. Pero si Dios os concediera hijos, apartad de su mente las groseras ideas de los intereses materiales, porque las riquezas son más bien un medio de perdición que una guia para desarrollar los sentimientos dulces del alma, y harto lo he comprendido así, cuando la justicia divina ha venido á herirme, por mi culpa, en lo más profundo del corazón.

Septiembre y Octubre de 1895.

INDICE

CONSEJERIA DE EDUCACION Y CULTURA
BIBLIOTECA REGIONAL
MURCIA

Pág.

PRÓLOGO. 5

PARTE PRIMERA

La Ciencia, la Fé y la Revelación. 11
El hombre y la Revelación. 35
Civilizaciones romana y árabe. 61
Contra el anarquismo. 83

PARTE SEGUNDA

Don Juan Bambolla. 99
Caprichos de la suerte. 113
De los escarmentados... 125
Del dicho al hecho. 133
Fortuna te dé Dios. 143
El Padre Bodegas. 159
Una historia vulgar. 167
A prueba de bomba. 177
Aptitudes y aficiones. 187
El amor y el interés. 195

ESTUDIOS Y PASATIEMPOS

(Colección de ensayos filosóficos, históricos y literarios)

Precio dos pesetas

OBRAS DEL MISMO AUTOR

EN PROSA

INFORTUNIO *Novela*. (Edición agotada).

ESCENAS MURCIANAS Segunda edición (casi agotada).

PRECIO 1'50 PESETAS

EN VERSO

EL TRIUNFO DEL AVE MARIA (Edición agotada).

NOTAS DISCORDANTES Colección de versos.

Se vende al precio de UNA peseta

En las principales librerias

60E

ESTUDIOS Y PASATIEMPOS

(Colección de ensayos filosóficos, históricos y literarios)

Precio dos pesetas

OBRAS DEL MISMO AUTOR

EN PROSA

INFORTUNIO *Novela.* (Edición agotada.)

ESCENAS MURCIANAS Segunda edición (casi agotada).

PRECIO 1'50 PESETAS

EN VERSO

EL TRIUNFO DEL AVE MARIA (Edición agotada).

NOTAS DISCORDANTES Colección de versos.

Se vende al precio de UNA peseta

En las principales librerias